

FRANCISCO MORALES PADRÓN

AMÉRICA COMO TEMA



REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1997

FRANCISCO MORALES PADRÓN

AMÉRICA COMO TEMA

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
1997

Cubierta: Tela Nazca. Siglos III a VIII.
Posterior: Cerámica levantina de Naos. Siglo XVII.

**© REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA**

EDICIÓN AL CUIDADO DE GABRIEL CARDONA WOOD.

ISBN: 84-921673-4-3

Depósito Legal: M-43069-1997

Gráficas Loureiro, S.L. - San Pedro, 23 bis - 28917 La Fortuna (Madrid)
Teléf.: 611 59 94 - Fax: 611 59 88

PRÓLOGO

Hoy lunes, 7 de Abril, empiezo a preparar este pequeño, pero cordial prólogo a la obra de mi antiguo, querido y admirado amigo, el Dr. D. Francisco Morales Padrón “América como tema”.

Sólo quedan 999 días para que periclite este Siglo de la Energía Atómica y, con el arribo del venidero, comience el tercer Milenio de la Era cristiana, que espero y deseo traiga mucho más bienestar y felicidad a los que habitamos este Mundo que lo que nos ha aportado el a extinguir. Muchas son las reflexiones que hay que hacerse en relación con tan inminente y simbólico acontecimiento del que aún, en esta Isla, no ha sido programado acto alguno para conmemorarlo. Quizá una de ellas, importante para nosotros los canarios, sea el pensar en las medidas precisas para asegurar la continuidad de lo que comenzó como una llamita y ha resultado un hermoso y ancho fuego: la fructífera labor iniciada por el Dr. Morales Padrón, sobre el estudio y difusión de las amplias e importantísimas relaciones canario-americanas, que ha encauzado desde esa erudita Institución que es la Casa-Museo de Colón de Las Palmas de Gran Canaria, demostrando con ello su excepcional amor a la patria chica.

Los recuerdos más remotos sobre la persona de Paco Morales que afloran a la luz en la nebulosa de mi memoria están relacionados con nuestra convivencia en el inolvidable Colegio “Viera y Clavijo”. Si bien Paco estaba un par de cursos por cima del que yo estudiaba, teníamos que vernos a diario, forzosamente, en el “salón grande”, aquel recinto que tutelaba la severa mirada del fundador, Don Santiago Sánchez Yáñez, cuyo retrato lo presidía y en el que, el querido Inspector Don Antonio Francés Domínguez imponía lo que él estimaba “férrea disciplina”, que todos sabíamos perfectamente que no era otra cosa que disimulada bonhomía.

Mas adelante, cuando yo cursaba el sétimo y último de aquel Bachillerato, por razones que no vienen al caso, Paco, ya en plena carrera universitaria, nos impartió clases de Literatura. Su preparación y su saber enseñar me causaron admiración e imborrable huella. También recuerdo la impresión que me causó la exuberante alegría del inolvidable Don Pedro Cullen del Castillo, “temido” Director del Colegio cuando, junto con su compañero de función, el no menos

“temido” D. Juan Melián Cabrera, lleno de legítimo orgullo, nos informó del extraordinario éxito obtenido por su muy distinguido alumno, Francisco Morales Padrón en los ambientes intelectuales de la Universidad de Sevilla, cuando presentó una comunicación sobre un importante tema histórico.

Y así han ido pasando los años, sin que nunca se haya roto el trato con un amigo de quien, con mayor o menor frecuencia, me llegaban noticias relacionadas con sus éxitos profesionales o de investigación americanista, que me llenaban de alegría porque, no en vano, siempre he compartido con él la convicción del esencial papel jugado por Gran Canaria en el Viaje del Descubrimiento del Nuevo Mundo, tanto por la ayuda prestada a Cristóbal Colón, como por aportación a la conquista, cristianización y poblamiento de la luego llamada América española.

Paco Morales terminada su Carrera continuó residiendo en Sevilla, porque se vinculó a la Hispalense. Allí contrajo matrimonio con Elena Ruiz Gil, habiendo nacido de dicha unión Elena y Saulo. Sin embargo, nunca ha olvidado a su natal Santa Brígida, la aborígen Satautejo, victoriosa Villa que en 1599, cuando atacada e invadida Gran Canaria por las tropas del Almirante Van der Does, desde allí fue organizada la defensa de la isla y ordenado el fulminante ataque que culminó en la Batalla de El Batán, en la que los invasores fueron estruendosamente derrotados y los supervivientes obligados a reembarcar en sus naves a toda prisa, terminando con ello la que ha sido la más importante acción de guerra que ha sufrido Canarias en su historia.

El Dr. Morales Padrón es Licenciado, Doctor y Catedrático de Historia de América por la Universidad de Sevilla. Fue Vice-Decano y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de dicha Universidad, Vice-Director de la Escuela de Estudios Americanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Director de la Real Academia Sevillana de las Buenas Letras. Ha publicado, entre otras, las siguientes obras: “Jamaica española”; “Comercio canario-americano”; “Historia del Descubrimiento y conquista de América”; “Historia de América”; “Cedulario de Canarias”; “Los conquistadores de América”; “La Ciudad del quinientos”; “Canarias: Crónicas de su conquista”; “Teoría y leyes de la conquista”; “América en sus novelas”.

Como galardones más destacables ha recibido Doctorados “Honoris Causa” por las Universidades de Szeged (Hungría) y Génova (Italia) y le han sido concedidos el Premio Canarias al Acervo Socio-Histórico y el Andalucía de Humanidades.

En fin, para mí es un honroso privilegio prologar este trabajo de un amigo que es gloria y orgullo de la isla que le vio nacer: Gran Canaria y considero que la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas prestigia

su colección “clásica” publicando esta excepcional obra que, en sus diferentes capítulos, trata de temas no sólo diversos sino distantes en el tiempo, pero teniendo todos el nexo común de “América como tema”.

Estoy seguro que ésta es una importante aportación más del Dr. Morales Padrón a la copiosa historiografía de las relaciones canario-americanas.

NICOLÁS DÍAZ-SAAVEDRA DE MORALES.

Director.

Las Palmas de Gran Canaria.

Abril 1997.

En memoria de Vicente Rodríguez
Casado, a quien tanto debe el ameri-
canismo Sevillano y rabideño.

EXPLICACIÓN Y AGRADECIMIENTO

Tal como reza el título de este libro, América, concretamente aspectos de la Historia de la América hispana, integran su contenido. Un contenido diverso, de variadas temáticas, como también distintas son las razones de su scr. Estos capítulos fueron conferencias, colaboraciones solicitadas o ponencias presentadas en congresos. Sin dificultad el lector puede adivinar tales naturalezas.

Dispersos en libros de actas o inéditos en viejas carpetas-archivos yacían estos textos tras gozar de un protagonismo que enriqueció nuestro curriculum. Tal vez ese era su mejor destino; pero el autor, vanidoso, y deseando siempre ampliar sus conversaciones con el posible lector, no ha dudado en reunirlos y darlos a la imprenta en la creencia de que en ellos hay algo aprovechable. Ha contado con unos cómplices: La Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas y su Director el Excmo. Sr. don Nicolas Díaz-Saavedra de Morales.

Nunca un autor, por amplia que sea su producción, permanece insensible ante el nacimiento de un libro. Es una sensación única, que no cambiaría por nada. Es una tentación singular, en la que se cae con facilidad. Nosotros no nos hemos resistido a ella y accedemos a que esta decena de capítulos formen parte del ya notable catálogo de publicaciones de la citada Sociedad, conscientes del honor que se nos dispensa. De ahí nuestro agradecimiento a un organismo merecedor de toda clases de plácemes por la labor cultural que viene desarrollando sin alharacas. Y de ahí nuestra gratitud al amigo Nicolás Díaz-Saavedra de Morales por dignarse prologar esta breve monografía en la que siendo América su inspiradora no podían faltar nuestras islas autentico girón de ella.

Punta Umbría, julio de 1997.

FRANCISCO MORALES PADRÓN.

I

**MIS PRIMERAS IMPRESIONES
DE AMÉRICA**

LAS IMPRESIONES DE LA INFANCIA

No recuerdo tener de niño la noción de haber nacido en unas islas que estaban a medio camino entre Europa y América. Desde las Islas Canarias, auténtica encrucijada entre tres continentes, ha sido siempre fácil mirar hacia el rumbo americano; a veces, con más insistencia que en la dirección europea y, por supuesto, más que hacia África cuyo territorio continental es, paradójicamente, el más cercano físicamente. Las denominadas en la antigüedad clásica *Islas de la Fortuna* fueron en el siglo XV unas primeras Antillas: en su geografía se inició una colonización, auténtico precedente de lo que luego se realizó en el Nuevo Mundo y, desde su plataforma, se practicó una proyección con dirección africana, similar en cierto sentido a la llevada a cabo por los españoles desde las Antillas hacia la Tierra Firme, y que en el caso atlántico fue acompañada por la pugna con Portugal. Al final, ambas potencias delimitaron sus esferas de acción y por el Tratado de Alcazovas-Toledo (1480) quedó reservado para Portugal el rumbo sureño, hacia Guinea, que le llevaría a la India gangética, mientras que por no aludirse a él, Castilla se reservó el misterioso Oeste que Colón abrió en 1492 arrancando, precisamente, de las Islas Canarias.

A partir de entonces las Islas serían “*camino para las Indias*”, como escribe Gómara, y América revestirá a Canarias de un protagonismo clave en las comunicaciones intercontinentales. Por ese camino mencionado por Gómara irán y vendrán supuestos culturales, gracias a unas relaciones que aún perduran, siendo las islas antillanas, la región del Río de la Plata y Venezuela, los escenarios más teñidos de canariedad. Los vínculos con la zona rioplatense se remontan a la expedición del Adelantado don Pedro de Mendoza, que hizo escala en Canarias para avituallarse. Allí desertó un buen número de expedicionarios¹ y cargó otros que, al lado de Pedro de Benítez, sobrino del Adelan-

¹ FERNÁNDEZ OVIEDO, Gonzalo, *Historia General y Natural de las Indias*. Madrid, 1959 Lib. XXIII Cap. VIII.

tado de Canarias, Pedro Fernández de Lugo, estuvieron en la fundación de Buenos Aires.

Las razones de la emigración canaria son diversas y no es el momento de exponerlas. Tal vez nos baste para nuestro propósito conocer lo que en 1791 se decía en una Memoria de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife:

“...el canario desde que tiene uso de razón suspira por América como por su verdadera patria, y trabaja con tanto afán en juntar el flete de su conducción, quizá a costa de los mayores sacrificios, como si fuera el precio de su rescate...”²

Difícil se hace en las Islas encontrar a una familia que no cuente entre sus miembros con algún emigrante, que marchó un día a “hacer la América” y retornó convertido en un indiano; o no retornó y quedó para siempre en la nueva patria. Mi familia proporcionó en la segunda década de este siglo tres emigrantes: una hermana y un hermano de mi madre que se radicaron en Cuba, y mi padre que marchó a la Argentina. A través de ellos tuve mis primeras impresiones o ideas de América.

Mi padre formó parte del aluvión emigratorio que en vísperas de la guerra del 14 se volcó sobre las tierras rioplatenses. Apunta Sanchez Alborno que entre 1881 y 1935 ingresaron en la Argentina 3.400.000 inmigrantes³. Mi progenitor fue uno de ellos, ido a Buenos Aires con unas intenciones que se me escapan ¿Marchó a la tierra de promisión en busca de una nueva situación? ¿Fue huyendo del servicio militar? Algo de esto le escuché a mi madre. Los españoles, y volvemos a utilizar a Sánchez Alborno, ofrecen el mayor porcentaje (48,89) de emigrantes entre 1911-1920, seguidos por los italianos que, antes de la conflagración europea, marchaban a la cabeza con el 45,63%. De esos emigrantes españoles sólo un 30,8% se radicó en el país entre 1911 y 1920. Mi padre no estuvo entre ellos. Por las razones que sean no formó parte de ese 30% nacidos fuera del territorio argentino que en 1914 integraban su población. Mi progenitor fue y volvió tan pobre como había embarcado arrastrando la nostalgia de sus días bonaerenses en letras y músicas de tango que yo aprendí de niño con palabras lunfardas cuyo significado desconocía (*percanta, amuraste, encurdelo*). Aparte de aquellas músicas, recuerdo un baúl de madera, pintado de verde, que durante muchos años vi en mi casa cual testimonio

² MORALES PADRÓN, Francisco, *Las Canarias y la política emigratoria a Indias*. I Coloquio de Historia canario-americana. Las Palmas de Gran Canaria, 1977, pp. 210-91.

³ SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás, *La población de América Latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2000*. Madrid, 1977, pp. 168 ss.

mudo de la aventura juvenil paterna. De las andanzas americanas de mi padre poco supe, y hoy me lamento no haberle interrogado sobre ellas. Perdí la ocasión de que me narrara sus vivencias argentinas. Quizá no le hice preguntas por respeto y por carecer de oportunidad, pues me alejé de mi familia a los 21 años para formarme en la Universidad. Posteriormente, ahora, me he planteado: ¿En que fecha viajó? ¿Con quién iba? ¿Qué hizo? ¿Estuvo solo en Buenos Aires? ¿Cuánto tiempo estuvo? No me sirve mi imaginación para dar respuesta a tales interrogaciones. Puedo identificar a mi padre con el emigrante que Juan F. Marsal nos presenta en *Hacer la América. Biografía de un emigrante*. Como ese personaje, mi padre hubiera manifestado en su relato que

“Por fin llegó el día esperado y angustioso. Llegábamos después de 19 días a Buenos Aires. Era el día 3 de mayo... a las once de la noche, pero no desembarcamos hasta el día siguiente, el día 4, a las 9 de la mañana. Por fin ya estaba en la Argentina. Aquella noche no dormí nada. Me la pasé en cubierta con otros estirando el pescuezo, mirando a derecha e izquierda.

!Esa gran ciudad que se veía tan iluminada! Esa ciudad, que en aquel entonces era la ilusión de tantos miles de seres que iban con la esperanza de satisfacer sus ansias de fortuna, o por lo menos de mejorar sus situaciones económicas! ¿Qué tal me iría a mí? ¿Sería para mal o para bien haber venido? Dios mío, ayúdame, guíame siempre, rogaba yo.”⁴

Algo similar debió de experimentar mi progenitor; algo parecido pensó y pidió aquel muchacho que, procedente de un minúsculo pueblo canario, se sumergía en la gran urbe con un baúl repleto de fantasías. Las ilusiones murieron o se quedaron en Buenos Aires; el baúl, vacío de ellas, retornó al pequeño pueblo y serviría para que mi madre guardase en él ropas y libros.

Aparte de lo mencionado, lo único que conservo cual prueba de las vicisitudes paternas al otro lado del Atlántico, es una partida de bautismo y el permiso que su madre, viuda, le concedió ante el juez para, con 19 años, embarcar hacia la República Argentina.

La otra América que irrumpió en mi infancia, no como algo pasado, sino como algo vivo, fue la que mis tíos me proporcionaron desde Cuba. Recuerdo la atmósfera de expectativa ante la aparición del cartero portador de una carta procedente de la imaginada y soñada isla antillana. Cuba había abierto sus fronteras con la Ley de Inmigración y Colonización de 1906. Los españoles, y entre ellos los canarios en especial, acudieron en buena cantidad a una tierra

⁴ MARSAL, Juan F., *Hacer la América. Biografía de un emigrante*, Barcelona, 1972, pp. 107-8.

siempre considerada cercana en todos los sentidos. Los españoles de Cuba, como Sánchez Albornoz apunta, estantes en la isla por las fechas de la segunda década del siglo, estaban más ligados al aparato productivo que al administrativo. El canario, casi siempre campesino, pasaba a conformar el conglomerado de los *isleños*, por lo general guajiros o agricultores. Mis familiares, hijos de agricultores, se situarían, una, en el interior; el otro, en la capital donde me los encontré unos cuarenta años más tarde. De ellos, siendo yo niño, me hablaban unas cartas, de clara grafía, franqueadas con unos sellos rojos, verdes, azules, ocres, en los que figuraban José Martí, Máximo Gómez, Antonio Maceo... cuyas personalidades y significado en la historia cubana yo desconocía. En una ocasión, lo recuerdo muy bien, no fueron las cartas quienes se hicieron presentes con sus mensajes, sino todo un indiano vestido de blanco, tocado con un jipijapa y luciendo leontina y refulgentes anillos de oro y piedras preciosas. *Traía noticias de mis tíos. Su estampa tropical ocupó mi imaginación para siempre. Nunca volví a ver un indiano más indiano que aquel.*

Esas fueron las primeras huellas de América siendo niño y siendo adolescente. América se reducía a Buenos Aires y a Cuba. Una América que la personificaba mi padre, presente, y sus canciones parte de mi ámbito vital, y mis tíos, ausentes, y sus cartas de continuo esperadas por los abuelos. ¿Qué decían aquellas misivas leídas y releídas? No lo sé. Cuando con mi discípulo y colega Isabelo Macías preparaba una edición de cartas enviadas a la metrópoli desde América en el siglo XVIII⁵, suponía que los textos de mis parientes no serían muy distintos y bien podrían comenzar con un “Quiera la Divina Magestad que estos cortos y mal formados renglones lleguen a tus manos y te hallen con la salud que yo para mí deseo”, tal como escribe en 1744 una señora desde Buenos Aires. Son cartas éstas, casi todas, que sirven para manifestar el anhelo de un reencuentro, sin que falte la anécdota cotidiana, como la de aquel esposo que también desde la capital rioplatense le aseguraba a la esposa que no se ha ido al Paraguay en pos de las paraguayas y que, tal como ella quiere, le tendrá preparado un loro hablador cuando venga. Los loros, me acordaba yo leyendo esta promesa, han sido aves familiares en mis islas y su presencia era como un anuncio de lo americano.

⁵ *Cartas desde América 1700-1800*. Sevilla, 1991, pp. 203 y 215.

EN LA ISLA DE LA AMISTAD

Llegué a América por vez primera, vía Puerto Rico, el 4 de octubre de 1957. De inmediato me sorprendió la humedad del trópico y cierto olor cuyo origen situé en las tierras boscosas.

Era, repito, el 4 de octubre. Aquel día de 1492, Cristóbal Colón hizo una anotación breve en su Diario. Señaló que al navío habían venido pardelas, alcatraces, rabihorcados y una ave blanca como gaviota. Y añadió que un muchacho marinero derribó un alcazaz de una pedrada. El día 5 el apunte volvió a ser escueto, pero él rezuma todo el bucolismo y fantasía de Colón, quien considera tener el Paraíso en las manos. Habla de la mar tranquila y llana, de aires dulces y templados, de aves, de peces, de golondrinas. ¿Vio realmente golondrinas? Curiosamente se le ha deslizado un portuguesismo: *temprado*. En los días sucesivos, hasta alcanzar al 11 de octubre, Colón y sus compañeros creen, el día 7, haber descubierto tierras; cambian el rumbo hacia el SO. siguiendo la trayectoria de las aves y no hallan nada. Hay algo de interés para nosotros -todo es interesante en estas fechas-: el día 8 los aires imperantes resultaban “muy dulces, como en abril en Sevilla, que es placer estar en ellos, tan sabrosos son”. Los que como nosotros no hace muchas horas hemos escapado de semejantes aires podemos certificar que en la afirmación o paralelismo del genovés no hay exageración.

Al arribar por el aire, nos privamos de esa atmósfera odorífera, cada vez mas intensa, a medida que los barcos descubridores se aproximaban al archipiélago de las Bahamas, aunque sí sentimos el hálito que, cual bienvenida, nos recibió en el aeropuerto de Isla Verde y que, insistimos, lo achacábamos a la densa verdura.

Los navegantes que con Colón, en su segundo viaje (porque en el primero no llegó a Puerto Rico), se acercaron a esta isla quedaron impresionados por la hermosura y fertilidad de una tierra que Miguel de Cúneo, compatriota y compañero de Colón, calificó de “bellísima y grandísima”. Habían conocido casi todas las Antillas Menores, muy hermosas en opinión de Álvarez Chanca, médico de la expedición, “pero esta pareció mejor a todas”. Aquella primera América de los hombres de Colón y mía; aquella isla cuyos habitantes la llamaban *Boriquen*, resultaba seductora. Lo era, lo es, en efecto y para mí, además, poseía un olor que experimenté siempre que volví a ella.

Mas, volvamos atrás; volvamos a los primeros días de octubre de 1492 en los cuales los marinos colombinos, entre malestares y promesas, entre quejas y reproches, accedían a proseguir la navegación, pese a que habían recorrido 1.100 leguas sin hallar las tierras que Colón situaba a 750. La persistencia fue

premiada del 11 al 12 de octubre en que la islita de Guanahani surge en el horizonte desierto de los preocupados marinos. La aparición de éstos sembró el asombro entre los aborígenes taínos al contemplar a aquellos seres barbados y vestidos, que creyeron procedían del cielo. Ni indígenas ni castellanos fueron conscientes de que acababan de poner en marcha una total revolución ecuménica, cuya primera fase consistiría en un total reajuste de las concepciones geográficas imperantes.

Yo reflexionaba sobre esto el 4 de octubre de 1957, fecha de mi desembarco, pues también la población puertorriqueña de entonces se encontraba consternada. No gritaba como los indios de Guanahani :”Venid a ver los hombres que vinieron del cielo” al descubrir a unos historiadores españoles llegados para participar en el II Congreso de Historia de América en la República Dominicana, pero sí que comentaban sorprendidos que los rusos acababan de poner en órbita al primer spunik inicio de la transformación de la geografía espacial. Las páginas de los periódicos se llenaron con sensacionalistas titulares: Rusia lanza al espacio el primer satélite artificial de la tierra. El éxito psicológico cosechado por los rusos no es menor que el puramente científico. El mundo del siglo III o IV se parece mucho más al mundo del siglo XVI que el mundo de comienzos del XIX al actual. Se habla de un mundo nuevo, como en los tiempos de Colón, y se dice que ahora se vislumbra ya como hacedero el viaje interplanetario, a semejanza de como a finales del XV se especulaba con el arribo a la India. Los técnicos rusos vaticinan ya el viaje a la Luna... Tal el tono de la prensa en aquellos primeros días de octubre de 1957, en que precisamente se celebraba el Año Geofísico Internacional.

Con el transcurrir de las fechas, el sobresalto y comentarios originados por la última y sorprendente conquista tecnológica del hombre, dejó paso a las impresiones que aquella América insular y caribeña me producía. Recuerdo que, pese a vivir en una gran concentración urbana, la presencia de la naturaleza me admiraba; presencia denotada no sólo por la botánica y en la que penetré al ascender a El Yunque en la Sierra del Luquillo, sino por la zoología. Una zoología que, por supuesto, no era la de las iguanas, que tanto admiraron los primeros europeos, sino la representada por el familiar *coquí*, una especie de rana dotada de un canto que salpimenta las noches y que tan unido está a la identidad boricua.

En resumen: que fue la naturaleza lo primero que afectó a mis sentidos en una tierra donde lo que me importaba era su pasado. Un pasado que en Puerto Rico se me hizo presente en la grandiosidad de las fortificaciones y a través del urbanismo del viejo San Juan, tan evocador del grancanario barrio de Vegeta de mi adolescencia. Otra primera impresión inolvidable habida en Puerto

Rico, que en parte se repitió en Cuba, fue la comprobación de la presencia de elementos culturales norteamericanos, sobre todo en el idioma. Como el cronista del siglo XVI no podíamos evitar ir estableciendo comparaciones de lo que veíamos con lo conocido, con lo dejado atrás. Los anuncios y el habla diaria estaban salpicados de anglicismos: la gente hablaba de un “broder” en lugar de un hermano; de una “rufa” por un techo; de un “tin” por un equipo de fútbol. A una reunión social en la que todo el mundo hablaba y bebía de pie la denominaban un “verinai”, porque al despedirse el invitado decía al anfitrión a manera de agradecimiento “very nice”. Se hablaba de color “braun”, y a una pensión la rotulaban “Pepita’s House” con genitivo sajón. Diez años más tarde, un puertomqueño se encargaría de demostrarnos que al idioma escuchado en España le afectaba innumerables anglicismos (*camping, set, skock, short, show, stand, barman, boom, doping, flash, lobby, aparcar, record, etc.*)⁶. Consecuencia de esa influencia norteamericana era también el maquinismo que llamó mi atención. Funcionaban máquinas que proporcionaban sellos, que daban cigarrillos, que facilitaban zumos de frutas, que abrillantaban los zapatos... En el mundo civilizado del que yo procedía, el español no el europeo, no había nada de esto.

Me estoy refiriendo a primeras y fuertes impresiones que posteriormente amplí o corregí. Asimismo más adelante conocí una literatura que se hacía eco de la presencia cultural y política de los EE.UU. en Puerto Rico, y del dilema que la isla tenía planteado en torno a su futuro. Las novelas de José A. Balseiro, Aníbal Díaz, César Andreu, Ricardo Cordero, Héctor Marrero, José Luis González y Pedro José Soto, fueron gratas fuentes para un entendimiento del conflicto boricua.

Sobre la rememoración que hago ahora de aquellas iniciales sensaciones producidas por una minúscula fracción de las tierras y hombres de América (casi la misma América que conoció Colón durante su primera singladura), se superpone una vivencia extraordinaria: mi encuentro con Juan Ramón Jiménez, uno más de la amplia nómina de intelectuales españoles que visitaron a Puerto Rico para impartir su magisterio. Entre los más notables recordemos a Américo Castro, Pedro Salinas, Federico de Onís, Francisco Ayala, Fernando de los Ríos, Luis Jiménez Azúa, Juan Comas, etc. Juan Ramón había llegado a la *Isla de la Simpatía*, como él la bautizó, en 1951 y la convirtió en su patria casual o elegida según él mismo declaró. En 1956 murió su esposa, Zenobia Camprubí, y ese mismo año recibió el Premio Nobel. Al año llegaba yo con

⁶ FONFRÍAS, Ernesto Juan, *Anglicismos en el idioma español de Madrid*. San Juan de Puerto Rico, 1968.

unos documentos que el Ayuntamiento de Moguer, su pueblo, le remitía ofreciéndole un lugar para el reposo definitivo en el camposanto moguerense. Yo venía de las tierras onubenses de los ríos Tinto y Odiel, del mismo monasterio de La Rábida, donde me había casado en mayo, a cuya sombra se desarrollaban los cursos veraniegos de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida. Tuve ocasión de ver al poeta en dos oportunidades y de cumplir con el encargo. La segunda vez me hizo saber que su corazón, su alma, estaban en Moguer. Me emocionó la soledad y el silencio de aquella extraordinaria voz lírica; me conmovió contemplarlo desgajado, sin Zenobia, del medio humano y geográfico de los escenarios por los que trotó Platero, con esos indescriptibles ocasos que el poeta describió como nadie y que debió de rememorar ante los “fastuosos crepúsculos nocturnos puertorriqueños —son palabras suyas—, con tales colores que volverían locos a los pintores barrocos italianos y me vuelven loco a mí cada anochecer”.⁷ Juan Ramón era como el símbolo de la España peregrina. Yo sentía por vez primera lo que era el drama del exilio: dejar. Dejar repentinamente todo atrás, hogar, familiares, amigos, libros, actividades... Actor y, por lo tanto, sufridor del infortunio, Juan Ramón había escrito:

“¿No quería uno, yo mismo, ser aquí otra vez joven, volver a la niñez, ser de nuevo el niño-dios que yo dije en mis primeros poemas? ¿Ser enterrado siéndolo aquí, con su amor de siempre, en un cabo isleño que entrara en el mar Atlántico, pie siempre dispuesto para oriente en su alada fijeza hacia España?”⁸

En posteriores viajes conocería a otros exiliados, pero la visión de Juan Ramón envuelto en su soledad, y la contemplación de la tumba de Pedro Salinas en *el viejo cementerio de San Juan*, fueron de las primeras e imborrables huellas que América marcó en mi alma.

LOS MIEDOS DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

El 12 de octubre estábamos en la entonces Ciudad Trujillo de la República Dominicana. Yo había abrigado la intención de ir redactando un Diario del viaje. Luego desistí. ¿Por qué no lo escribí? Por temor. Hoy resulta casi cómico reconocer tal causa, pero es la verdad. Yo viajé con miedo a la República Dominicana, y tal estado de ánimo me lo producía el recuerdo de un incidente

⁷ *Elogio de Puerto Rico*. Prólogo de Eugenio Fernández Méndez. San Juan de Puerto Rico, 1993, p. 12.

⁸ *Ibidem*, p. 10.

acontecido años atrás. Concretamente en 1953 publiqué en la revista *Estudios Americanos* una crónica o información con el título de *La situación política en el Caribe*. En ella, al tratar de la República Dominicana, escribí:

“Haciendo pareja con Cuba, y en las Islas de Colón, encontramos a una de las más interesantes dictaduras de Hispanoamérica: la de la República Dominicana, vinculada a la familia del dictador. En 1930 comienza la Era Trujillo.

El Generalísimo Trujillo ha gobernado en su país durante los siguientes periodos: 1930-4, 1934-8, y 1942-52. En ellos ha regido la mitad de la isla Española como una propiedad, familiarmente. Este hombre -que se denomina a sí mismo *Príncipe Encantado*, *Hombre luz*, *El que todo lo sabe*, etc. ha sido calificado de caso teratológico por sus numerosos enemigos.”

A semejanza de Trujillo —sin duda su modelo— el dictador-patriarca de García Márquez se hacía llamar *Descompositor de la madrugada*, *Comandante del tiempo*, *Depositario de la luz...*⁹

Mi crónica en *Estudios Americanos* mereció una queja de la embajada dominicana, elevada al CSIC, de quien dependía la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, entidad editora de la citada revista, que se vio obligada a interrumpir la distribución del número 18. Recordar esto, me turbaba e impedía redactar páginas confiándoles mis apreciaciones.

El primer día de mi permanencia en Ciudad Trujillo no salí del hotel, aquejado de unas décimas de fiebre. Era la venganza de no sé quién. En México, más tarde, me aclararían que de Moctezuma. Vino a verme un paisano canario, que me contó tal cantidad de historias sobre brutalidades del régimen trujillista, que mi estado de ánimo no era el más apropiado para sumergirme curiosamente en la novedad de la antigua isla Española. Creo que me habló del caso Jesús de Galíndez, cuyo libro, *La era de Trujillo*, apareció en 1956, año en que yo lo recibí remitido por un amigo chileno. Libro que, sin duda, le costó la vida al autor.

La isla de Santo Domingo, en la que me encontraba, había ofrecido al descubridor una especie de “valle del Paraíso” bañado por auras celestiales¹⁰. Los capítulos más bellos de la prosa lascasiana son, tal vez, los que dedica a la Española que “por su excelencia, bondad, fertilidad y grandeza, merece a todas las tierras ser prepuesta”. Los paisajes insulares parecieron a Las Casas, maestro de la hipérbole, “pintados sobre un paño de Flandes”. Y, dentro de

⁹ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, *El otoño del Patriarca*, Barcelona, 1975, p. 93.

¹⁰ BALAGUER, Joaquín, *Colón. precursor literario*, Santo Domingo, 1974, pp. 45 v 48.

este paisaje, resaltaba las aguas y el extraordinario escenario de la Vega Real, con ríos sólo existentes en la imaginación del dominico.

Me encontraba en aquella tierra, célula matriz de la colonización hispana allende los mares. Inevitablemente una teoría de personajes se aposentaron en mi mente: los Colón, Bovadilla, Ovando, Anacaona, Montesinos, Las Casas, Ponce de León, Ojeda, Fernández de Oviedo, Garay... Por allí desfilaron todos los que marcharon a las restantes y circunvecinas islas o se proyectaron sobre el Darién y Tierra Firme. Por la Calle de las Damas y a orillas del río Ozama no era difícil imaginar a algunos de estos personajes. Allí se planteó y discutió por vez primera el trato dado a los aborígenes y el derecho de Castilla a la conquista. Allí se alzó el primer Arzobispado y la Primera Universidad americana. El régimen de Trujillo había reconstruido con fidelidad el palacio de los Colón revistiéndolo con acierto. Fue inaugurado entonces. Mis temores pasaron a segundo término. Una noche pude presenciar al dictador paseando con unos amigos a la orilla del mar; y en uno de los actos copresidió con su hermano Héctor entonces presidente.

Viví unos días sumergido en un ambiente de pasado y presente; el pasado de los textos que se discutían en el Congreso, el ayer del citado palacio, de la calle de las Damas, del culto que se le dispensaba a Colón, siempre nominado *el Almirante...* El presente del régimen político imperante y de un algo que me resultaba familiar aunque distinto. Quizá lo más diferente era el color de la piel de la gente y la naturaleza tropical; quizá lo más familiar estuviera en las casas bajas, terreras, en el habla del pueblo y en la conciencia del significado de los canarios en la historia pasada dominicana¹¹. La toponimia de varios pueblos (San Carlos de Tenerife, San Fernando de Montechriste, San Rafael de la Angostura, Santa Bárbara de Samaná, Sabana la Mar) delataban el quehacer colonizador de los canarios. Las casas, por su altura, tipo de puertas y colores resultaban similares a la de algunos barrios canarios. La musicalidad del habla no sonaba extraña. Cuando hablamos u oímos hablar caemos en la cuenta, repentinamente, que un vocablo o una expresión aglutina a un periodo o momento de nuestra vida. Sucede así porque esas palabras se hicieron escuchar con frecuencia, hasta dotarlas de un especial significado. Nos acontece con *responsabilidades, regeneración, cruzada, transición, centenario...* Otras veces la voz carece de tal valor, no es eje en torno al cual gire una época de nuestra vida. Es ésta, nuestra vida, la que ha establecido una relación con el término. Nos sucede a nosotros cuando descubrimos en el vocabulario hispa-

¹¹ Vid MORALES PADRÓN, Francisco, "Colonos canarios en Indias", *Anuario de Estudios Americanos*, vol. VIII, Sevilla, 1951, pp. 399-441.

noamericano conceptos y expresiones que usábamos en nuestra infancia, allá en las Islas y que, alejados de éstas, dejamos de usar. Su inesperado sonido o lectura nos trae instantes del ayer, vivencias de la tierra natal. Me ocurrió, primero, en Puerto Rico; se repitió en Santo Domingo y Cuba. Y ello aguijoneó mi curiosidad sobre la presencia canaria en América delatada no sólo por topónimos, sino por palabras como las que escuchaba al pueblo de Santo Domingo: *asina*, *dir*, *tupío*, *asigún*, *casa terrera* o de una sola planta, *cuartos* por dinero virar por girar...

Con cierta satisfacción me fui esta vez de la República Dominicana. Había tenido la ocasión de vivir durante unos días en una auténtica dictadura, de las más genuinas de América, donde el poder, como escribió García Márquez, es un "légamo sin orillas". Allí, en su estado-hacienda particular, quedaba el patriarca en la plenitud de su otoño "señalando con el dedo a los árboles que debían de dar frutos y a los animales que debían crecer y a los hombres que debían prosperar, y había ordenado que quitaran la lluvia de donde estorbaban las cosechas y la pusieran en tierra de sequía, y así había sido, señor, yo lo he visto, pues su leyenda había empezado mucho antes de que él mismo se creyera dueño de todo su poder..."¹² Dejé Santo Domingo camino de Jamaica.

JAMAICA, LA MÁS HERMOSA QUE LOS OJOS VIERON

Para mí el conocimiento de Jamaica ofrecía un peculiar significado: no la conocía y mi tesis doctoral, publicada en 1952, aclaraba su pasado hispánico¹³. Un fallo de los americanistas españoles consistía en el desconocimiento de las tierras cuya historia investigaban. Ya en el siglo XVI Bernal Díaz del Castillo le había echado en cara al clérigo capellán de Cortés, Francisco López de Gómara, escribir sobre la Conquista de México sin haber participado en ella. Bernal escribe: "No me extraña que no acierte en lo que dice, pues lo sabe por nuevas."¹⁴ Tampoco don Juan Bautista Muñoz, creador del Archivo General de Indias, y autor de una incompleta *Historia del Nuevo Mundo*, estuvo en éste. Yo quería subsanar semejante deficiencia y por eso fui a Jamaica. De la mano del colega británico Gabriel Coulthard, me adentré en el escenario de unos hechos que había desempolvado en los viejos legajos. Me aposenté en el campus de la University West Indies. Pese a ese pasado español, y al contrario de las otras dos islas visitadas, todo me resultaba exótico. Jamaica me impre-

¹² GARCÍA MÁRQUEZ, *loc. cit.*, p. 93.

¹³ MORALES PADRÓN, Francisco, *Jamaica Española*, Sevilla, 1952.

¹⁴ IGLESIAS, Ramón, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, 1944, p. 85.

sionó; me impresionó la negritud de su población; el *apartheid* de la sociedad blanca minoritaria; la presencia de chinos y el resultado femenino de su mezcla con negras; la frondosidad y belleza de las montañas y playas, los leves vestigios hispanos conservados en Spanish Town antigua Santiago de la Vega. Colón había descubierto a la isla durante su segundo viaje, en 1494, y no le regateó elogios:

“...es, dice, la mas fermosa que los ojos vieron, ella no es montañosa y parece que llega la tierra al cielo; es muy grande, mayor que Secilia; tiene en cerco ochocientas millas, e es toda llena de valles e campos e prados. Es muy fertilisima, e pupolatisima ultra modo.”¹⁵

El Almirante quedó enamorado de la hermosura de Jamaica. No mentía Cristóbal Colón ni otros autores que le siguieron piropeando a Jamaica con una prosa ditirámica. Personalmente comprobamos lo que ya conocíamos a través de los documentos y de los cronistas; pero la Jamaica de mediados del siglo XX no era la de los siglos XVI-XVII. Los ingleses, que se apoderaron de ella alevosamente en 1660, introdujeron cuantiosas cantidades de hombres de color, que ya los españoles habían usado en el cultivo de los campos. Surgió así en pleno trópico americano una cultura angloafricana llena de originalidad. Es la originalidad del Caribe, gran “olla en ebullición”, en donde lo americano ha maridado con lo africano y con lo hispano, inglés, francés y holandés.

Peculiar nos resultó aquella West Indies University, de alumnos negros con toga y profesores mayoritariamente blancos. Nuestra curiosidad se sintió poderosamente atraída por la sociedad, integrada casi en un cien por cien de negros, adobada con elementos culturales anglosajones (trajes, viviendas, etc.). De esa sociedad fue el grupo de los *Rastafaris* lo que mas llamó nuestra atención. Era un conjunto de negros, distinguibles por sus enmarañadas y aleonadas cabelleras, barbas y vestuarios pintorescos, a los que no convenía mirar con insistencia. Los *Rastafaris*, entonces una minoría, terminarían con el tiempo, y a causa de su modo de vida, estética y música, en convertirse en la principal seña de identidad de lo jamaicano. El fundador de la hermandad fue Marcus Garvey, el cual, empachado de lecturas bíblicas y cigarrillos de hierbas, proclamó que los negros de América eran una de las tribus de Israel esclavizada. Profetizó la coronación de un rey africano que, cual mesías, devolvería a los negros de América a sus tierras de África. Los seguidores de Garvey identificaron como rey negro de la profecía al príncipe Ras Tafari, coro-

¹⁵ BERNÁLDEZ, Andrés, Memoria del Reinado de los Reyes Católicos, Madrid, 1962, cap. CXXIV, p. 312.

nado en Abisinia durante 1930 como Rey de Reyes, León de Judá, heredero de Salomón y de la reina de Saba, con el nombre de Haile Selassie, el Negus. Los fanáticos seguidores del estafalario Negus, es decir, el conglomerado jamaiicano de los rastafaris, su contemplación aislada en las calles de Kingston, constituyó una de esas primeras visiones indelebles que me mostraban una América a la que no respondía mi cliché. Con lo que había visto hasta el momento en las Antillas disponía de elementos para deducir cuán errónea era mi idea de América. Había muchas Américas, unas más americanas que otras. Existía una América del Atlántico, del Caribe, del Pacífico; de las alturas, de las zonas templadas, de las pampas, de los llanos, de las sabanas; del banano, de la caña de azúcar, del café, del tabaco, de la carne, de los metales; de los Austrias, de los Borbones, etc., etc. El conocimiento de Cuba me confirmaría esta diversidad. A ella fui en busca de mis familiares.

CUBA, LA MÁS HERMOSA

Para titular este último apartado referido a Cuba no nos ha importado casi repetir el epígrafe que le asignamos a Jamaica. ¿Por qué? Porque Colón, primer europeo en conocer ambas islas, incurre en tal repetición. En su Libro de la primera navegación el 28 de octubre asienta que Cuba “es la mas hermosa que ojos hayan visto”, con tierras altas como Sicilia. De Jamaica, lo vimos, escribió que es “la mas hermosa que los ojos vieron” y mayor que Sicilia. El mismo requiebro y el mismo segundo término de comparación.

El 21 de octubre de 1492 Colón oyó hablar de *Colba* a los aborígenes de las Bahamas. *Colba era Cuba. Las primeras impresiones del Almirante sobre la isla no sólo se hacen constar en el Diario, sino en la famosa carta que dirige a más de un destinatario contándole su hallazgo. El genovés, no exento de lirismo, hace saber que “el invierno era ya encarnado” (estaban en octubre), y que había “palmas de seis o de ocho maneras, que es admiración verlas por la disformidad fermosa dellas”*¹⁶. Colón usa aquí *disformidad* por desmesura. La altura y la elegancia de las palmeras reales fue también algo que nos admiró a nosotros al desplazamos de la Habana a Ciego de Ávila, Camagüey, donde residían parte de mis parientes. Fue aquel un viaje que al año, en 1958, no pude repetir debido a la inseguridad de la ruta. Por entonces el amago de la guerrilla castrista era algo que se sentía en la misma Habana. Recuerdo que un

¹⁶ Vid. para esto y para lo que se dice de las cartas de Álvarez Chanca y Miguel de Cúneo al tratar de Puerto Rico, la obra *Primeras cartas de América*. Transcripción, estudio y notas de Francisco Morales Padrón. Sevilla, 1989.

día apareció un muerto cerca de la casa de mis tíos, en el Vedado, donde yo vivía. No fue tampoco fácil lograr una autorización para visitar el Morro. El país discurría por lo últimos tramos del régimen corrupto de Fulgencio Batista, otra dictadura caribeña.

Cuando recalé en La Habana, procedente de Jamaica y tras lograr de modo anecdótico un visado en Santo Domingo, creí encontrarme en Cadiz. Un Cádiz ruidoso de voces y con negritos según canta la popular habanera. Al arribar Colón a Cuba, en octubre de 1492, fondeó en el río de Mares (Gibara). Al final de su diaria anotación en el cuaderno de abordó, señala que toda aquella mar “debe ser siempre mansa como el río de Sevilla” y añade que se divisaban “dos montañas hermosas y altas”, que le recordaron a la granadina Peña de los Enamorados. Ya el día anterior los marineros habíanse percatado de unas yerbas grandes semejantes a las que se ven en Andalucía por los meses de abril y mayo. Según el geógrafo cubano Antonio Núñez Jiménez, a Colón le debió de impresionar la imagen y la leyenda de la bella Peña de los Enamorados cuando fue de Sevilla a Granada para entrevistarse con los Reyes, pues, en efecto, el parecido entre los dos accidentes geográficos es evidente¹⁷. En la bahía de Gibara permaneció Colón un buen tiempo, y la contemplación del paisaje le afectó de tal manera, que más tarde lo volvería a recordar. Nosotros no hemos estado nunca en esa zona de Cuba; en las cuatro ocasiones que hemos visitado a la isla no pasamos de Trinidad y Ciego de Ávila.

De aquella primera Cuba (1957) me atrajo la belleza de La Habana que, a semejanza de San Juan de Puerto Rico, me aportaba remembranzas gaditanas y canarias. Retengo, asimismo, la hermosura de la Bahía con el Morro vigilante; el verde de los campos, sobre todo por Holguín, con sus airosas palmeras, tabaco y cañas de azúcar. No olvido la intensa vida española desarrollada en varios de los grandes centros regionales, alzados en edificios de espléndida arquitectura por el paseo de Prado. Tuve ocasión de conversar y hasta discutir con diversas personas en torno a la colonización española. Fue en Cuba, por vez primera, donde comencé a palpar directamente los sentimientos e ideas imperantes entre el común de la gente sobre el pasado español-americano. No era muy favorable su versión, y eso que quienes hablaban conmigo eran hijos de españoles o habían nacidos en España. Canarios, sobre todo, y a los que allí llamaban *isleños*, sinónimo de *canario*, que en el XVI abandonó su carácter de gentilicio y se convirtió en sinónimo de “práctico en la tierra”, experimentado

¹⁷ NÚÑEZ JIMÉNEZ, Antonio, *El Almirante en la tierra más hermosa*, Jerez de la Frontera, 1985, pp. 71-3.

en las luchas (baqueano)¹⁸. Directamente supe lo que era esa otra Canarias humana, transplantada a los campos cubanos en una emigración que muchas veces alcanzó caracteres de esclavitud.

Santo Domingo daba la sensación de muy hispana, pese a su color, con un claro afán de resaltar sus esencias para reforzar éstas frente al peligro haitiano. Puerto Rico no desdeñaba de este españolismo, en el que se aposentaba un norteamericanismo determinante. Cuba, apenas llevaba medio siglo de independencia y la emigración española reforzó su rostro hispano, pero muchos de los emigrantes o descendientes de ellos no dudaban en criticar la torpe política del pasado y en mostrar su pronorteamericanismo como los llamados *pitiyanquis* de Puerto Rico.

Yo llegaba en 1957 a la tierra que en mi infancia imaginé, inspirado por unas cartas recibidas en casa de mis abuelos. Iba a encontrarme con los hermanos de mi madre, que escribían aquellas letras. Iba a conocer a sus descendientes, a sus hijos, a mis primos ya cubanos. Los encontré y teniéndolos a ellos por guías anduve por La Habana y el interior insular. Todavía no era muy fuerte el eco de los disparos dados en Sierra Maestra. Volví al año, y entonces sí que se escuchaban en La Habana los disparos de Sierra Maestra y Escambray. La inseguridad era tal, que me fue imposible, como dije, visitar a mis parientes de Ciego de Ávila. Nada ni nadie hacía presagiar lo que sería el futuro de aquellos seres integradores de varias familias, ya cubanas, de mi propia sangre. Imposible suponer que la revolución los aventaría y obligaría a morir lejos de su patria *casual y elegida*. Con los que perviven y sus descendientes, me he vuelto a encontrar en los EE.UU., en Venezuela y en la misma Cuba, donde permaneció un miembro varón de la familia, dueño de una tierra que el gobierno revolucionario no le incautó. Pero ésta es otra historia.

COLOFÓN

A manera de colofón de estas confidencias, hechas por vez primera, quiero, de inmediato, agradecer a la Academia Nacional de la Historia Argentina el honor que me ha deparado al permitirme desarrollar esta exposición en su seno, representado por notables historiadores. A ellos manifiesto mi gratitud por escucharme y por haber decidido en su día que se me concediera tal distinción.

¹⁸ Vid. lo que dice sobre esto Manuel Alvar en el prólogo a la obra de ÁLVAREZ NAZARIO, Manuel: *La herencia lingüística de Canarias en Puerto Rico*, San Juan de Puerto Rico, 1972.

* Este texto fue nuestro discurso de ingreso en la Academia nacional de la Historia Argentina en junio de 1996.

Mi reconocimiento también a quienes me presentaron como candidato, y muy especialmente al Dr. Edberto Óscar Acevedo por su cariñosa y generosa presentación. Oyéndole hablar no me ha sido difícil evocar un pasado común, compartido con diversos colegas argentinos, bajo los techos de la Residencia “Casa Seras”, el Archivo General de Indias, la Escuela de Estudios Hispano Americanos e, incluso, el curso de verano de la Universidad de la Rábida. Entonces éramos jóvenes y, por lo mismo, estábamos insatisfechos y coleccionábamos ilusiones. Tal vez yo sin saberlo abrigaba la ilusión de venir algún día a esta ciudad en cuya grandeza se perdió por un tiempo mi padre.

¿Qué méritos pueden encerrar estos renglones? Poseen un valor testimonial, de frescura: el que le da el hecho de recoger vivencias personales. Teniendo en cuenta que *en España la historia está íntimamente unida a la vida*¹⁹, que nuestra producción histórica más valiosa, sobre todo la americanista, es aquella escrita al filo de los hechos, la que ha nacido de una visión directa, de una vivencia de los acontecimientos relatados, como acontece con los crónicas de Indias, estos capítulos nuestros bien pudieran considerarse cual crónica moderna de un viajero que, al igual que los del XVI, se acercó al escenario del Nuevo Mundo provisto de conocimientos librescos, de mucha curiosidad y de bastante ignorancia.

Sevilla, mayo de 1996.

¹⁹ IGLESIAS, Ramón, *loc. cit.*, p. 61.

II

AMÉRICA COMO TEMA VIAJERO

América como tema viajero aparece en la prosa de quien la conoció fugaz o temporalmente y de quien vivió largos años en ella. Para nuestro caso está presente lo mismo en el texto del explorador o científico que redactó sus notas *in situ*, que en el del comerciante o ingeniero que, alejado del continente, se sentó un buen día a consignar sus impresiones. A través de una sensibilidad, de una cultura, de un estado de ánimo, el viajero, sea quien sea, nos va a dar un cuadro que será *su* cuadro.

Porque su relato será la visión *desde*. Su visión, que tal vez no coincida con la del americano, ni tampoco con la real, aunque el extranjero suele ser más objetivo que el nativo, salvo si está empapado de nacionalismo o chovinismo o de celo religioso. El foráneo capta lo nuevo, lo insólito, mejor que el nacional. El viajero observa y aprehende en una sociedad o ambiente, lo que no aprecia quien está inmerso o forma parte de él. Hay viajeros adornados de esta condición más que otros; es el caso de los británicos andarines por el Río de la Plata en el siglo XIX. Ellos vieron, sintieron y comprendieron a la Argentina como nadie. De tal modo que sus libros son imprescindibles para el historiador. Porque el libro de viaje, en general, es una fuente no aprovechada como se debería. Para una reconstrucción del paisaje, para un análisis de costumbres, para un trazado de los más puros rasgos psicológicos de una sociedad o para saber lo que un pueblo piensa de otro —como lo ve— es clave el libro del viajero. Claro, que, como toda fuente, se impone un acercamiento a ella cauteloso, con espíritu crítico. Porque el subjetivismo, el apresuramiento, la observación superficial, la falta de formación, del viajero, su tendencia a ver solo lo “pictórico”, el querer contemplarlo con “sus ojos” rechazando lo que no encaja u obedece a sus criterios y moral, puede distorsionar la imagen. Es lo que aconteció ya con Colón, que interpreta la geografía americana (de la que lleva una anticipada imagen) desde sus ideas previas y desde su formación. Lo que en el Diario de la primera navegación aparece es la América de Colón, inaugural viajero europeo por el Nuevo Mundo.

Cada viajero posee (y brinda) su personal visión y sus personales limitaciones. Por eso su libro expone dos realidades: la del escenario que visita, y la de su propio mundo espiritual. El viajero-conquistador cuenta, por ejemplo, lo

que *acaeció* y no lo que vio. Porque eso es lo importante para él —su acción— y porque eso es lo que, desde su formación, está en condiciones de recoger y ofrecer, dejando de lado la geografía o la historia natural. Incluso, cuando el viajero quiere ver, quiere observar, quiere describir, suele interponerse entre lo que él ve y su descripción, su formación, sus gustos, su clase social, el tiempo de su visita, etc. A veces ve lo que quiere ver. Ideas prefabricadas y prejuicios influyen para deformar la imagen. Sólo cuando se ha permanecido cierto tiempo en el escenario, logra el viajero despojarse de lo que le une a lo conocido, estando entonces en condiciones de asimilar mejor lo nuevo. Aunque pueda entonces surgir, y es otro inconveniente, la imposibilidad de hacer la descripción para quien no conoce el escenario, debido a propias limitaciones, a pobreza de idioma o debido a la riqueza y exotismo de lo encontrado. Algo de esto experimentaron algunos de los primeros viajeros en América. Eran la mayoría hombres de mar, milites o funcionarios, incultos en el menester literario. Colón constituye una excepción. No era habitual que un marino poseyere el bagaje cultural de Colón. Pero si la incapacidad cultural es un obstáculo, no menos lo es la posesión de una amplia formación. Bajo el peso de ésta, en un continuo aludir a los supuestos culturales conocidos no se comprende con nitidez lo nuevo. El viajero deforma sin querer lo que ve bajo la influencia, por ejemplo, de sus lecturas. No se trata de que aprecie o encuentre en lo nuevo lo que supo librescamente (también se da esto, como es el caso de los libros de caballerías), sino de que ve o relaciona o deforma lo visto al describirlo, tal como acontece con Vespucio al conjuro del Dante. Otras veces la distorsión es intencionada, no inconsciente. Ante lo extraño, el viajero, se deja sacudir por el encanto de lo exótico; consciente de su experiencia y pensando en entretener al lector con detalles pintorescos, elabora una relación plagada de cosas ciertas y leyéndicas. Así comenzó el relato fantástico de viajes. Y así surgieron los falsos viajeros, que sin moverse de su pueblo fingieron experiencias y conocimientos para entretener a otros. Literatura ésta que no hay que desechar porque nos facilita datos sobre los gustos o intereses de la sociedad a la que el seudoviajero pertenece.

Porque el objetivo principal del libro de viajes es entretener, dando a conocer a otros desconocidos humanidades y geografías. Claro que la misma heterogeneidad del viajero y la razón o razones que le impulsaron a viajar, implica distintos objetivos a lograr con su libro. La diversidad del viajero determinada una variedad en su relato y en sus móviles. Marineros, soldados, comerciantes, religiosos, funcionarios, científicos, turistas, etc., son impulsados por variadas razones a viajar y a escribir. A escribir su experiencia bien por sugerencias de sus amigos, bien para saciar el deseo de saber de los que permanecen sedentarios, bien para justificar su acción, bien para prevenir a incautos dispuestos a

partir siguiendo falaces incitantes, etc. Tampoco la presentación del texto es igual. El viajero ajeno al menester literario puede ofrecernos unos desorganizados apuntes. O un estructurado y orgánico relato, en forma de narración lineal, cronológico, como cartas o como memorias. La espontaneidad, la ausencia de afeites y preparación, torna a la descripción más interesante porque pone a nuestro alcance las primeras impresiones. Es lo que acaece con el diario de Pigafetta. Otras veces el autor ha dejado pasar el tiempo y a base de sus apuntes o de su memoria, elabora un texto donde puede faltar la frescura. Y decimos que *puede* recordando la crónica de Bernal-Díaz —que no es un libro de viajero— escrita de memoria con la perspectiva de muchos años. En este caso, la distancia parece haber enriquecido al relato. En ocasiones el mérito literario se avalora con aportes artísticos por aparecer la descripción ilustrada con grabados y acuarelas. Así sucedió en el siglo XVIII con los viajeros científicos. El lector agradece este complemento, que no es propio de nuestra cultura actual iconográfica. Ya los relatos viajeros del siglo XVI, y antes, se adornaron con grabados que no tenía que ver con la realidad. Resulta muy interesante lo usado para entregarle al europeo de entonces la imagen del aborigen americano.

Tres fases o tres épocas pueden establecerse en la historiografía viajera sobre América. La de la percepción de su geografía como algo nuevo, distinto a Asia, propia de los siglos XVI-XVII; la de la cuestionabilidad de la naturaleza americana y su redescubrimiento por los científicos europeos, dada en el XVIII; y la de la total apertura de América, nacida en el XIX, y cuyos viajeros subrayan con frecuencia la “herencia española”. Los primeros viajeros en el continente no captaron de entrada su identidad geográfica pues avistaron su geografía *desde* sus propios módulos culturales. Lentamente, con el transcurrir del tiempo, se fue aprehendiendo la no asiaticidad de América y su novedad, una novedad que sufrió profundas transformaciones por la presencia biológica y cultural del europeo. La centuria de la Ilustración, basándose en algunas ideas ya expuestas en los anteriores siglos y en un orgulloso europeocentrismo cultural, arremetió contra la naturaleza americana; pero también entonces se inicia el redescubrimiento del Nuevo Mundo gracias a una liberalización del mismo a partir de Utrech y gracias al interés de organismos científicos y de los estados que promueven expediciones. Tras la emancipación política se da una total apertura del mundo americano. Soldados ansiosos de aventura, comerciantes deseosos de medrar, políticos que van a establecer nuevos vínculos, científicos que proyectan reconocer el mundo natural americano y simples turistas que buscan lo exótico se vuelcan sobre una geografía vetada en parte en siglos anteriores y en la cual encuentran —como en España— unas notas negativas legado de ésta.

Son tres grandes momentos en que variaron, no sólo sus actores y móviles sino las mismas circunstancias de los viajes. De la caravela lenta, pequeña e incómoda, que apenas ofrecía espacios para reposar, se ha pasado a los grandes navíos, tipo fragata, rápidos, dotados de instrumentos más precisos y con hamacas para el descanso. Han variado las condiciones de vida abordo, no sólo en comodidad y avances técnicos, sino en higiene y salud. El escorbuto no es el enemigo de antaño. Del terrible y dramático viaje de Magallanes —Elcano con 17 supervivientes— al segundo viaje de Cook en el cual no perdió un solo hombre, hay un abismo. Los caminos por tierra se fueron haciendo más numerosos y más transitables; y aunque la carencia de posadas continúe vigente, las bestias y el hombre-cargador (tameme) han sido suplantados por carros, carretas, carruajes, sillas de manos y literas. Persisten, como persisten aún, las dificultades para trasladarse de un lado a otro, porque la orografía, la selva, los climas y las distancias siguen siendo indomables. Por eso son más de admirar las correrías de muchos viajeros.

Los primeros viajeros europeos en América fueron los que realizaron su descubrimiento, entendiéndolo por tal la primigenia percepción de su realidad desde el ámbito cultural del Viejo Mundo. Los arribados tuvieron noción de la novedad de la geografía, aunque tardasen algo en comprobar su no asiaticidad, procuraron participar a sus contemporáneos obligando a un replanteamiento de todas las concepciones. Determinó una revolución. Los europeos se pusieron en contacto con inéditas tierras y desconocidos hombres, entrando a cuestionar una serie de ideas que se tenían sobre la geografía, el derecho, la historia y la naturaleza del hombre. Desde entonces América se constituye en proveedor de originales productos (algunos sirvieron para liquidar hambres ancestrales) y de materias primas que Europa necesitaba, al tiempo que se ofrece como mercado de absorción y de acción; de absorción de producción europea, de acción de sus colonos. Políticamente la adquisición —y discusión en torno— de las tierras y riquezas americanas por las naciones ibéricas produjo rivalidades, fricciones y cambios en la balanza de poderes. Por otro lado, los planteamientos hechos en torno a la naturaleza del aborigen americano y el derecho a dominarlo ocasionó múltiples discusiones que enriquecieron el campo jurídico filosófico-teológico, y dieron vida al Derecho Internacional.

Desde 1492 América está unida a Europa y su historia será historia de Occidente. América será una frontera de Europa, pero también Europa lo será de América.

«El Diario de la primera navegación» colombina en el primer libro de un viajero en y por América. No es espontáneo, como muchos diarios. Su autor tiene en cuenta que lo escribe para los Reyes, y lo aprovecha para justificar su

empresa, demostrar su tesis geográfica y probar que las tierras visitadas están plagadas de riquezas, adornadas de un delicioso clima y pobladas por unos mansos seres. Fertilidad, inocencia y belleza son los elementos de unos clisés que posteriores viajeros repetirán. Creyendo como cree que aquello es Asia, el almirante se da cuenta de sus “Indias” albergan elementos naturales distintos a los conocidos; *disforme* es el adjetivo que aplica a árboles, peces, etc.¹ Colón sienta algo que se va a repetir: la exuberancia de la flora y la pobreza de la fauna. Con ello pone las bases de posiciones críticas dadas en el siglo XVIII. El almirante también, y como cualquier viajero, para no perderse en el ámbito extraño y para lograr ser comprendido recurre a las comparaciones, y establece símiles con Canarias, Levante, Andalucía, Sevilla, Córdoba...

Dos italianos más y un español figuran en la nómina de los viajeros que desfloraron el mundo americano; Álvarez Chanca, Michel Cuneo, y Américo Vespucio. Álvarez Chanca, médico sevillano, en el segundo viaje de Colón, queda como éste sorprendido por el verdor de la flora, tan distinta de la europea. No se interesa por la fauna, si bien anota la ausencia de cuadrúpedos, y usa igualmente que el genovés de comparaciones. Muestra Chanca cierto tono de preeminencia, actitud propia de determinados viajeros de superior cultura (o que creen pertenecer a una dominante cultura) y va a ser él quien dé entrada a la bestialidad del aborigen. Su compañero de viaje, el saonés Cúneo, insiste en la penuria de la fauna, tesis que desarrollarán ampliamente los detractores del XVIII. Es el primero en esbozar una historia natural, y el primero en mostrar interés por la vida sexual del aborigen. Su visión del indio coincide con la de Chanca: es sodomita, usa un comer sucio, posee pocos pelos, hace trabajar a la mujer y sólo sirve para ser esclavo. El florentino Vespucio, a través de tres cartas consideradas auténticas (Sevilla, Cabo Verde y Lisboa), narra dos viajes, uno con España y otro con Portugal, en las que pinta por vez primera un mundo que no es el insular sino el continental del Brasil y Venezuela. Vespucio —al falso Vespucio del que hablaremos seguidamente— señala la novedad de la tierra a la que denomina *Mundus Novus*, tachonada de desconocidas constelaciones. Será Vespucio el primer viajero que no se limita a pasar y ver, sino que se sumerge en lo visitado para entenderlo mejor. Baja a tierra y durante casi un mes convive con los indígenas, a los que observa e interroga, dándose cuenta de la diversidad de idiomas que hablan.

En esta historiografía viajera inicial no podía faltar el falso viajero, el que no estuvo en América, pero la describió como hacen otros en el siglo XVIII.

¹ GERBI, Antonello: *La Naturaleza de las Indias Nuevas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978 p. 29.

Fue el primero Nicola Scillacio, médico de Pavía, que en 1494 escribió una carta a Ludovico el Moro basada en fuentes de segunda mano. Sin interés por la flora y fauna, traza una geografía fantástica similar a la que exhiben grabados usados entonces para ilustrar los relatos. Contemporáneamente al auténtico Vespucio actúa el falso, que, apoyándose sin duda en las cartas verdaderas y otras fuentes, edita dos relatos que son —paradoja— los que le dieron fama a Vespucio y le valió que su nombre se convirtiera en el topónimo *América* (1507). ¿Qué movió al seudo Vespucio? Quizá fue consciente de la sed de noticias sobre las desconocidas tierras, nacida en determinados medios sociales. Quizá por divertimento. Es grato fantasear a muchas mentes, y atender con ello a una propia necesidad. En un latín no muy ortodoxo, con tremendas contradicciones y errores, y en un tono ingenuo, cuenta lo que le ha sucedido y ha visto en cuatro viajes que ha hecho. Su contenido no nos interesa ahora para el conocimiento de la geografía real de América, pero sí para comprobar el nacimiento y cultivo de esa falsa visión de América, bella y poblada que tuvo a Colón por gestor. Tales relatos vespucianos gozaron de una enorme aceptación; merecieron ser reimpresos y traducidos, y gracias a ellos un grupo de sabios alemanes decidió bautizar con el nombre de América las tierras que Vespucio había descrito. Su huella se rastrea en Moro, Erasmo y los poetas de la Pléyade. Un alto porcentaje de las afirmaciones del seudo Vespucio son falsas, pero le cupo deslizar una afirmación que sería la base de una leyenda muy aireada en el siglo de la Ilustración. Habla Vespucio de la extraordinaria humedad de las tierras. De ese concepto se irá al de sumergido, anegado, semiputrido, mojado, con el que se califica a América para denigrarla, en el siglo XVIII.

En gran parte América fue una imagen mental para los europeos. Como indica Elliot², obstáculos de tiempo, espacio, herencia, entorno y lenguaje se opusieron a la exacta comprensión del Nuevo Mundo y a su incorporación al horizonte intelectual europeo. El hombre de Europa se había formado en una literatura plagada de elementos fantásticos que va a pesar en su entendimiento de lo nuevo. No sólo la literatura y geografía medieval equívoca, sino la tradición clásica y cristiana se aúnan en el espíritu de los primeros viajeros (y de sus lectores) que les conduce a una visión de ensueño, utópica, sólo apagada a medida que progresó el conocimiento. El proceso observaba cuatro etapas: observación, descripción, propagación y comprensión³. Describir lo nuevo era difícil reseñarlo de forma que pudiera ser “visto” por quien no lo hubiera contemplado. Gonzalo Fernández Oviedo invoca el arte de Berruguete, Leonardo y Mantegna en su empeño por memorizar la naturaleza americana. Más arduo

² S.H., Eliot: *El Viejo Mundo y el Nuevo*. Madrid, 1972.

³ BITTERLI, Urs: *Los “salvajes” y los “civilizados”*. México, 1982.

era comprender; se trataba en este caso de asimilar lo desconocido. Por su parte la propagación tendía a lograr que la nueva naturaleza formase parte del bagaje mental comúnmente aceptado. Mucho dependía del interés mostrado por la gente, que no fue demasiado. Notables resultaron en la política de propagación las ediciones llevadas a cabo por Montalboddo, Ramusio y Hakluyt. Franco Montalboddo editó en el año de 1507 un conjunto de relatos con el título de *Paesi Novamenti Retrovati*. Ramusio a mediados de siglo dio a conocer *Delle navigationis e viaggi*. Indudablemente se pretendía atender el interés (o despertarlo) de personas que, imposibilitadas de viajar, saciaban con tales lecturas el afán por la aventura o por lo exótico, tal como habían hecho los libros de Marco Polo o de John de Mandeville. El mismo objetivo debió perseguir Richard Hakluyt al publicar *The Principal Navigations, Voiages, Traffiques and Discoveries on the English Nations*, donde pudo haber una intencionalidad de exaltación nacional. Otras colecciones aparecieron en años posteriores en distintos países. Y el siglo XVII fue deudor a la *Hakluytis Postumus or Purchas his Pilgrims* (1625) y a la *Relations des divers Voyages curieux* obra de Melchisedech Thévenot (1663), así como a los manipulados o tendenciosos grabados de Teodoro de Bry (1650).

La verdad es que el tema americano atraía parcialmente; el hombre medio europeo no mostró gran curiosidad; importaba más a determinadas ciudades mercantiles, dueñas de comunidades de comerciantes interesados en América. En España sorprende que no se cultivara una literatura épica inspirada en los hechos de la conquista. Fue pobre el eco que despertó en los cultivadores de las Letras. Tirso, Calderón o Lope no pusieron su pluma al servicio de una literatura inspirada en lo americano⁴. Fue poco lo que escribieron y los casos de Ercilla y de Oña no indican nada. En Italia se dio un primer momento — carta de Colón, ediciones de Montalboddo— de interés, coincidente con la actividad de marinos italianos, que luego se apaga (1520). En Francia se ha comprobado que Asia mereció cuatro veces más libros que América en el lapso 1480-1609. Y en Gran Bretaña la curiosidad no brota sino hacia 1550, con las ediciones de Hakluyt, cuando sus descubridores se proyectan hacia el rumbo americano. Movidos por la aventura, la curiosidad o el lucro comercial fueron, sobre todo viajeros británicos los que, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, emitieron opiniones viajeras sobre la América Hispana. Tal literatura estuvo muy condicionada por el conflicto hispano-inglés de entonces y, por supuesto, por la índole de “hombre reformado” del visitante. Por eso la visión del inglés

⁴ FRANCO, Ángel, *El tema de América en los autores españoles del Siglo de Oro*. Madrid, 1954.

insabelino, cromwelliano anglicano, puritano, mercader, marino, pirata o aventurero, será la de un antipapista y, por lo mismo, la de un antiespapal.

Como los primeros visitantes, estos viajeros señalan lo ubérrimo de la tierra americana; se extasian con su exuberancia y prodigalidad, aunque también apuntan notas degradantes de tal naturaleza. Antropológicamente sus opiniones sobre el criollo, mestizo o indio son negativas (ignorantes, lerdos, avaros, cobardes). En su visión de la conquista y de la colonización se rastrean huellas de Las Casas, pues sus juicios sobre conquistadores y religiosos no suelen ser halagüeños, aunque haya atisbos de admiración. Hay una manifiesta crítica a la Iglesia Católica. En este contexto recogen el recelo que ellos originaban por su condición de herejes y los esfuerzos que se hacían para captarlos y adaptarlos a la sociedad americana. También advierten ellos el temor que se les tenía como competidores mercantiles. Precisamente sus relatos están llenos de observaciones sobre la importancia comercial de las ciudades, las minas, las fortificaciones y defensas, el número de habitantes, etc. Noticias que interesaban para esa competencia, para la práctica del contrabando y para incitar a una conquista del territorio, como hará alguno que otro viajero. No falta la admiración por las culturas indígenas.

Es de notar el valor de esta literatura en la alimentación y cristalización de ideas —algunas ya expuestas por los primeros viajeros— que se perpetúan en la conciencia anglosajona, Tomás Gage, por ejemplo, fue uno de los pioneros del descrédito de España y su obra en América: Gage es uno de los coautores de la leyenda negra: *A new and exact discovery of the Spanish Navigation to these Parts, and of their Domination* (1648). Obra vuelta a publicar por entregas en una revista norteamericana en 1758, y sólo sustituida por la de Humboldt.

La condición de “nuevos o recientes conversos” de estos viajeros les lleva a fijarse sobre todo en la vida espiritual de las tierras conocidas, donde unos sacerdotes y religiosos amoraes y corruptas, conducen equivocadamente al pueblo, constreñido en su libertad mental por la terrible Inquisición. Por eso la América Hispana para ellos es una especie de Sodoma y Gomorra, que hay que regenerar. A partir de entonces se repiten unos adjetivos calificando a los españoles que, curiosamente, son los mismos con los que se enjuicia a Macbeth en el drama de Shakespeare: cruel, lascivo, hipócrita, falso, avaro, iracundo (Acto IV Escena III).

La literatura viajera vive un momento brillante en el siglo XVIII, centuria del exotismo literario y de la curiosidad universal. Los eruditos de entonces se empeñan en aumentar, ordenar, clasificar e interpretar todo el saber. Pretendían llegar con su curiosidad a todas partes. La literatura viajera, referida a lugares insólitos, influyó enormemente en las manifestaciones de la cultura. Se

va a viajar ampliamente mucho y se van a dar vida a numerosos relatos de viajes reales e imaginarios.

A finales del siglo XVII la historiografía sobre viajes era muy apreciada por el público lector, especialmente en los medios cortesanos. La gente leía, sobre todo, como entretenimiento. Pero en el XVIII no sólo son leídos estos libros como solaz, no sólo se continúa acumulando noticias sobre el mundo ultramarino, sino que se “filosofa”, estableciendo comparaciones entre los distintos modos de vida. Volverá la polémica en torno a viejas cuestiones teológicas, cristaliza la figura del “buen salvaje” y los sabios discutirán sobre la naturaleza de la tierra y del hombre americano. El mundo ya no se considera rodeado de un medio hostil o amenazante e incomprensible, que a veces hay que explicar recurriendo a lo sobrenatural. El hombre deja de apoyarse en el dogma para entender a la naturaleza. El mundo se ofrece como campo de observación, investigación y experimentación. Mediante la razón se estima que es factible penetrar en los misterios de la Creación. Fueron, sobre todo franceses e ingleses, los que participaron en este afán por saber más sobre la naturaleza. Ellos son los grandes viajeros del XVIII. Viajeros que, no sólo se mueven impulsados por objetivos políticos, económicos o sociales, sino que actúen impulsado por la curiosidad, por el móvil científico. Desean ver nuevas tierras y conocer hombres y pueblos. Quieren ponerse en contacto con la naturaleza, ilustrarse. Los franceses, desde el advenimiento de la dinastía borbónica, habían proliferado sus viajes de comercio por América, al igual que los británicos desde los acuerdos de Utrecht y la concesión del Asiento.

Hasta mediados de la centuria primaron los relatos de viajes y las crónicas individuales; en la segunda mitad del siglo de las luces siguen existiendo los viajeros individuales, pero a su lado marchan las grandes expediciones organizadas, de equipos de hombres pertenecientes a diversas disciplinas, dotadas de minuciosas instrucciones. El resultado de sus viajes se van a exponer a través de pinturas o dibujos, de planos y mapas, de herbarios y de colecciones de animales y botánicas, y mediante informes, compendios histórico-filosóficos, etc.

Los naturalistas habían ya recorrido el escenario americano en el setecientos. Por las Antillas Menores anduvieron Richard Ligón, Jean Baptiste Dutertre, Jean Baptiste Labat, Charles Plumier, Hans Sloane; por el Brasil estuvo George Marcgrave. Los continuadores se volcaron en especial sobre el continente: Feuillé, Lacondamine, Jussieu, Aublet, Bancroft, Bouganville, Frezier, Labat, Chabet, Bajón. En muchos de ellos —inspirados en Raynal— se da cabida a la leyenda negra al enumerar los rasgos que tipifican a España (intolerancia, altivez, pereza, suciedad) que se traspasan a Hispanoamérica. La nómina de españoles (Mutis, Ruiz, Pavón, Azara, Malaspina, Sesse), así como

las expediciones fomentadas por el Estado español han dejado unos testimonios considerables para el conocimiento de la geografía, hidrografía, botánico, zoología americanas.

Al lado del viajero turista, que muchas veces busca lo pintoresco o folklórico, persiste el viajero científico, el naturalista que inundó a América en el siglo anterior. En este sentido cabe referirse, como ejemplo, a Desiré Charnay caminante por México y Yucatán, Charles Wiener viajero por el Perú, Alcides d'Orbigny tan vinculado a la América del Sur y los franceses A. A. Riard, J. N. Grevaux, J. B. Douville, A. de Saint-Hilaire, etc., conocedores del Brasil.

A principios del siglo XIX correspondió a Alejandro de Humboldt concluir el proceso de apertura iniciado por las expediciones científicas del siglo anterior. La guerra de Emancipación y el surgimiento de las nacionalidades marcará ya una irrupción total. Soldados y comerciantes vieron las puertas abiertas. El mejoramiento de las comunicaciones, el interés comercial, el desarrollo de los países que demandan pedagogos y técnicos, y el establecimiento de relaciones internacionales, contribuyen a que militares, comerciantes, pedagogos, ingenieros, naturalistas, diplomáticos o simples turistas se vuelquen sobre América y escriban en torno a ella. La fiebre viajera se ha desatado en Europa, y España que va a ser muy visitada e inspirará una literatura viajera cargada de tópicos que se repiten en América, sabe mucho de ello.

En América el primitivismo de sus tierras y hombres, su exotismo, su reciente lucha patriótica, sus oportunidades, etc., atraen a curiosos, emigrantes y aventureros. La presencia de todas estas gentes mencionadas ocasionarán una historiografía, en sus distintas formas de relatos, cartas o memorias, enorme. Ilustran esta afirmación los casos de México y Brasil; el primero nos ofrece 394 títulos entre 1810 y 1910, y el segundo 158 entre 1800 y 1899. Interesante anotar que es en el siglo XIX cuando aparece las mujeres viajeras; de los 394 autores citados en México, 31 son del sexo femenino, algunos responsables de libros clásicos, cual es el caso de Fanny Calderón de la Barca, esposa del embajador de España.

Los países más visitados serán Brasil, México y Argentina, seguidos de Chile, Perú y Colombia. Finalmente, Venezuela, Ecuador, Bolivia y Uruguay. Los viajeros suelen ser predominantemente ingleses y norteamericanos, yendo a continuación los franceses y alemanes. En el Perú entre 1760 y 1860 estuvieron 120 británicos, 100 norteamericanos, 100 franceses y 80 alemanes. En el Río de la Plata la nómina y calidad de los viajeros ingleses es singular: Vidal, Love, Head, Miers, Andrews, Temple, Darwin, Robertson, MacCamnn, Mandsfield, etc., etc. Serán marinos, militares, industriales, naturalistas, comerciantes, artistas, diplomáticos, clérigos y misioneros, turistas, etc. Recurriendo a su

profesión o dedicación obtendremos casi siempre los móviles de sus viajes. Fundamentalmente se visita el territorio por razones económicas, turísticas, religiosas, políticas o de mera aventura. Las casas comerciales se interesan por él casi desconocido mercado hispanoamericano y remiten agentes a él. Todavía, como dice un viajero, los nombres del Perú y México eran sinónimos de oro y plata. Otros llegaban movidos por la curiosidad, por desvelar un mundo que había permanecido en una larga clausura. Como en España no falta el vendedor de Biblias, el religioso que intenta propagar su creencia considerando que aquello sigue siendo tierra de misión, sobre todo entre los indígenas. Va también el pedagogo, a veces llamado por los políticos admiradores del sistema lancasteriano de educación. El interés político es evidente; las relaciones de Inglaterra y España durante la guerra emancipadora o el comportamiento de los EE.UU. es una prueba de ello. Proyectar influencias, sustituir a España, importa. Buscando la aventura, militares desocupados tras la caída napoleónica se alistaron con los patriotas y, como los anteriores, consignarán sus experiencias en memorias.

La nacionalidad, la religión, la formación, el móvil de su viaje, como siempre, va a determinar su visión de América. Así, por ejemplo, el autor protestante criticará al clérigo hispano y le achacará la casi totalidad de los males que observa en la sociedad. El autor que no domina la lengua española no captará ciertos matices de la vida y caerá en erróneas interpretaciones. Provenientes de un medio urbano donde había comodidades, el viajero despotricará del primitivismo de la vida rural. Burgués, con una moral severa, mostrará su escándalo frente a múltiples “inmoralidades de la vida hispanoamericana”. Juan A. Ortega y Medina ha realizado un buen estudio con el título de *México en la conciencia anglosajona*, cuyas observaciones se pueden generalizar. Las cosas y fenómenos que más llaman la atención al viajero de México, de Perú o de la Argentina, se suelen repetir. El mal estado de los caminos, la ausencia de casas de hospedaje, las ciudades con trazado reticular, las alamedas o paseos, el contraste entre la población del litoral y del interior, la belleza de las mujeres, la indolencia y pereza simbolizadas en el excesivo uso de la palabra *mañana*, el orgullo de los mendigos (en el Río de la Plata piden a caballo), las tertulias o culto a la conversación, la siesta, el número de días de fiesta, la superstición, el papel del catolicismo, el culto a las imágenes, algunas diversiones (gallos, toros), la grandiosidad del paisaje, las posibilidades económicas del área, etc. Nos hemos referido a una antología, posible de ampliar pero que evidencian lo que sentamos al principio, el valor de esta literatura para el historiador. Todo viajero porta siempre un estereotipo o clisé que va aplicando al país visitado. Viajeros anteriores y los mismos textos históricos le ha proporcionado tal clisé al hablarle de la decadencia española, del fanatismo, de la

pereza, de la crueldad o de la indolencia y soberbias. Ante la realidad americana no duda en acudir a España para encontrar el origen o razón de lo que ve: “Los mexicanos son lo que los españoles han hecho de ellos”, escribe un viajero anglosajón del XIX. Y añade: “Si México no hubiera sido dominado por el país más perezoso y degradado de Europa sería un paraíso.” El desprecio a lo español se traduce en un rencor hacia lo hispanoamericano. Así, la herencia negativa de España es algo que los viajeros anotarán en México. Viajeros anglosajones, en especial: guitarras, juegos, bailes, indolencia, odio a las técnicas útiles, derroche, falta de comodidad, crueldad (toros). Como en siglos anteriores persiste la actitud protestante hacia el catolicismo, manifestada en los continuos ataques al clero y a la iglesia, en la misma línea de los días de la Reforma: idolatría, barraganería, simonía, fracaso de la acción misionera, acumulación de riquezas en los templos que no produce nada, intolerancia, fanatismo... Les escandaliza que se bendiga a los animales (creen que les bautizan) y los rótulos sagrados puestos a algunos establecimientos (Mesón del Cristo). Pero también anotan el decoro de la gente, su gravedad, generosidad, hospitalidad, sobriedad, cortesía..., herencia asimismo hispana.

III

LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS: EL DESCUBRIMIENTO COLOMBINO

PROTAGONISMO EUROPEO

Por necesidad (materias primas), causas religiosas (peregrinaciones y evangelización)¹ y curiosidad intelectual (problema de las antipodas, v.g.) aparece Europa como el continente que ha protagonizado de forma relevante el proceso de los descubrimientos geográficos. La imaginación, la iniciativa y la audacia europeas estimuladas por diversos agentes han sido los motores del desvelamiento de la mayor parte del Universo. Pertenece a los europeos el mérito de poner en contacto a continentes, razas y culturas como nadie nunca lo había hecho y, asimismo, el asomarse al exterior de nuestro sistema solar interrogando el universo de las galaxias. La acción indagadora del hombre occidental le condujo no sólo a ampliar la geografía, sino a difundir y trasegar elementos culturales transformadores. Tal fenómeno se acentuó a partir del siglo XV por presión de los móviles referidos y debido a los progresos tecnológicos experimentados por las ciencias de la navegación. El hecho en sí no era nada nuevo, pero jamás se había realizado con tal intensidad y afectando a tantas tierras y a tantos hombres al mismo tiempo. Los descubrimientos europeos a partir de la centuria citada abrieron rutas, paisajes y mercados y dieron lugar a un acarreo de seres humanos, de creencias, de animales, de plantas y de tecnologías que variaron positiva y negativamente la faz de la ecúmene, es decir de la tierra habitada.

El punto culminante y más trascendental de este proceso lo señala el descubrimiento de América por la acción transitiva de unos marinos europeos, que no buscaban exactamente eso.

Castilla descubre América para el medio cultural europeo. Castilla halla, describe y comunica en activa y con repercusiones la existencia de un mundo que se presiente desde la Antigüedad. Pero el desarrollo de esta actividad física (exploración y posterior conquista) e intelectual (descripción y participación al

¹ Mandato evangélico de llevar la buena nueva hasta los confines de la tierra: *Carta a los Romanos* (X,18).

resto de los hombres e incorporación de lo revelado), no acaba con este hallazgo y percepción de una humanidad y geografía nuevas, que permanecen pasivas. El discurso es más complicado porque el conocimiento de América —de cuya realidad y existencia el aborígen no tiene noción— se lleva también a la mente de ese aborígen al tiempo que se le va descubriendo la realidad de Occidente. Es decir, el europeo descubre y se descubre. Desvela y muestra un nuevo mundo y un nuevo cielo que, como dice Colón, “fasta entonces estaba oculto”. Oculto para el Viejo Mundo y para la misma América. Ciertamente por falta de tiempo, de léxico y debido a prejuicios y actitudes firmemente arraigadas, el descubridor hubo ocasiones en que encubrió al tratar de expresar lo nuevo mediante sus tradiciones y presupuestos. Fue gradual el proceso de asunción que llevó de la creencia que lo encontrado era Asia a la evidencia que constituía una entidad distinta. Los escritos y la cartografía de entonces demuestran esta incorporación a lo viejo de lo nuevo y diferente realizado con dificultad pues había que incorporar una desconocida entidad en las concepciones geográficas dominantes, buscarle un lugar al hombre americano dentro del género humano y dentro del fenómeno de la Redención cristiana, e integrar al Nuevo Mundo en la concepción europea del devenir histórico. Un nuevo Mundo que cambia por completo, que pasa a ser “otra cosa”. América deja de ser lo que era, cambia de personalidad. Su evolución a partir de entonces se produce no desde lo que era antes de 1492, sino de lo que pasa a ser después de esa fecha. Es la singularidad del descubrimiento colombino; su singularidad y trascendencia. En otro tipo de hallazgo la novedad radica en el encuentro de algo que existe, pero que se desconoce por su descubridor; en el caso de América, la trascendencia de captar una realidad existente, pero extraña, no se limitó a esa percepción, sino que lo descubierto pasó a ser “otra cosa”, lo mismo que el descubridor. Lo que los descubridores consideraron parte de Asia fue luego un nuevo u original mundo y, más tarde, *otro mundo*. Pero como el saber nunca es meta, la naciente concepción sirvió de base para proseguir las especulaciones e invenciones que condujeron a inesperados hallazgos².

Correspondió a las naciones ibéricas afrontar todas estas dificultades e incurrir en los fallos enunciados, porque ellas fueron los encargados de romper el ancestral aislamiento de América en relación con los demás continentes y consigo misma, y abrir, en una veintena de años, la totalidad de los mares conectando a los hemisferios.

Lo que en 1492 era una meta se convierte en un punto de partida. Antes de 1492 los grandes pueblos marímeros y las culturas estaban separadas por océa-

² Vinculado a todo esto se encuentra el dilema de la identidad americana.

nos y continentes ignotos, que no se conocían entre sí. En Asia no se iba más allá de Filipinas, no se navegaba más al sur de Zanzíbar. El próximo Oriente era para los pueblos orientales lo mismo que para los europeos: una frontera. Hasta ahí se poseían conocimientos con cierta precisión. Los árabes desconocían el extremo Oriente y los chinos el extremo Occidente, sobre el cual los árabes forjaron una serie de leyendas similares a las que circulaban en Occidente, y que éste tenía de Oriente. Dos mundos, mal conocidos, de los que se era consciente; América, en cambio ni se conocía, ni se sabía que existía. Cabe admitir que se *presentía*.

Sólo Europa, después de las incursiones chinas de los siglos V-VIII, que no pasaron del Indo y la gran expansión musulmana, ya en proceso de encogimiento a finales del XV, mostraba intenciones expansivas e indagadoras por necesidades económicas y curiosidad intelectual, factores a los que desde el siglo XIII se une el vuelco al exterior que preconiza la Orden Franciscana. De tal modo que el *pathos* religioso, el ansia de conocimientos y el espíritu mercantil integran una trilogía de móviles inseparables en la denominada Era de los Descubrimientos (siglos XVI-XVIII). Lo religioso y lo intelectual van íntimamente unidos; es decir, el desvelo evangelizador y el deseo de conocer. El afán del hombre europeo por explorar y descubrir se comprende no sólo desde el móvil económico o el empeño de saber para aumentar los conocimientos, sino desde su celo por comunicar el Evangelio. Es este un acicate imprescindible en cualquier explicación que se quiera ofrecer de la movilidad y acción de los hispanos. El Creador usa de esa curiosidad de los hombres para transmitir la doctrina evangélica a gentes que viven en el error, afirma el P. Acosta. Descubrir nuevas tierras permitía cumplir con el mandato de sembrar la buena nueva. La evolución que el hombre imprime a sus conocimientos geográficos debido a la incorporación de horizontes no concluye en dicha etapa; la búsqueda determinada por las razones citadas, más las científicas intensificadas en el XVIII, prosigue gracias a promotores, actores e instrumentos nuevos que permiten conquistar inéditas metas convertidas sucesivamente en puntos de partida. De tal manera que quien en el XIII arribó a las costas de unas Azores o Madera deshabitadas, llegará a los Polos y la Luna donde nadie le da la bienvenida, pero donde él encuentra: encuentra unas geografías nunca vistas, que le obligan a variar el mapa de sus concepciones.

Ahora mismo, en estas postrimerías del siglo XX, resulta fácil establecer un paralelismo con los finales del Cuatrocientos y situarse en el punto de lanza de este avance. Tanto en el XIII como en el XX el hombre experimenta la sensación de encontrarse en un *ante quem*, en una frontera, con relación a lo ignorado, que él ha *descubierto* que es mucho y que inquieta su mente. El hombre prosigue creando, imaginando y queriendo hallar o descubrir ¿Qué?

Lo que no se conoce. Los versos de Juan de Castellano, cantando la partida de los barcos colombinos y sus pretensiones, plasman ayer como hoy la perenne inquietud de la mente humana:

“Al occidente van encaminadas
las naves inventoras de regiones...”

Nos hallamos hoy, como antaño, en el trance de superar una frontera en esas sucesivas conquistas que el proceso de los descubrimientos le han ido señalando al individuo. Es una intuición. Al igual que hace 500 años, los proyectos para desvelar lo ignoto están programados con minucia y los siguen animando la sed de saber y conocer ahora lejos del mandato evangélico. Pero, como siempre, no cabe prescindir del azar, y lo imprevisto puede surgir como ocurrió en 1492. Si se repitiese tamaño suceso nuevamente quedarían rotos nuestros esquemas mentales.

Estamos queriendo significar con lo dicho que ni la fecha de 1492, ni el alumbramiento de un mundo nuevo permanecieron cual fenómenos inmutables. A la fecha del 12, siguió la del 13... Y el Nuevo Mundo experimentó transformaciones. Tampoco pretendemos reducir la gesta colombina a una “anécdota fortuita”. Colón, lo reconocemos, estaba adornado de luz propia; sin embargo, el descubrimiento se hubiera dado incluso sin él. El proyecto colombiano no constituye algo aislado, extraordinario, parto excepcional de un genio. Nada de eso. El plan estaba en el aire y la navegación transversal colombina a la altura del paralelo 28° (uno de sus aciertos) forma parte de una continuidad descubridora que se venía produciendo en aguas atlánticas desde bases ibéricas. El juicio positivo y de admiración que el Almirante de la Mar Océana merece, no implica la marginación o el olvido de una colectividad y circunstancias coadyuvantes y, menos, no reconocer que si importante fue el 12 de octubre de 1492 más lo serían los 500 doce de octubre que se iban a suceder a lo largo de un medio milenio. Tendencias ha habido, y aún se mantiene, que se sienten tentadas a magnificar la figura del marino genovés, limitando la visión e interpretación del Descubrimiento al personaje, Colón, a sus hechos y circunstancias, dejando fuera de la platina el desvelamiento de un inmenso continente y un más inmenso océano. Desvelamientos acompañados de un intenso trasplante civilizador que dio vida a *otros mundos* y que es lo que realmente celebramos con la mente puesta en lo por venir.

A través del 12 de octubre de 1492 penetramos en una avenida de fecha, hombres y hechos que nos conducen a la referencia cronológica de nuestro tiempo con un balance de logros. Un tiempo que se ofrece lleno de posibilida-

des para el abordaje de un futuro que va siendo pasado cada vez que arrancamos del calendario un nuevo 12 de octubre.

LO QUE COLÓN DESCUBRIÓ

En la prosa colombina se mezclan indistintamente las afirmaciones sosteniendo que su objetivo consistía en demostrar que era posible navegar de Castilla a las Indias (practicar una ruta desconocida), con las que hacen de su meta el arribo a las Indias y que era lo que él creía haber encontrado.

Así en la carta a los Reyes de 1501 nos confiesa *su secreto*. Su secreto para nosotros es la revelación divina que él cree haber recibido: "... me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable el que era hascdero navegar de aquí a las Indias, y me abrió la voluntad para la hexecución d'ello". Ninguna ciencia ni ningún autor le sirvió. Fue la fe y la constancia de los Reyes, detrás de las cuales estaba el Espíritu Santo y el mismo Colón. Lo dice él. Unos Reyes que, escribe en otra ocasión "acordaron que yo fuese a descubrir las Indias"...

Que el objetivo colombino era la India y que la impresión inicial es que se ha alcanzado tal meta, lo demuestran diversos testimonios documentales. Que navega hacia la India lo patentiza la carta comendaticia de los Reyes Católicos a favor del genovés (17-abril-92) en la cual los soberanos manifiestan que remiten a Colón por las mares oceánicas "ad partes Indie". Similar testimonio encierra la carta dirigida a un príncipe, sin duda el Gran Kan, con fecha 30 de abril; y la misma Introducción al *Diario*, que pudo ser redactada al regreso, aparte de varias anotaciones de él.

Los contemporáneos también oyeron en un primer momento que Colón había estado y regresaba de las Indias. Lo confiesan los Reyes en su carta al Almirante desde Barcelona el 30 de marzo de 1493; lo recogen los textos de Anglería, Bernáldez y Oviedo; lo prueban las reales cédulas dictadas en abril de 1493 vetando navegar sin permiso a las Indias y al año una carta de Simone del Verde a Pietro Niccoli aludiendo "a las islas de la India recientemente encontradas". Lo reconocerán más tarde los testigos de los Pleitos Colombinos, muchos de ellos compañeros de Colón en su primer desplazamiento.

Coincidiendo con esta actitud comienza a darse otra: la de aquellos que dudan o niegan la identificación del descubrimiento colombino con la India gangética. Colón es acusado de no haber hallado las Indias que prometió descubrir, o de haber encontrado unas tierras habitadas que "de manera abusiva

algunos llaman Indias”, tal como escribe el Lic. Núñez de la Yerba³, y que Anglería bautiza *nuevo mundo*.

La acción descubridora colombina se inicia en 1492 (prescindiendo de todo el proceso intelectual anterior de invención) para concluir en 1503, y si bien la primera y segunda exploración quedaron limitadas al ámbito insular antillano, en los viajes tercero y cuarto tocó las tierras continentales que, al igual que las insulares, consideró asiáticas.

Un repaso a las anotaciones del *Libro de la primera navegación* como lo llama Las Casas⁴ nos permite comprobar que el Almirante cree que Cuba es Cipango al tiempo que confiesa sus intenciones de ir a la tierra firme y a las ciudades de Quinsay (21 y 23 y 24-X) y de Catay (30-X), asimismo expresa su creencia de encontrarse cerca de Zayto y Quinsay (1-XI) o navegando entre “innumerables lislas que en los mapamundis en fin de oriente se ponen” (14-XI). También en la Carta a Luis de Santángel (15-II-93) anunciándole la “gran victoria” de su viaje confiesa que ha llegado “a las Indias”. Igualmente en el documento instituyendo su Mayorazgo (Sevilla, 22-II-98) sostiene que en 1492 descubrió “La tierra firme de las Indias y muchas islas”. Sobre la segunda expedición trata en la relación de la tercera, al aludir que por “virtud divinal” ha descubierto en ese segundo periplo “trescientas y treinta y tres leguas (a estas 333 leguas se volverá a referir en la institución del Mayorazgo) de tierra firme, fin de Oriente” añadiendo más adelante que él llama “fin de Oriente” adonde acaba toda la tierra e islas”. Es decir, el Este asiático.

Pasemos por encima de la tercera expedición para adentrarnos en los textos colombinos tocantes a la última, en los que se vuelve a probar que el marino genovés (*Lettera Rarissima*) considera que las tierras centro-americanas forman parte de “la provincia de Mango que parte con aquella de Catayo”. Nótese cómo aquí Colón conceptúa ya al Catay cual región y no como una ciudad, tal como señaló en la anotación del *Diario* el día 30 de octubre de 1492⁵.

³ NÚÑEZ DE LA YERBA, Francisco, en la edición de la *Corografía* de Pomponio MELA. Salamanca, 1497.

⁴ *Historia*. Lib. I. Cap. 35; y anotación del *Diario* del día 11-X-92.

⁵ *Catay*. En Marco Polo Catay, en efecto, es un país, cuya principal ciudad es Khanbeligh (Cambaluc = Pekin). En cambio en John de Mandeville a Catay lo mismo se le menciona como una isla, que como “una rica e hermosa ciudad de muchas mercaderías” (cap. LVI). Andrés Bernáldez, que en 1496 teniendo a Colón de huésped en su casa le dijo e hizo entender que tendría que navegar 1.200 leguas más allá de sus Indias para alcanzar el Catay, consideraba que ésta era una ciudad “muy noble e rica”, cuya provincia tenía el mismo nombre que la ciudad (*Memorias del Reinado de los Reyes Católicos*, Madrid, 1962, cap. CXXIII).

Colón, pues, ha llegado a la India; en tal caso sólo ha descubierto una nueva ruta, la de Poniente, hacia ella. Es su creencia con lo que parece alicortar el significado o transcendencia de su empresa. Pero aunque ontológicamente el nauta genovés interpretó el ser asiático de aquellas tierras, lo importante es que eran desconocidas. Además, elucubrando sobre sus experiencias, él también considera que al Austro de esas Indias —las del tercer viaje (Paria-Cumaná)— existe una “tierra infinita... de la cual hasta ahora no se ha habido noticia”. Es una tierra grandísima la que ha encontrado, a cuyo mediodía hay “otras muchas... de las que jamás se oyó noticia”. Esto rompía con el cuadro mental geográfico-teológico que el hombre europeo sustentaba de la ecúmene. No podemos soslayar las involucraciones de las ideas religiosas en las concepciones geográficas para comprender lo que representaba la aparición de un cuarto continente, echando abajo la división tripartita de la Ecúmene tan grata a los defensores del simbolismo del número tres.

En conjunto, a “su” geografía el Almirante la estima “otro mundo” al cual griegos y romanos porfiaron por llegar. Otro mundo u otro hemisferio del que no se tenía noticia cierta —ni Tolomeo ni demás autores—, salvo muy liviana y por “argumento (razonamientos e indicios), debido a que nadie lo había andado ni enviado a buscar, hasta ahora que Vuestras Altezas lo mandaron explorar e descubrir”. Tierra grandísima, como ya se dijo, en la cual se encuentra según el descubridor el Paraíso. Tal las ideas de Colón a lo largo de su navegación por las aguas de Trinidad, Paria y Cumaná.

Resumiendo, Cristóbal Colón había encontrado “lo que buscaba” en la expresión del duque de Medinaceli: una nueva ruta a las Indias y éstas mismas en una geografía continental de tierra firme, e insular o de centenares de islas. Y, además, y partiendo de esos hallazgos, había *inventado* o intuido la existencia de una tierra muy grande en el Austro de Trinidad-Paria. Todo antes de 1499.

Atentos a los horizontes marinos o terrestres, nos olvidamos que Colón miraba mucho a las estrellas para guiarse en el mar. Y a causa de ello, lo mismo que se percató de la singularidad y novedad de lo hallado e intuido, se percató que había descubierto *nuevos cielos*. Él leyó a Isaías y tenía presente la afirmación del Profeta: “Esto dice el Señor: Mirad, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva, de lo pasado no habrá recuerdo ni vendrá pensamiento” (65,17). El encontrarse bajo un nuevo cielo lo sintió ya en el primer viaje, a cien leguas de las Azores (por eso sugirió lo de la línea delimitatoria a tal distancia). Un nuevo cielo que en determinados momentos le torna cauto cuando navega hacia el sur. Veamos cómo expresa todo esto; primero en la *Relación del Tercer Viaje*, donde escribe que cuando navegó de España a las Indias

encontró “en pasando cien leguas a Poniente de los Açores, grandísimo mudamiento en el cielo y en las estrellas”, aunque no en la “temperancia”. Poco después en carta que cursa a doña Juana de la Torre, ama del príncipe don Juan, presume de haber servido a los reyes en un servicio de que jamás se oyó ni vio: ser mensajero “Del nuevo cielo y tierra que dezía Nuestro Señor por Sant Juan en el apocalipsis, después de dicho por boca de Isaías”. Nuevo cielo y mundo, como bien dice él renglones mas adelante “que fasta entonces estaba oculto”⁶.

⁶ Es una prueba de la concepción que se tiene de las nuevas tierras como una inédita entidad geográfica que hay que incorporar a las concepciones predominantes. Lo expresa el portugués Pedro NÚÑEZ: “Nuevas islas nuevas tierras, nuevos mares, nuevos pueblos; y lo que es mejor, un nuevo cielo y nuevas estrellas”. *Tratado de la Esfera* (1537). cit. por ELLIOT, J., *El Viejo Mundo y el Nuevo*, p. 54.

IV

LAS DOS LLEGADAS A LAS INDIAS

Resulta difícil establecer un paralelismo entre Cristóbal Colón y otros marinos descubridores; la personalidad y los hechos del genovés son singulares, sus móviles y el concepto que de sí mismo posee son peculiares, y la trascendencia de su hallazgo es algo único en la historia de las navegaciones. No se ha repetido.

A veces se buscan y señalan ciertas similitudes con figuras contemporáneas o posteriores, con resultados que no van más allá de lo curioso o anecdótico. Porque afirmar, por ejemplo, que Colón portaba cartas para el Gran Kan y que Vasco da Gama las llevaba para el Samorin de Calicut no proporciona base alguna para una comparación, como tampoco la autoriza el decir que ambos disponían de providencias en favor de ciertos criminales que desearan enrolarse y lograr así el perdón de su pena, porque ello es algo propio de la época, visto ya en la conquista de las islas Canarias, por ejemplo.

Colón y Gama brindan determinadas connotaciones ciertamente, pero también profundas diferencias. Sus *curricula* están adornados de unos méritos diversos, que a ambos proporcionan grandeza, pero también se dan unas diferencias que no admiten el parangón con pretensiones de homologarlos. Algo que define a Cristóbal Colón son sus móviles y el concepto que tiene de sí mismo de ser un hombre elegido por Dios. Durante el tercer viaje confiesa que todas las fatigas que está pasando no es «por atesorar ni hallar tesoros», ni para «ganar honra ni hacienda» dirá en el cuarto viaje, sino a fin de que triunfe el cristianismo para lo cual él ha sido encargado. Colón es un marino extraordinario, autor de un plan navegador y descubridor y el responsable de una flotilla que intenta materializar tal proyecto; mientras que en Gama no se da nada de esto; no es un marino profesional, y su papel es el de jefe de una expedición que debía comandar su padre con una misión comercial. El primer viaje colombino no tiene nada que ver con la expedición de Gama; sí en cambio la segunda expedición del genovés.

El periplo colombino de 1492 ofrece similitudes con el de Bartolomeu Dias (1487-1488) descubridor del Cabo de Buena Esperanza y de la conexión Atlántico-Índico. Dias, al igual que Colón, busca el camino para o hacia la

India abordo de tres naves, dos caravelas y una urca con vituallas. Valiente y afortunado, Bartolomeu Dias, encontrará el camino y se verá obligado a hacer frente a una tripulación cansada, inquieta y temerosa, que deseaba regresar, estimando que habían andado ya demasiado. Tripulación que Dias logró convencer para proseguir navegando un poco más, conquistando de este modo el objetivo previsto. La urca, cuya tripulación en parte pereció, fue dejada en las costas africanas, tal como acontecería con la nave «Santa María» de Colón. Éste o su hermano Bartolomé se encontraría en Lisboa para presenciar el retorno de Dias según se consigna en una apostilla al *Imago mundi* de Pierre d'Ailly manejado por el marino ligur.

En 1485, tres años antes del regreso de Dias, Colón procedente de Portugal, entraba en Castilla; ese mismo año el flamenco Fernando Dulmo era autorizado, junto con su socio Joao Estreito, por Juan II para partir de Azores y navegar durante 40 días en demanda de islas o tierra firme hacia el oeste. No era la escogida la latitud apropiada para una navegación atlántica transversal pues los vientos del oeste la obstaculizaban. Colón debía de tener nociones o conocimientos de tales intentos y de tales vientos gracias a sus estancias en Madeira y Azores, al igual que supo en 1488 viendo regresar a Dias que la derrota hacia la India por el Este acaba de ser abierta. El tenía que lograr lo mismo, via Oeste, pero navegando más al Sur que Dulmo, en una navegación en sentido de los paralelos, no de los meridianos.

El proyecto descubridor lusitano era viejo y sencillo; es un plan que año tras año, con algunas pausas, se sigue a base de ampliar la costa africana occidental hacia el Sur con el objeto de saber si existe o no existe un pasaje marítimo del SE que conduzca del Atlántico al Índico. Dias y Gama son los hitos finales de este plan.

Las miras colombinas se apartan de las lusitanas ya que Colón pretende ganar la misma meta, pero yendo hacia el Oeste en la creencia de que el camino es corto porque el mundo es más pequeño de lo que se decía. Fue su error.

Los portugueses con Bartolomeu Dias lograrán sus propósitos al demostrar que era factible entrar en el Océano Índico desde el Atlántico. Inexplicablemente detienen su marcha durante una década (1488-1498). ¿Por qué? Tal vez debido a impedimentos políticos; quizá por dificultades técnico-náuticas; o, tal vez, por la necesidad de acopiar más datos sobre las condiciones del Atlántico Sur y de Oriente.

Supongamos que no se hubiera producido esa demora de diez años y que al viaje de Dias hubiera seguido el de Gama fijando la conexión entre Portugal y la India gangética en 1489-1490. ¿Hubiera Colón persistido en defender su idea? ¿Le hubiera apoyado la corona castellana?

Cabe dar una respuesta afirmativa; bien porque creyera que la ruta que él ofrecía era mas corta que la vía africana, bien porque las tierras que él prometía descubrir eran otras.

Pero, como decíamos, la proyección lusitana se paraliza en 1488 y, cinco años mas tarde Cristóbal Colón encuentra sus «Indias». Ahora el plantamiento que vamos a hacer es desde el lado lusitano; los portugueses al tener conocimiento de que los castellanos han llegado a la India pudieron haber desistido en sus intenciones abandonando por completo la búsqueda del pasaje surafricano. No lo hacen. ¿Por qué? Tal vez porque saben que las *Indias* de Colón no son las Indias.

Con lo que llevamos consignado tan sólo pretendemos insistir en cosas sabidas a fin de recordar, una vez más, que el designio colombino era algo que flotaba en los ambientes marineros y que el regreso y triunfo de Bartolomeu Dias pudo ser un acicate o acelerador para las aspiraciones del marino genovés. ¿Quién llegaría primero a la India? ¿Por dónde se llegaría antes? ¿Lo fue para Pinzón el regreso de Gama en 1499 según apunta Demetrio Ramos?

A la auténtica India gangética abordaría Vasco da Gama concluyendo de recorrer una derrota parcialmente estrenada por Días diez años antes. Colón no arribaría jamás a la citada India, pero él «inventaría» otras Indias en las que fue el primero en poner los pies.

El viaje de Gama una década mas tarde que el de Días y quatro años después que el de Colón, recuerda al segundo y al tercero de éste, por sus propósitos y por las derrotas seguidas. Gama dirige una flota armada y cargada de mercancías con intenciones más comerciales que descubridoras. No tiene nada que descubrir y sabe adonde se encamina. Conoce su punto terminal que, por lo mismo, no le va a ofrecer sorpresas ni a obligar a un cambio en las concepciones geográficas que sustenta.

En este último aspecto las trasformaciones o cambios se habían dado con Días al demostrar que el Atlántico se comunicaba con el Índico, tal como señalaba el mapa de Fray Mauro desechando para siempre la concepción tolomaica imperante. Colón, por su parte, en su primera singladura es responsable de una flotilla descubridora cuyas tripulaciones realmente no sabían adonde iban e ignoraban si el viaje sería difícil. Gama, en cambio, sabía adónde se dirigía y poseía nociones de cómo sería la navegación que, realmente, fue mas difícil que la de Colón. Éste, Colón, en su segundo viaje navega con propósitos colonizadores y descubridores. Sabe adónde va, aunque le quedan algunos interrogantes geográficos que esclarecer. Puesto a descubrir el ya Almirante de la Mar Océana en esta su segunda expedición, lo primero que descubre es la mejor travesía entre Iberia y el Nuevo Mundo. En el primer viaje ha descu-

bierto el camino de regreso, ahora en su segundo viaje encuentra el camino de ida, el que siempre utilizarán los barcos. Pero, como decíamos, aunque sabe adónde se dirige en su segunda navegación, tiene planteados una serie de enigmas del entorno geográfico vislumbrado en 1492-1493. Y eso es una constante de sus cuatro viajes. Por eso las navegaciones colombinas se enmarcan siempre dentro de la actividad descubridora, algo que sucede con Dias, pero no con Gama.

La derrota de Vasco da Gama en 1497 con unas naves cuyo velamen se inspira en el de Colón (cuadradas, salvo mesana) hasta Cabo Verde es la misma que sigue el genovés un año más tarde, gracias a lo acordado en el Tratado de Tordesillas, que permite a los castellanos andar por aguas reservadas a Portugal. Ambas flotas, la de Gama y la de Colón, fondean en la misma isla, Santiago, y en el mes, julio. Vasco da Gama abandona el archipiélago de Cabo Verde un 3 de agosto, la fecha de la partida colombina de su primer viaje, y a semejanza de Colón, alguien de la expedición de Gama redactará un diario minucioso afectado de errores debido al copista —igual que en el caso colombiano— que ha motivado múltiples discusiones en el momento de interpretar y trazar la ruta seguida por las naves de Gama. Al problema o a los problemas que ofrece el texto conservado del diario a través de una copia, se añaden otros como el encerrado en la interrogante: ¿La derrota de Gama fue casual o intencionada a partir de Cabo Verde? La respuesta nos puede conducir al dilema que plantea el posterior descubrimiento del Brasil y al conocimiento que Juan II y los portugueses tenían del Atlántico y de su régimen de vientos.

Colón, en su tercera expedición y desde Cabo Verde, enrumbó hacia el SO. a la altura del paralelo 10° lat. N, mientras que Gama se dirigió hacia la costa africana (ESE, SSE) para luego torcer hacia el Brasil (SSO, S) y de aquí regresar al litoral africano (SSE, SE, ESEE, ENE) siguiendo a unas aves hermanas de las que a Colón y sus hombres le señalaron, la cercanía de tierra.

Aunque las rutas de Gama en su viaje de 1497 y de Colón en 1498 se proyectan en opuestas derrotas o rumbos a partir de Cabo Verde, no obstante las coincidencias entre ambos se dan al comparar sus navegaciones en lo que se refiere al uso de los vientos. Hay unas coincidencias de régimen de vientos en las regiones del Norte y Sur del Atlántico que permite aplicar en el Sur el sistema de navegación que en el Norte facilitaba regresar de las costas africanas a la península ibérica venciendo la oposición de los alisios del NE. Así, al igual que los barcos procedentes de Guinea se enroscaban y alcanzaban las Azores batidas por los vientos del Oeste, así en el hemisferio Sur, una vez traspasada la zona ecuatorial de calmas y vientos irregulares, se podía navegar al SO. por el Atlántico contorneando los alisios del SE. y siguiendo al S. hasta la latitud

del Cabo de Buena Esperanza (equivalente a Azores) para aprovechar los vientos del Oeste que allanaban el doblar el Cabo. Eran unas navegaciones de altura en las que se tornaba difícil situar a los barcos, y que en el caso de Vasco da Gama duró unos tres meses, la máxima de aquellos tiempos sólo superada por Magallanes.

Decíamos *supra* que el contacto de los portugueses con el mundo cultural del Índico estuvo desprovisto de sorpresas. Tuvo las características de un encuentro al que había precedido el descubrimiento de una nueva ruta. Encuentro con africanos, hindúes y, sobre todo, con musulmanes que venían explorando y descubriendo rutas, escenarios geográficos y mercados (de esclavos y de oro), a base de aprovechar el régimen de los monzones y las experiencias de persas, hindúes y otros pueblos.

Los portugueses navegaban hacia el Sur por las costas del Oeste de África, en tanto que los musulmanes lo hacían por las costas del Este. Ambas corrientes se encontrarían, y serían los musulmanes con su colaboración técnica (piloto Malemo Cama) un factor básico para el arribo a la India de Vasco da Gama. El piloto musulmán le enseñó la derrota idónea. Nada de esto le sucedió a Colón y a sus compañeros castellanos. Ninguna curiosidad científica, ningún interés económico-comercial americano se había proyectado hacia el Este en demanda de Europa. Por múltiples razones, una de las cuales era la carencia de elementos náuticos adecuados, los habitantes de América no habían surcado el Atlántico y descubierto el Viejo Mundo. Fue un proceso inverso, detrás del cual se escondían móviles diversos, el que condujo al europeo a descubrir para su horizonte cultural el camino hacia América y la realidad americana.

El mundo asiático al cual arriba Vasco de Gama era conocido por Europa desde el Medievo, no así la geografía y culturas que Colón desvela. Si transitiva es la acción de los musulmanes sobre África y Europa, y transitiva es la acción de los portugueses sobre África y Asia, y transitiva es la de los castellanos sobre América, no lo es la de los americanos. América es un ente pasivo, que no sale al encuentro del Viejo Mundo. Es el europeo el que encuentra, describe y comunica, es decir, *descubre*. Y no sólo descubre al ente americano parcialmente (Antillas), sino que llevado de su curiosidad y otros móviles prolonga su actividad y va destapando, explicando y transmitiendo una realidad continental totalmente desconocida para el europeo y para el mismo americano, al tiempo que le descubre a éste la naturaleza del Viejo Mundo. Es decir, fue la acción de los hombres de Occidente quien llevó adelante el descubrimiento del Nuevo Mundo para el ámbito cultural europeo, al tiempo que, sin proponérselo, instalaron en la mente del hombre americano el conocimiento

del Viejo Mundo y la conciencia de su propio *habitat* continental. Lo que Vasco da Gama pudiera decir de Calicut no sorprendería mucho a sus compatriotas, no así lo que Colón y posteriores descubridores dijese de América. Cristóbal Colón irrumpía en un mundo inédito, que aún no se expresaba en mapas o estaba representado fantásticamente; el Almirante encuentra un medio geográfico-cultural que no era el que habitaba en su imaginación; éste era el que Gama abre al comercio lusitano.

El medio en el cual Vasco da Gama recala no tiene nada que ver con el que Colón aborda en 1492-1493. En la India de los portugueses coincidían diversas culturas de amplio desarrollo, y se apilaba el gengibre del país, el clavo de Molucas, la pimienta de Malasia y la canela de Ceilán que desvelaba y hacía desvariar al marino genovés. Los barcos europeos navegaron hacia Calicut con productos europeos que trocarían por las especias citadas, porcelanas, perlas y sedas. Gama había ido manteniendo encuentros con los sultanes de Mozambique, Mombasa y Melinde, controladores de un comercio que la concurrencia portuguesa ponía en peligro, y con el Samorin hindú de Calicut, personificaciones todos de esa diversidad cultural, que en el terreno religioso planteaba problemas pues determinada iconografía oriental les evocaba a los portugueses su propia iconografía cristiana. La experiencia colombina no tiene nada que ver con esto; el marino enviado por la corona castellana no encuentra a quien entregar sus cartas de presentación, imagina especias donde no las hay, no halla testimonios religiosos que le haga pensar en su propia religión, y se estrella contra una barrera lingüística totalmente extraña, que convertía en inservibles a los intérpretes que le acompañaban. En este aspecto resulta sugestivo comprobar el papel que la lingüística desempeñó en la vida de este hombre: traduce mal el valor de la legua en Alfragano, entiende mal a los indios antillanos (30.X, 27.XI y 6.XII, *Diario*, 1492), interpreta mal lo que oye (Cubanacán. caniba...). Colón tiene que ponerle nombre a las cosas y pintar mapas en los que insertar lo que va descubriendo, y escribir un *Diario* que va más allá del alcance y objetivos que suele tener este tipo de historiografía. Gama encuentra un mundo que estaba ya en los mapas.

V

**LAS IDEAS DESCUBRIDORAS DEL PORTUGUÉS
FERNÁNDEZ DE QUIRÓS**

Las exploraciones hispanas en el océano Pacífico nos brindan tres claras etapas. La primera va de Colón a Villalobos, pasando por Balboa y Magallanes-Elcano. En ella se plantea el problema del paso, solucionado, y el inicio de la proyección a Oriente con base en España y América. Dos dilemas han sido resueltos: el geográfico del paso entre el Atlántico y el Pacífico, y el jurídico en torno a las Molucas. Pero por otro lado ha surgido un nuevo incentivo: Oriente.

La segunda etapa transcurre desde mediados a finales del XVI. En estos años los españoles situados en América se proyectan hacia el Norte por las costas del Pacífico mexicano y hacia el Sur por las costas chilenas. Tres problemas geográficos se intentan resolver: hallar la vía idónea para retornar de Filipinas, la clausura del estrecho de Magallanes y el hallazgo del estrecho de Aniam. Fruto de la proyección a Oriente desde el Perú es el hallazgo de las islas Marquesas, Salomón, Santa Cruz y Australia del Espíritu Santo (Nuevas Hébridas). También ahora nace un nuevo incentivo: la existencia de un cuarto continente.

La tercera etapa se inicia a finales del siglo XVIII, tras la pausa impuesta por la decadencia marinera. Los extranjeros comienzan a redescubrir lo ya visitado por marinos españoles. Desde el Perú se muestra interés por Tahití; desde México, y, como respuesta a la presencia ruso-británica, se desarrolla un amplio programa de exploraciones que conducen a Alaska¹.

Álvaro de Mendaña y Pedro Fernández de Quirós son los grandes actores de la segunda etapa, como Magallanes lo había sido en la primera. Dos portugueses abren y cierran un trascendental periodo de exploraciones en el océano Pacífico. La unión de ambas coronas explica el protagonismo de Fernández de Quirós, un marino portugués nacido en Evora y formado en Lisboa, cuya famosa Rua-Nova frecuentó.

¹ Adelanto de un futuro libro nuestro fue el trabajo publicado en el *Anuario de Estudios Americanos* XXIII, Sevilla, 1966, con el título de "Los descubrimientos de Mendaña, Fernández Quirós y Vázquez de Torres y sus relaciones de viaje", pp. 985-1044.

Quirós confiesa en un primer memorial haber descubierto 23 islas, de las cuales 12 están pobladas por gentes diversas. Ha encontrado una gran bahía y un buen puerto dentro de ella. Nos recuerda a Colón, sobre todo cuando vemos que añade a sus hallazgos tres grandes partes de tierras que considera ser una sola tierra firme. Cree que el río que ha bautizado Jordán, tiene que nacer en tierra grande. Parece que estamos escuchando a Cristóbal Colón en su tercer viaje al toparse con el Orinoco, y a los descubridores del río de la Plata que denominaron río Jordán. La consolidación y ampliación de lo encontrado no tuvo efectos “por falta de valor o por poco amor” y por estar él enfermo. Suponemos que el valor y el amor faltaron en sus acompañantes. Al soñar con el futuro de aquellas regiones entrevistadas asume el papel de cualquier arbitrista del siglo XVII y señala el desastre demográfico dado en las Indias a causa del comportamiento de los españoles. Pronto acabarán las poblaciones autóctonas, si no lo remedia Dios. Y este remedio es él mismo, instrumento del que se ha valido Dios para mostrarle a Felipe III “otras muchas Indias Australes”, agradables, sanas, fértiles, con gente dispuestas, hermosas, racionales y muy aparejadas para recibir la luz del Evangelio, y muy dispuesta a ser súbditos castellanos. Las resonancias colombinas de esta literatura no es preciso señalarlas. Algo curioso, Quirós apunta que nunca se han hallado islas pobladas que no estén muy cerca de tierra firme. Tierra firme que ha de ser otro Nuevo Mundo, el cual promete ser mayor y más poblado que el de América y con mejores gentes y más rico. Y si como prueba de encontrarse ante una tierra firme alude a las islas pobladas, ahora, para demostrar su riqueza, apunta que lo descubierto se encuentra en el mismo paralelo que el de Perú y clima de Potosí. Por si el lector no ha reparado en su parecido con Colón, él mismo no duda en subrayarlo y confesar, falto de humildad o enajenado, que su porfía y trabajos han sido mayores que los del marino genovés.

Mal de la demografía americana era la caída del mundo indígena que Quirós no exagera al anotar. Otra nota de aquella sociedad consistía en la cantidad de gente sobrada y desacomodada existente en Perú y México, a la cual se podría colocar en aquella Australia del Espíritu Santo, así bautizada en honor de la dinastía reinante. Confiesa Quirós que ama a la seguridad y el descanso y le parecen bien las cortes y las ciudades populosas y todo lo que es amable; sin embargo, está dispuesto a posponerlo todo por el servicio de Dios. No se encuentra cansado de los trabajos pasados, ni de sufrir hambres, ni de andar solicitando, ni tiene miedo a las oscuras noches buscando tierras ignotas. Aparte de un arbitrista, este Quirós se nos semeja un iluminado y un poeta o un poeta iluminado.

Ni el desaliento, ni el cansancio, ni el aburrimiento han podido con este terco y tenaz Quirós, que, por otro lado, no pide mucho para completar y am-

pliar sus descubrimientos. Escuchémosle: reclama que de España vayan 12 religiosos franciscanos y 12 maestros de artes y ciencias. Y solicita tres mercedes: ser oído por una junta de matemáticos (como Colón); si no se le elige a él debe encargarse la realización del proyecto a otra persona a la cual él entregaría sus materiales; y, por último, que se le conteste pronto con un sí o un no.

La concepción descubridora-colonizadora de Fernández Quirós, o las ideas que alberga sobre lo realizado y por realizar, quedan ya expresadas en este inicial memorial a partir del cual insistirá un medio centenar de veces introduciendo variantes en sus textos.

Así, por ejemplo, en el muy conocido octavo memorial va a explayarse hablando sobre la bondad de lo descubierto. Sabemos entonces que lleva 14 meses en la corte y 14 años tratando su causa, pasando muchos trabajos. Como vemos los siete años colombinos se han convertido en el doble en el caso de nuestro hombre, que insiste en que la Australia incógnita por él descubierta es la cuarta parte del globo, formada por el doble de tierras que las que posee el rey de España. Con una exultación similar a la colombina habla de la abundancia de poblaciones; de los diversos tipos humanos blancos, loros, mulatos, indios y mezclas que allí viven con una gran diferencia de cabellos, prueba de la existencia de un notable comercio y concurrencia de razas. Es decir, que nuestro entusiasta personaje ha observado que los cabellos de aquellas gentes son negros, crecidos y sueltos, o frisados y crespos, o rubios y delgados, lo cual prueba la variedad racial de un conglomerado humano dedicado al comercio. La posición del territorio lo convierte en otra China o Japón, llave de todo, con fácil comunicación con América y Filipinas. Sigue Quirós desplegando el cuadro de aquella gente desprovistas de artillería, que no labran minas, desconocedoras de arte mayor y menor, sin muros, sin fuerzas, sin leyes, sin yerbas venenosas, con primitivas armas. No es preciso seguir al visionario descubridor en su descripción de las viviendas, embarcaciones, clases de pan, clases de riquezas, etc. Al igual que Colón le atrae la nuez, la pimienta, el gengibre, la canela y el clavo, que posiblemente se encuentran en aquellas tierras por ser paralelas a Terrenate y Bachab. El cuadro dibujado, similar al de Colón en su carta anunciadora, es de abundancia, paradisiáco.

Su principal objetivo ha consistido en descubrir “la parte incógnita del Sur”, manifiesta en la pregunta octava del interrogatorio, en “buscar tan gran tierra”; tierra alegre, fresca, negra y grasa, “y de grande migajón”. Vuelve a recordar al marino genovés cuando habla de los diversos pájaros existentes, entre ellos ruiñesores, y de los suaves olores procedentes de la floresta. En su empeño por resaltar la superioridad de la “Australia” sobre América, afirma

que en ella no hay manglares, ni árboles espinosos, ni cocodrilos, ni sabandijas, ni hormigas, ni garrapatas, ni mosquitos...

Sus intenciones o su objetivo consiste en buscar esta gran tierra que “por mil enfermedades y otras causas que callo” no pudo ver cuando quiso. Y concluye recurriendo a Colón. Si a éste sus sospechas le hicieron porfiado, a él lo que vio y palpó lo hacen tan importuno. Colón se movió por sospechas, él por realidades. De igual manera concluye el siguiente memorial². Memorial usado para describir la isla de Taumaco. Enumera entonces el nombre de las 23 islas que descubrió y junto a las cuales se encuentran las tres partes de tierra llamada Australia del Espíritu Santo donde está la Bahía de San Felipe y Santiago y el Puerto de la Veracruz, en el cual estuvo fondeado 36 días. Fué allí donde llegó a la conclusión de que las tres tierras eran una sola, cuya grandeza garantizaba la del río Jordán. Volvemos a pensar en Colón durante su tercera navegación explorando frente a las bocas del Orinoco. En 1609 Fernández Quirós repite su cantinela introduciendo una novedad; la presencia de dos indígenas que le acompañaron en su regreso a México. Centra su obstinación en demostrar la grandiosidad de las tierras descubiertas. También ahora menciona una información que hizo en México con diez testigos y la cual sería bueno examinase una junta de matemáticos y pilotos.

La referencia de Quirós nos lleva al Archivo de Indias en busca de esta información y hallaremos una, con menos testigos, realizada en México el 8 de febrero de 1607³. Lo que los testigos van a manifestar permite reconstruir el viaje desde un ángulo distinto al que ha servido para las reconstrucciones del mismo y donde no faltan las novedades. De acuerdo con esta información hará cosa de dos años se presentó al virrey del Perú, conde de Lemos, el capitán Pedro Fernández de Quirós portando cédulas reales y breves papeles favorables a su proyecto descubridor. Para la ejecución de éste, el marino portugués preparó en el Callao dos naos pequeñas y una zabra; pero las demoras hizo imposible el zarpar el día de San Francisco, como eran las intenciones de Quirós. Salieron dos meses y 17 días más tarde, lo cual originó posteriores trastornos. Quirós pretendía que la empresa no gravase al Estado, por lo cual no embarcó gente de infantería, sino gente de mar y algunos individuos que se ofrecieron servir gratuitamente. Como los oficiales reales se negaban a pagar a

² Para el conocimiento de los Memoriales puede consultarse a ZARAGOZA, JUSTO, *Historia del descubrimiento de las regiones australes hecho por el General Pedro Fernández de Quirós*, Madrid, 1876, 2 tomos.

³ Información de los méritos y servicios del capitán Pedro Fernández de Quirós. Archivos General de Indias, Patronato 51, núm. 3, ramo 8.

la gente seleccionada por Quirós, sin que este antes diese fianza, viose obligado a dar fianza por todos y a facilitar a muchos materiales necesarios.

Abandonaron Callao el 21 de diciembre, día de Santo Tomé y a los pocos días Pedro Fernández de Quirós cayó enfermo. Las naves prosiguieron su navegación hasta situarse a la altura de 26°, desde donde descendieron hasta los 10 1/3 descubriendo unas doce islas, una de ellas poblada con muy buena gente. Las diferencias con el piloto mayor y la enfermedad del capitán fueron la causa de no explorar más a fondo en las otras islas y no cargar agua y leña. Sería en otra isla, más adelante, con gente blanca, de buen talle y disposición, donde ya fondearon. El capitán, enfermo, remitió a tierra al almirante Luis Vaez de Torres con un grupo de individuos armados e instrucciones de lo que debían hacer. Parece que uno de los soldados se metió en una casa indígena que ocasionó un altercado y obligó a replegarse a los hispanos. Se impuso llevar anclas.

Antes de brotar el alboroto varios indígenas habían navegado en sus canoas hasta las naves españolas haciendo señas de paz y amistad. Los descubridores pudieron comprobar que entre los nativos los había de rostro hermoso, rubios y blancos. Pudieron observar los hispanos que la tierra era viciosa de árboles, buena para la agricultura.

La precipitada marcha determinó que los navíos quedaran desprovistos de agua y leña. Les preocupaba la carencia de agua. Hasta la fecha se habían proporcionado de doce a quince botijas diarias; pero a partir de ahora quedaron reducidas de cuatro a tres, para lo cual Quirós ordenó cerrar la escotilla. A cada persona correspondía un cuartillo del preciado líquido para guisar y beber. El primero en someterse a tal racionamiento fue el mismo capitán, quien ordenó la fabricación de un horno de metal con el cual, a base de fuego, convertían el agua salada en dulce. Con tal artilugio se lograban diariamente hasta dos botijas.

Sometidos a estas restricciones prosiguieron la navegación. Un día, Juan Ochoa de Bilbao, piloto mayor de la nao capitana, afirmó que se encontraban ya a más de 2.000 leguas del Callao. La noticia, y la ausencia de agua en cantidades satisfactorias, produjo malestar entre las tripulaciones. Consideraban que habían sobrepasado la isla de Santa Cruz, en cuya demanda iban en busca de agua. Quirós contradujo a Ochoa haciendo saber que no sólo no habían sobrepasado a Santa Cruz, sino que no habían llegado a ella. El no entendimiento entre el capitán de la flotilla y el piloto mayor resultaba evidente y para los informantes era una prueba de la mala voluntad de Ochoa. La mala voluntad y el odio que le conducía a él y a otros seguidores a obstaculizar las intenciones de Quirós. Este llegó a confesar en secreto al testigo Rodrigo Mexias de

Chica, que el piloto mayor y sus partidarios habían intentado asesinarle. Cosa fácil, dado que Quirós estaba enfermo. Los miembros de las tripulaciones, incitados por Ochoa y los suyos, sintiendo la carencia de agua e ignorando dónde se encontraban, acentuaron las quejas contra el jefe.

El recuerdo de los sucesos dados durante el primer viaje de Colón surge sin remedio. Como entonces, el capitán hizo saber a los quejosos que los tres barcos eran del rey a cuya costa corría todo el gasto de la expedición. Quirós, que se había ofrecido a realizar el viaje descubridor estaba dispuesto a obtener su objetivo aunque le costase la vida. A los pocos días hubo junta de pilotos a los cuales el capitán comunicó sus planes quedando todos de acuerdo. Ese mismo día fue puesto en prisión el piloto Juan Ochoa, sustituyéndolo Pedro Bernal Cermeño. Las singladuras se repitieron hasta alcanzar la isla de Taumaco, que no era del grupo de las de Santa Cruz, según supieron por el caique Estalique.

Habían saltado a tierra y el cacique del lugar accedió a subir a bordo cuando vio a los castellanos desembarcados. En la entrevista que el capitán sostuvo con el indígena supo por éste de la existencia de muchas tierras según deducía Quiros viéndole con los brazos abiertos y extendidos. Tierras en las cuales abundaba el ganado vacuno. La verdad que inferir esto a base de sólo gestos presenta sus dudas ¿De dónde deducía el testigo que Estalique, Alique o Talique, que de todas estas maneras lo llaman, quería expresar aquello? Porque señalaba, dice, mirando unos cueros de toro que había en el navío y porque tanto Talique como los que le acompañaban al ver un cintillo de oro que lucía el testigo en el sombrero, en el cual estaban engastadas unas perlas grandes, y un rosario con la guarnición de perlas, señalaban hacia donde decían que existían muchas tierras, y tomando las perlas en la mano daban a entender que hacia allí había muchas de ellas. Por esto, y por lo que les vio hacer a los indígenas con el oro de una sortija que llevaba en el dedo y con las dichas perlas, el testigo tiene por cierto que en la isla de Taumaco abundan las perlas y el oro. También el testigo vio en la isla una bola de metal que los entendidos consideraron ser un pedazo de “artimonia margarita”, madre de metales, y cuya presencia delataba ser tierra de minas.

Talique ayudó con su gente a cargar leña y agua, ordenando a los suyos “con imperio y señorro”. Y los suyos obedecían. Mostraron amistad hacia Quirós, el cual al zarpar hizo apresar a cuatro naturales de los cuales escaparon tres echándose al agua. Sólo quedó uno, llamado Pedro, que Quirós mantiene a su lado, junto con otro capturado en la bahía de San Felipe y Santiago. El indio llamado Pedro, que aprendió algo de castellano, viendo perlas en casa de un horador de Acapulco manifestaba que abundaban en su tierra y que ellos

las despreciaban aprovechando únicamente la carne y las conchas con las que fabricaban escoplos, anzuelos y otros instrumentos.

Desde Taumaco navegaron hacia el SE. y descubrieron una isla pequeña que supusieron poblada a la vista de las columnas de humos divisables desde lejos. Ya cerca comprobaron, en efecto, que estaba habitada. Aquí, los indios capturados en Taumaco escaparon a nado. El día de San Marcos hallaron otra isla de unas ocho leguas de bojeo, poblada, con un cerro alto. Estaban a la altura de 14°. Luego, al SE., como a 10 ó 12 leguas divisaron otra tierra con serranías y llanos de los que no lograron ver el fin. Más hacia el SO. y al OSO. hallaron otra tierra con una bahía y un puerto que bautizaron como Bahía de San Felipe y Santiago y Puerto de la Veracruz. La bahía estaba a 15 grados y 1/3. A unas 15 leguas de la bahía habra otra isla que llamaron Virgen María, al NO. de la cual y a poca distancia quedaba otra isla que llamaron Nuestra Señora de Belón (ambas pueden tener 100 leguas de bojeo). Muy cerca era visible otra isla o cerro parecido al primero que habrán visto y a la que denominaron Monserrate. La bahía de San Felipe y Santiago resultaba limpia, honda y con más de 20 leguas de círculo. Mientras que el puerto de la Veracruz, con arena y lastre en abundancia y muchos ríos, acusó una profundidad de 40 brazas.

Un examen de lo encontrado les permitiría comprobar que abundaban los puercos grandes y pequeños, las gallinas de Castilla, muchas clases de aves, cocos, plátanos, cañas dulces, almendras, nueces de Castilla, nueces moscadas, naranjas, habas, otras muchas frutas, raíces de buen sabor y gran aguante pues duraron hasta el puerto de la Navidad. Indudablemente la tierra era fértil y bien dispuesta para la agricultura. Y, sin duda, era tierra firme como lo demostraba la diversidad de pájaros, claro síntoma de continentalidad. El capitán, pese a estar enfermo, saltó a tierra y comprobó con los suyos la presencia de mucha gente negra, parda, mulata e indios. El día de Pascua del Espíritu Santo Quirós desplegó toda la liturgia de una toma de posesión. Enarboló el estandarte real y ordenó se dijese misas por los cuatro religiosos acompañantes, al tiempo que se ganaba el jubileo concedido por Clemente VIII. Tomó posesión de las islas descubiertas, de la bahía y de “todo lo demás visto e incógnito para que todo ello quedase por de su magestad”. El testigo declarante hace alusión a un sector de la tripulación enemigo del capitán cuyos nombres no proporciona pues de ello no trata la pregunta, pero que está dispuesto a darlos si conviniere.

El día de Corpus Christi hubo misa y una solemne procesión en tierra, alrededor de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, portando el padre Comisario el Santísimo Sacramento en un cofre bajo palio seguido por toda la gente. Mientras, sonaban los disparos de la artillería de las naves y de los arcabuces

llevados por las tres compañías que escoltaban al Santísimo. Habían trazado cuatro calles de árboles con arcos de flores y palmas. Indígenas mancebos y niños danzaban. El regocijo era general. Resulta insólito, reconoce el testigo, celebrar semejante fiesta en partes tan remotas y donde jamás pensaron verse cuando la sed les atormentaba.

A los dos días el jefe de la expedición mandó salir los barcos de la bahía con rumbo SE, intentando descubrir toda la costa de la tierra firme. Viose obligado a regresar porque la gente enfermó a causa de unos pargos siguatos que habían comido. Recuperados, el 8 de junio reiniciaron la navegación hacia el SE, intentando observar más de cerca unas altas serranías. No lo lograron a causa de un viento recio que le obligó a retornar de nuevo. A tales contratiempos se unía la enfermedad de Quirós, adolecido de sus antiguos males y de los que le ocasionó el dichoso pargo siguato.

El desenlace de la expedición está próximo. La separación de la nao almiranta de la capitana iba a poner fin al incierto deambular de los tres barcos. De nuevo intentaron entrar en la bahía. Pedro Bernal, antes piloto mayor, había pasado a ser almirante. Su barco se encontraba bien situado para tomar la bahía; sin embargo no entró. Bernal alegraría que el piloto era Gaspar González y no él. A éste le correspondía conducir el barco y no a él, eliminado por Quirós como piloto mayor. El testigo manifiesta que no se le eliminó como piloto por menosprecio, sino para honrarlo como almirante y obligarle a que sirviera al rey con más cuidado.

La nao capitana no pudo entrar en la bahía, y tampoco salir la almiranta. A los dos días la nao capitana se encontraba a más de 20 leguas a sotavento de la bahía. El enojo de Quirós era tremendo viendo que Vaez de Torres, maese de campo, y el piloto de la almiranta y de la zabra no salían a juntarse con él. Los barcos acabaron separándose; la capitana en rumbó N. al NE. hasta la altura de $10^{\circ} 1/3$. ¿Que hacer? Era el dilema. Hubo junta y discutieron si volvían a Santa Cruz, acordándose navegar hasta ponerse a la altura de la isla Guaxan en las Ladrones. Una vez aquí acordaron regresar hacia Acapulco por encontrarse la nao capitana sin la almiranta y sin la zabra y por culpa de la enfermedad de Quirós.

Las últimas preguntas del interrogatorio sirven a los testigos para asegurar que Quirós observó siempre un trato correcto con sus gentes y no quiso nunca castigar a más de uno que se lo merecía. El capitán queda cual noble figura, esclavo servidor de las dos Magestades, enemigo de vicios y de juegos, bondadoso... Y fantástico o iluminado porque está convencido de que unas piedras negras y blandas que encontró en la bahía de Santiago contienen plata y el fracaso de la expedición se ha debido a no haber salido de Lima el día de San Francisco tal como él había propuesto...

Un memorial de 1609, dedicado sobre todo a describir la isla de Taumaco y en el cual mencionaba Quirós una información hecha en México, nos llevó a ésta. Tanto el interrogatorio, como los testigos que deponen, permiten reconstruir el viaje tal como lo hemos hecho retrocediendo en el tiempo. Pero Quirós persevera con sus memoriales. De 1609 es también uno que le sirve para exponer consideraciones sobre la demografía de las Indias, afectada por graves pérdidas. Todo lo que se ha perdido en América se puede ganar en su Australia del Espíritu Santo. Allí en sólo diez años se cosecharían frutos materiales y espirituales superiores a los cosechados en 117 años en el Nuevo Mundo. Otro memorial del mismo año insiste en la riqueza de la tierra descubierta y en el significado que tendría la conversión de los indígenas. Quirós es un torrente escribiendo, se hace difícil seguirle. Para él los tres descubridores más insignes de la historia son Colón, Gama y Magallanes, los cuales gastaron 12 años y anduvieron 15.000 leguas, mientras que él ha navegado 30.000 leguas y consumido 14 años y meses. Un tanto engrasado, no duda en escribir que “su causa no es inferior a las suyas”. De modo que él sería el cuarto gran navegante. Igual que se les premió a ellos se le debe premiar a él “pués trabajé más que los tres”.

Advierte el peligro que significaría que aquellas islas cayesen en manos enemigas, y se ofrece, para evitarlo, de balde, dispuesto a dar su vida. Quiere realizar conquistas como las de las Indias Occidentales. Y, tras recordar que ha navegado dos veces, vaticina que a la tercera va la vencida y “todo lo puede el Señor”. La empresa que viene proponiendo interesa por las riquezas que proporcionará, la fama y la gloria, el bien público y por permitir darle ocupación a la gente ociosa que vive en el Perú. Sólo necesita 500 ducados peruanos. Y concluye recordando a su modelo al aconsejar al soberano que haga lo mismo que hizo la reina Isabel con Cristóbal Colón.

A Cristóbal Colón, dirá en 1610, se le dio más de lo que él pide. Todo se le va en solicitar; solicitar lo que ya ha reclamado en ocasiones anteriores. El iluso Quirós no sabe que el consejo de Estado opina que no conviene meterse en nuevos gastos habiendo tanta falta de dinero y existiendo tantas cosas más precisas. De sobrar el dinero lo más razonable sería invertirlo en los descubrimientos y poblaciones de grandes regiones no dominadas que existen en México y Perú. Aparte de que a diario se comprueba lo difícil que es gobernar y conservar tierras remotas y apartadas. El Consejo estaba más en la realidad que el fantástico Fernández Quirós. Pero éste no cejaba en su empeño, y en el memorial de 1610, vuelve a prometer redoblar las tierras que Felipe III posee, descubrir el estrecho de Aniam, para concluir estableciendo un paralelo entre el descubrimiento de América y la expulsión de los judíos y el descubrimiento de la parte Austral incógnita y la expulsión de los moriscos.

VI

**EL LIBRO EN EL DESCUBRIMIENTO,
CONQUISTA Y COLONIZACIÓN**

LECTORES Y LIBROS EN LA AMÉRICA COLONIAL

En un principio fue el Libro; el Libro —*La Biblia*— por antonomasia. Porque ella está en las mismas bases del plan colombino. Asimismo más de un libro, más de una lectura, propiciaron la realización de acciones extraordinarias de los conquistadores. Y en libros se encuentran determinantes ideológico, jurídicos, religioso, etc. de la colonización. Y hasta algún libro servirá de base a la leyenda negra sobre la obra de España en América.

Y como en un principio fue el libro nos parece oportuno iniciar el análisis de su significado en la Historia de la América hispánica, con unas mínimas noticias sobre el público lector, la legislación sobre el comercio de libresco, las imprentas y las bibliotecas en esas centurias.

Para leer una obra no sólo es preciso saber leer, sino contar con medios económicos que permita adquirirla y poseer interés por la lectura. En los siglos de nuestro estudio el porcentaje de analfabetismo era alto, afectando a la casi totalidad del campesinado y del proletariado urbano. Un 80% de la población española quedaba al margen de la práctica de la lectura en los Siglos de Oro. La influencia directa del libro sobre esta población ágrafa y analfabeta era nula. Un ejército como el que en 1541 Pedro de Valdivia llevó a Chile, integrado por 150 individuos llevaba en sus filas 117 analfabetos. Sólo la nobleza (no toda), el clero, los hombres de profesiones liberales, los mercaderes, los comerciantes, los artesanos y los funcionarios estaban, por educación o formación y necesidades profesionales, en condiciones de leer, aunque de ellos —al igual que hoy— muchos carecía de recursos económicos para comprar un libro, o de interés por la lectura, o se limitaba a las obras directamente relacionadas con su menester (libros de oraciones, sermonarios, almanaques, etc.). La lectura, en especial la de entretenimiento y la especializada, era ocupación de minorías (nobleza, clero, letrados o intelectuales y mercaderes)¹. Pero estas

¹ CHEVALIER, Maxime, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid, Ediciones Turner, 1976, pp. 13 ss.

limitaciones no le restaba influencia al libro, porque en nuestro caso —el hecho americano— la acción básica fue llevada adelante por minorías conductoras en las que se acusa la huella de concretos tratados, como tendremos ocasión de comprobar.

Parece que fue en 1506 cuando el Estado español dictó la primera norma sobre el comercio y circulación de libros con relación al Nuevo Mundo. La disposición se refería a las obras de entretenimiento o de ficción, y pretendía preservar a los indígenas neófitos o recién convertidos de lo que se consideraba un pernicioso recreo. En tal sentido se veta la venta de libros profanos, frívolos e inmorales. Posteriormente, la emperatriz dicta en Ocaña (Toledo) y con fecha 4 de abril de 1531 una real cédula —que ha sido muy aireada por los detractores de la obra de España— en la que prohíbe llevar a las Indias “Libros de romance de historias vanas, como son el *Amadis* y otros de esta calidad porque este es mal ejercicio para los indios, e cosa en que no es bien se ocupen ni lean”. Se insiste sobre el tema en 1536, en las instrucciones que se le entregan al virrey novohispano Antonio de Mendoza: “porque los indios que sopiesen leer no se diesen a ellos (libros de romance de materias profanas y fabulosas), dejando los libros de sana y buena doctrina, y leyéndolos no aprendiesen en ellos malas costumbres y vicios...” Siete años más tarde (1543) el futuro Felipe II, todavía príncipe, reitera la medida en contra de los “libros de romance y materias profanas y fabulosas así como son libros de *Amadis* y otros de esta calidad de mentirosas ystorias...” Se legisla siempre (es el objetivo del legislador) considerando que tales lecturas acarrearían inconvenientes, puesto que los indios lectores podían aficionarse a tales perniciosos esparcimientos (leer las mentirosas historias), dejando de lado las obras “de sana y buena doctrina”. Lo que se pretendía era evitar que el indio —no el español o el criollo— cayera en el vicio de una afición tenida por nefasta, y nunca mantener a los colonos en las tinieblas del oscurantismo. Pese a las leyes, las obras o libros proscritos se embarcaron y pasaron al Nuevo Mundo² y, sin duda, fueron leídos por los indígenas que hicieron gala de una tremenda facilidad para aprender a leer velozmente. Es de suponer, sin embargo, que el gran mercado estuvo en la población blanca. Los registros de naos conservados en el Archivo de Indias demuestran que los *Amadises*, *Lisuarte de Grecia*, *Palmerín de Oliva*, etc., se alternan en el siglo XVI con el *Orlando Furioso*, obras de

² TORRE REVELLO, José, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1940, cap. II. LEONARD, Irving A., *Los libros del Conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 2.^a edición, 1959, p. 92.

fray Luis de Granada, la *Crónica de España*, el Paulo Jovio, Virgilio, *Enquirdion*, Boscán, Juan de Mena, etc.³

Con el siglo XVIII se nota un cambio; los libros que viajan a Indias y preocupan al Estado español no son los de “historias vanas”, sino los que contienen tesis y doctrinas contrarias a la religión católica, al regalismo y a las bases políticas que sustentan a las monarquías absolutas. Igual que en el pretérito, las obras, en alas del contrabando y mediante miles de artimañas, llegaban desde Europa (“navíos de la ilustración” llamó Basterra a los barcos de la Compañía Guipuzcoana por sus cargamentos libresco) o desde las colonias extranjeras. De nada servía exigir una lista-registro de títulos que se intentaban introducir; de nada valía porque las obras condenadas se rotulaban como vidas de santos. Ni las aduanas, ni la Inquisición, impidieron que se introdujeran el *Emilio*, las *Cartas persas*, la *Enciclopedia* o las novelas y escritos de Voltaire⁴.

La difusión del libro contaba con otro obstáculo: sus escasas copias hasta principios del siglo XVI. En el pasado había correspondido a los monjes copiarlos en sus *scriptoria*. Los monasterios y abadías monopolizaron la cultura literaria hasta que en el siglo XVIII el libro deja de ser patrimonio de estos centros religiosos y se desplaza a las cortes, palacios y universidades. Inicia un proceso de democratización o, mejor, de mayor difusión. Pero no será hasta la segunda mitad del XV, al aparecer la imprenta, cuando se generalice. El desarrollo del arte tipográfico acabó con el manuscrito e hizo más asequible el placer de la lectura. En la segunda mitad del XV los tórculos españoles lanzan diversos títulos. A partir de 1500 los impresos se multiplican, coincidiendo el hecho con el hallazgo de América por Cristóbal Colón, un hombre que, precisamente, más de una vez se ganó la vida vendiendo textos impresos y de estampas (xilografías). Todavía Sevilla no había sido designada como “puerto y puerta” de América cuando en ella se sitúa el alemán Jacobo Cromberger, hábil en el arte de la imprenta (1500). Cromberger arriba en el momento propicio, en el momento en que se abre el mercado americano y cuando las hazañas épicas que allí se van a desarrollar estimularán la lectura de las obras de ficción, a la par que nace una historiografía recogiendo tales hazañas (las crónicas). Sevilla será, por todo eso, el centro editorial más importante de España en el Quinientos⁵. De Sevilla la imprenta pasa al Nuevo Mundo (México) en

³ Cfa. Publicaciones del Archivo General de la Nación. Director: GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis, *VI Libros y libreros en el siglo XVI*, México, 1914, pp. 371 ss.

⁴ MILLARES CARLO, Agustín, *Libros del siglo XVI. Descritos y comentados por...*, Venezuela, Universidad de los Andes, Mérida, 1978, pp. 10-11.

⁵ LEONARD, I. A., *Ibid.*, p. 104.

1539, de manos del lombardo Juan Pablo, socio de Juan Cromberger, hijo del anterior Cromberger.

No contamos con inventarios recogiendo los títulos que se embarcaron hacia el Nuevo Mundo en los años del dominio español. Tampoco sabemos con exactitud lo que allí se editó, y menos poseemos relaciones de bibliotecas particulares o de entidades formadas a lo largo de tres centurias. Millares Carlo nos ha dejado notables noticias sobre el tema⁶. Ya en los días de Colón un fiel compañero suyo, Diego Méndez de Segura, fue dueño de un buen lote de libros entre los que se encontraba algún título debido a Erasmo. La primera gran biblioteca americana surge en México por iniciativa del prelado fray Juan de Zumárraga O.F.M. (1528-48). Importantes por el número de libros y su calidad serían la biblioteca del obispo Juan de Palafox y Mendoza, en Puebla (1646); la llamada *Turriana*, del prebendado Luis Antonio Torres (México); la del deán de Santiago del Estero, Francisco de Salcedo (siglo XVI); la del vicario general de Córdoba, Diego Suárez Babieno (siglo XVI); la del deán de la catedral caraqueña, Bartolomé Escoto (siglo XVII); la del Colegio Máximo y el Noviciado de Córdoba (Argentina) con más de cinco mil volúmenes (1767); la del Colegio Máximo de Buenos Aires; la pública fundada en Quito por Francisco Javier de Santa Cruz y Espejo con los fondos de los jesuitas; la real Biblioteca de Santa Fe (1777) formada a base de las bibliotecas de la Compañía de Jesús; la del virre-arzobispo santafereño Antonio Caballero y Góngora; la de Sor Juana Inés de la Cruz; la del peruano Peralta y Barnuevo, profesor en la universidad de San Marcos, etc. Son simples ejemplos de una riqueza aún no valorada, ni mucho menos, conocida.

LOS LIBROS DE COLÓN

Decíamos, y repetimos nuevamente, que en un principio fue el libro; el libro —*la Biblia*— por antonomasia. Y es que la Biblia está en las raíces de la personalidad e ideas de Cristóbal Colón. Al margen de estas últimas, cuyos fundamentos libresco analizaremos, Colón no sólo se creyó un predestinado, un elegido por Dios para llegar por Occidente a la India, sino que quiso demostrarlo a base de textos de las Sagradas Escrituras. Hombre de fe, el ligur tuvo como gran impulso de su acción su ideal religioso, alimentado en la continua lectura y estudio de la Biblia y el Nuevo Testamento. Una de las obras que más consultó fue el manuscrito de la *Concordantie Bibliae Cardinalis*

⁶ MILLARES CARLO, Agustín, *Bibliotecas y difusión del libro en Hispanoamérica colonial*, Caracas, 1970 (separata del Boletín Histórico de la Fundación John Boulton).

S.P., conservado en la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla. Tal lectura constituyó⁷ un fuerte estímulo para llevar adelante su proyecto. Posteriormente, a partir de 1501, el Almirante comienza a copiar todos aquellos textos escriturarios tocantes al descubrimiento de nuevas tierras y recuperación de los Santos Lugares para formar el *Libro de las Profecías*. Al final resultó un conjunto de textos bíblicos, algunas citas de los Padres de la Iglesia y el famoso pasaje de la *Medea* de Séneca que tanto impresionó a Colón, según su hijo Hernando⁸. Para realizar esta recopilación contó con la ayuda de su compatriota, fray Gaspar Gorricio de Novara, religioso en el monasterio hispalense de Santa María de las Cuevas. El texto del *Libro* se encabeza con un “Incipit liber sive manipulus de autoritatibus...” y una carta de Colón dirigida a Gorricio solicitándole su colaboración. El Almirante reúne una serie de pasajes bíblicos (salmos, profecías), frases de San Agustín, párrafos de los Evangelios, etc., sin criterio, sin plan, sin exégesis alguna, movido tan sólo por su creencia que ellos respaldan la idea que tiene de ser un escogido de Dios. Por eso afirmará que

“para la heseucusión de la impresa de las yndias no me aprovechó rasón, ni matemática, ny mapamundo: llenamente se cumplió lo que diso ysayas y esto es lo que deseo escrevir aquí por la redusir a vuestras altezas a memoria”⁹.

Se encuentra esta soberbia afirmación, o esta afirmación de un soberbio, en contraposición con otras declaraciones suyas en las que alude a los estudios y razonamientos como base científica de su proyecto para navegar a oriente yendo por occidente. En uno y otro caso lo que resulta evidente es que un libro o unos libros determinarán sus convicciones e ideas. Las Sagradas Escrituras en el primer caso, le sirven para aludir a la intervención de Dios en su empresa considerándose un enviado del mismo Dios:

“Me abrió nuestro Señor el entendimiento con mano palpable a que hera hasedero navegar de aquí a las yndias y me abrió la voluntad para hexecución dello.”¹⁰

⁷ ÁLVAREZ SEISDEDOS, Francisco, *Colón y el estudio de la Sagrada Escritura*, Sevilla, “Archivo Hispalense”, 1952.

⁸ Venient annis
Secula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Patcat telus tiphisque novos
Detegat orbis, nec sit terris
Ultima Tille

⁹ *Libro de las Profecías*, Sevilla, Biblioteca Capitular y Colombina, fol. 5v.

¹⁰ ÁLVAREZ SEISDEDOS, Francisco, *Ibid.*

Se cumplió, pues, lo que estaba escrito y profetizado. Ese era, desde siempre, el plan de Dios, según el marido genovés. Pero hubo otro, el colombino, el que Colón expone, primero al rey portugués y, luego, a las juntas castellanas. Sus especulaciones se apoyaban en los viajes de los portugueses; en las conversaciones habidas con diversos marinos experimentados; en las plantas, objetos y seres exóticos llegados desde el oeste; en el espejismo sufrido por los pobladores de los archipiélagos atlánticos; tal vez en la conseja del piloto anónimo; y, por supuesto, en una serie de lecturas realizadas en libros determinantes: *Imago mundi*, *Historia Rerum*, Marco Polo, etc. Un conjunto de más de dos mil apostillas o anotaciones hechas por Colón o su hermano Bartolomé subrayan en estas obras o resaltan aquellos datos y noticias caras al ligur en cuanto que sirven de base a su concepción y respaldan lo ya sabido. Porque el papel de estos libros es doble, según nos inclinemos por una u otra teoría, o por la de los que tradicionalmente defienden que el proyecto colombino se fundamenta en lo que hemos indicado; o la de quienes sostienen que se basa en una previa navegación realizada por un nauta desconocido. Por eso una historiografía considera a las obras citadas como las fuentes inspiradoras del proyecto, ya que de ellas extrajo Colón los datos para montar su intento; mientras que otra historiografía estima que únicamente sirvieron para confirmar lo que se sabía; es decir, para ratificar una experiencia tenida. En ambos casos el papel de los libros es muy importante. La *Imago mundi* (1480-3) de Pierre d'Ailly o *De imagine mundi* como también se le conoce de Pedro de Alliace, cardenal francés de Cambrai, es un comentario al tratado *Sphaera mundi* por Juan Sacrobosco (Juan Hollywood), autor inglés de la primera mitad del siglo XIII. Era el manual de Cosmografía más estudiado a finales de la Edad Media. D'Ailly compuso su tratado alrededor de 1410, antes que la Europa occidental descubriese la Geografía de Tolomeo. En la *Imago* Colón encontró muchas notables referencias y noticias de las que sobresalen dos: la largura de Eurasia y la estrechez del Atlántico. Entre las múltiples apostillas con que los hermanos Colón van sembrando las márgenes del *Imago* merecen resaltarse las referentes a la cercanía de las tierras del Occidente europeo de las orientales de Asia, la pequeñez del Atlántico (*India est prope Hispania, Principium Orientis et occidentis sunt prope*), la existencia del reino de Tharsis, la presencia del monte Sophora de donde Salomón extraía oro, las montañas de oro y los monstruos de la isla Taprobana, la realidad del reino de Sabá, la situación del país de los Seres y de una *terra incógnita* en el extremo oriental de Asia, la situación de las costas de la India frente a las de España, la descripción del Paraíso terrenal con un gran lago de donde nacen cuatro ríos, la esfericidad de la tierra y, sobre todo, el valor de un grado terrestre (56 millas $\frac{2}{3}$). Así se consigna en las apostillas 4, 28, 30, 31, 490 y 491. Colón, tomándolo del *Imago Mundi*, aceptará la medida del gra-

do terrestre fijada por el geógrafo Alfragano, sin advertir que la milla árabe de éste medía 1.973 ms. en tanto que la itálica que Colón usaba era de 1.477,50 ms. Así los 360° de la circunferencia terrestre se convertían en 20.400 millas o 5.100 leguas (para él cuatro millas equivalían a una legua; lo dice v.g. en las anotaciones de su *Diario* del primer viaje, los días 17-9 de enero) equivalente a 30.000 kms... en lugar de los 40.007 que realmente tiene. Entre Europa y Asia por el Oeste se interponía un mar que medía únicamente 728 leguas (4.500 ó 5.000 kms.); es decir, y de acuerdo con el libro de Esdras, la séptima parte de las 5.100 leguas, que realmente tiene. En Esdras leyó (lib. IV cap. 6) “la que es seis partes del mundo son de tierra enjuta y la una de agua”. Tan vivamente le impresionó esta afirmación, que el Almirante lo recuerda durante su tercer viaje, cuando cree encontrarse ante un “nuevo mundo” en las bocas del Orinoco, y en la *Lettera raríssima* que escribe desde Jamaica en 1503.

La *Historia rerum ubique gestarum* (Venecia, 1477) debida a Eneas Silvio Piccolomini, futuro Pío II, escrita treinta años después que la *Imago Mundi* fue, sin embargo, impresa antes y la complementa; en ella encontró Colón las deslumbrantes noticias sobre el Gran Khan (citado 18 veces), Catay, el Asia oriental, las amazonas, los antropófagos, la *terra incognita* y los seres pacíficos que vivían más allá de Seres.

El libro de Marco Polo, *De consuetudinibus et conditionibus orientalium regionum* (Amberes, 1485), abreviado y alterado en la disposición de sus capítulos, se encuentra igualmente lleno de apostillas subrayando las maravillas de Oriente. Pero con respecto a este libro existen dudas, ya que no todos los colombinistas aceptan que fuera leído antes del primer viaje. Los que defienden que su lectura fue anterior, explican así la carta al Gran Khan que los reyes le dan, y las alusiones a Catay, Cipango, Quinsay, Zaitun..., una geografía propia de Marco Polo ya en desuso entonces. Pero estas nociones, afirman algunos, las tuvo a través de la carta que recibió Colón de Toscanelli, que fue quien bebió en Polo. Y aquí ya estamos metidos de lleno en otro problema. ¿Se dio la directa relación Colón-Toscanelli? Admitir o no la lectura del libro de Polo ante o después de 1492 no arroja ninguna sombra en nuestro intento, pues sólo con apuntar el significado de la *Imago* y de la *Historia rerum*, basta para resaltar la influencia de ciertos libros en la génesis del gran descubrimiento. Tampoco el admitir o negar la relación directa Colón-Toscanelli. Ni siquiera hace falta mencionar la *Historia Natural* de Plinio, con una anotación 23 redactada en un terrible italiano sobre Ofir y Cipango, que Colón creyó estaban en La Española.

Bien; he aquí sus libros de cabecera, los determinantes o confirmadores de su plan; estas fueron sus anotaciones en torno a una serie de temas que cuando

consideraba muy importante los subrayaba con una mano que tenía el dedo índice extendido. Muchas de estas apostillas fueron cotejadas posteriormente y hechas realidad desde el punto de vista colombino. Porque el Almirante halló el Cipango y Ofir en La Española; consideró que Veragua era la región de donde las naves de Salomón cargaban oro; supuso que la isla de Matinínó era la patria de las Amazonas; creyó encontrar el Paraíso en las bocas del Orinoco; situó el reino de Saba en una “isola grossa” que bien pudiera ser Jamaica... No encontró monstruoso, pero esto carecía de importancia. Colón abre un mundo insospechado para la aventura y lo irreal. En América cabían todas las ficciones. Por lo pronto el mismo supuso que allí podía estar el Paraíso Terrenal. La vida del hombre europeo se enriquecía con una serie de inéditas oportunidades. Todo iba a ser posible en la nueva geografía. Y ello acontecía en el instante en que la imprenta puso al alcance de miles de seres el misterio de la letra impresa. Que ya no era misterio. Lo sería todavía por un tiempo para el indio americano, perplejo ante la elocuencia silenciosa de la escritura, como cuenta divertidamente Fernández de Oviedo.

CONQUISTADORES Y AMADISES

Dejemos a Colón cuya imaginación fue estimulada por pasajes de la *Imago mundi*, frases de la *Historia rerum*, descripciones de *Il Milione* y por la reveladora profecía contenida en la *Medea* de Séneca. Dejemos a Colón para acompañar a sus seguidores en el tiempo y en la acción, los conquistadores, incitados también por el desafío del Nuevo Mundo y por una literatura cuyos ingredientes claves venían dados por escenarios exóticos, monstruos, seres extraños, acciones imposibles, exaltación del valor, del honor, de la belleza y de la fama. Elementos algunos de ellos adelantados por Colón y otros viajeros (Vespucio) y cronistas contemporáneos (Anglerís, Oviedo). Estamos refiriéndonos a las “historias mentirosas” de los libros de caballerías generalizadas gracias a que la imprenta liberó al público del manejo de unos pocos y caros manuscritos. Ya los libros eran más numerosos y más baratos.

Las novelas de caballerías multiplican sus ediciones precisamente cuando en América se lleva adelante la más grandiosa de las novelas de caballerías, con capítulos que superan a toda ficción. A lo largo del siglo XVI España escribe esta singular novela gracias a la acción de múltiples Amadises.

La novela de caballerías fue un género que, como la policíaca o la de ciencia-ficción o novela negra, tuvo clientes en todas las capas sociales. Conocidos son los casos de Fernando e Isabel la Católica, Carlos I, del humanista Juan Valdés, de Ignacio de Loyola, de Santa Teresa de Jesús, del Inca Garcilaso de

Vega, del cronista Pedro Mexía..., todos devotos de esta literatura que podemos considerar como evasiva, pero que indudablemente influyó en la conducta, en la moral y en el pensamiento de la época propiciando “la aceptación de valores artificiales y de falsas actitudes con respecto a la realidad”¹¹. La imprenta fue la gran culpable; ella resucitó y generalizó el género. Conviene quizá por ello fijar las fechas de las ediciones principales, de estas novelas, aunque su existencia data de siglos anteriores. Es el caso del *Amadis*, mencionada ya en 1345 cuya versión original se supone que sea de 1.300, cuando se ha concluido el ciclo de la época juglaresca. El mismo año del descubrimiento de América Garci-Rodríguez de Montalvo, regidor de Medina del Campo, corrige tres libros que circulaban de la obra, mejora el texto, y añade el libro IV (luego añade el V, que sería *Las Sergas de Esplandian*, el hijo de Amadis) originando el *Amadis de Gaula*, editado en Zaragoza en 1508. En él figura esa escala de valores o componentes que hemos citado: el valor, la nobleza de origen, la belleza, la justicia, el señorío, la fama... Ingredientes que adornan a los buenos. Los malos son soberbios, brutales, injustos¹². Es una concepción maniquea —buenos y malos— que nos trae a la mente momentos, personajes y actitudes de la Conquista de América.

Entre 1490 y 1550 se editan más de cincuenta libros de caballerías. Interesa, como decíamos, señalar la cronología de las ediciones de los títulos más importantes:

- 1490: Tirant lo Blanch
- 1508: Amadís de Gaula
- 1510: Las Sergas de Esplandián
- 1510: Florisando
- 1511: Palmerín de Oliva
- 1514: Lisuarte de Grecia
- 1530: Amadís de Grecia
- 1532: Don Florisel de Niquea

Las aventuras de *Amadis* y sus amores con la bella Oriana provoca la publicación de obras similares, llegando a componer el ciclo de Amadis unos doce libros, seguido por el ciclo de los *Palmerines*.

¹¹ LEONARD, I. A., *Ibid.*, p. 29.

¹² ROSENBLANT, Ángel, *Los conquistadores y su lengua*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1977, pp. 11-12.

La aparición de *Don Florisel de Niquea* coincide con el final de la Conquista en las zonas medulares. Tal vez sea una exageración lo que escribe Irving A. Leonard, pero cierta razón le ampara cuando afirma que “la imaginativa pluma del cuentista de Medina del Campo y de otros practicantes de su arte fue responsable en gran parte de la hambrienta confiscación de los tesoros de Moctezuma, de Atahualpa y de otras víctimas de la codicia española”¹³.

El conquistador español, miembro de una sociedad consumidora de “vanas historias”, no escapó al influjo de éstas. No escapó porque leyó esas novelas y, tal vez inconscientemente, intentó emularlas. Diversos fueron los móviles del conquistador, pero uno, indudable, lo representó el afán de aventura. Este incentivo se repite, excita, e incita, incluso cuando ya se ha logrado otras metas: riquezas, poder, fama. El Nuevo Mundo brindó una geografía exótica (por eso era *nuevo*) poblada de antropófagos, gigantes, amazonas, sirenas, fuentes de la eterna juventud, el dorados, montañas de la plata... Buscando este fascinante y soñado mundo los conquistadores hicieron caballería andante y alguno de ellos —Bernal Díaz del Castillo— escribió una crónica que más parece novela de caballerías. La realidad en este caso fue superior a la ficción. Pero dentro de esta realidad y concretamente en el caso mexicano, la presencia del relato caballeresco como estimulante de la acción resulta indudable y el mismo Bernal Díaz nos lo dirá en su momento.

Escribe Irving A. Leonard que sería interesante averiguar hasta que extremos de la vida influyó el *Amadís*, en la gesta americana, y añade “pero tiene un interés más inmediato la certeza de que el panorama de islas exóticas, seres extraños y tesoros ocultos que ofreció esta novela (se refiere al *Amadís*) a los conquistadores contemporáneos, constituyó un acicate para lanzarlos a fantásticas aventuras a través del mundo, súbitamente ensanchado, en que vivían”¹⁴. Cosas del *Amadís* les pareció a los españoles la primera visión de México:

“Y desque vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por los grandes torres o *cués* y edificios que tenían dentro en el agua...”

Se preguntaban si estaban “entre sueños”. Bernal, al usar el *nosotros*, al señalar que la admiración eran plural y que ese plural comparó lo visto con lo leído en el *Amadís*, nos demuestra que la lectura de este libro era familiar a

¹³ *Ibid.*, p. 50

¹⁴ *Ibid.*, p. 33.

más de uno. Si B. Croce ha demostrado que el *Amadis* era lectura corriente entre los milites españoles destacados en Italia. ¿Por qué no lo iba a ser también de las huestes americanas? En otro capítulo de su *Verdadera historia...* Bernal Díaz alude a Agrafes, personaje del *Amadis*. Y por otra fuente sabemos que doce lugartenientes de Cortés se agruparon cual otros *Doce Pares*¹⁵. El mismo Bernal al referirse en cierta ocasión a lo singular de las hazañas españolas reconoce que su narración sería cosa prolija “cosa para nunca acabar, y parecería a los libros de Amadis o Caballerías”¹⁶. Autores como Oviedo o el padre Acosta, también se refieren al *Amadis* o a los libros de caballerías para establecer una u otra comparación, prueba de su manejo entonces.

Pero fue las *Sergas de Esplandian* y el *Lisuarte de Grecia* las obras que ejercieron una mayor influencia al incluirse en sus páginas el mito de las amazonas y el episodio de la reina Calafia y su isla *California*. A poco de editarse estas novelas los españoles iniciaron, desde Cuba, las exploraciones sobre la costa de Yucatán y México. En la crónica del clérigo Juan Díaz referida a la expedición de Juan de Grijalva (1517) se mencionan unas mujeres que se creen pertenecer a la raza de las amazonas. Colón había puesto en marcha el mito en 1492¹⁷. Poco después de Grijalva, zarpará Hernán Cortés portando unas instrucciones en las cuales se vuelven a mencionar a las amazonas y a gente con cara de perro e inmensas orejas. Hernán Cortés, tocado también de la literatura caballeresca (“Denos Dios ventura en armas, como al paladín Roldán...”) demuestra en su cuarta carta dirigida al emperador que anda a la búsqueda de “una isla toda poblada de mujeres, sin varón ninguno, y que en cierto tiempo van de la tierra firme hombres, con los cuales han aceso...” Ante el emperador, Cortés usa esta respetuosa acesión de la palabra *aceso*. Cortés indaga y busca esa isla de California patria de las amazonas, y remite a su primo Francisco Cortés para que las encuentre y le recuerda en las instrucciones que esas mujeres, sin trato de hombres, tienen una forma de reproducirse a la manera que en las historias antiguas describen que tenían las amazonas¹⁸. Cortés cree en las amazonas, muestra una y otra vez su interés por hallarlas, y

¹⁵ *Ibid.*, p. 57.

¹⁶ RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, Ida, *Amadises de América. La Hazaña de Indias como empresa caballeresca*, México, 1948, p. 69.

¹⁷ Al asentar en el *Diario* del primer viaje (martes, 15 de enero) que en la isla de Matinín podían habitar tales mujeres, Suposición que G. Fernández de Oviedo desmiente. Vid. ALONSO DEL REAL, Carlos, *Realidad y Leyenda de las Amazonas*, Madrid, Espasa Calpe, S.A., Colección Austral 1396, 1967, cap. XI.

¹⁸ LEONARD, I. A., *Ibid.*, p. 63. Créese también que la expedición de Magallanes llamó *patagonés* a los indígenas del Puerto de San Julián porque les recordaba al monstruo *Patagón*, personaje del *Primaleón*.

nos demuestra que sabía de ellas por lecturas. Como Cortés había otros muchos (Nuño de Guzmán, por ejemplo) prueba de que las *Sergas de Esplandian* y el *Lisuarte de Grecia* hacían estragos y fueron, en último extremo, los culpables del hoy famoso topónimo que luce una tierra americana.

En general, si seguimos la génesis de uno cualquiera de los mitos que movieron y conmovieron el ánimo de los conquistadores, comprobaremos que detrás de estos impulsos estaban unas lecturas caballerescas o mitológicas: gigantes y pigmeos (*Biblia*, Hesiodo, Mitología clásica); caribes o calines (Heródoto, Jenofonte, Plinio); árbol de la vida o inmortalidad (Homero, Mitologías); amazonas (Homero, Heródoto, Diodoro), etc.

TRATADOS QUE INFLUYERON EN LA COLONIZACIÓN

La acción de los conquistadores estuvo, como hemos comprobado, determinada a veces por la lectura de precisos libros. También unos libros con sus teorías y doctrinas ejercieron una indudable influencia en la colonización, entendiéndose por eso la evangelización y trasvase cultural. No nos referimos, por supuesto, al *corpus* jurídico que el Estado fue dictando para encauzar la tarea colonizadora, sino a una serie de tratados, obra de particulares, que ocasionaron actitudes, comportamientos y hasta leyes. Son, por ejemplo, algunos escritos de fray Bartolomé de las Casas, las *Artes de la lengua*, los *Confesionarios para curas de indios*, los *sermonarios*, los escritos de Erasmo, Tomás Moro y Luis Vives, y los de una serie de teólogos-juristas. Marginando por el momento a la lascasiana *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* como informante de la Leyenda Negra, vamos a poner nuestra atención en el tratado *De único vocationis modo...* (Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión), compuesto probablemente en Guatemala (1536-7) y del que Lewis Hanke escribe:

“Pocos escritos han tenido en la historia del mundo un efecto tan inmediato como este denso tratado, recargado con ciento de citas.”¹⁹

Fray Bartolomé nunca imprimió el volumen, aunque empleó sus ideas en otros escritos suyos, y sólo poco antes de morir parece haber gestionado cerca de Pío V una licencia para su impresión. El tratado circulaba en copias todavía

¹⁹ Introducción, p. 22, a *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*. por Fr. Bartolomé de las Casas, México, Fondo de Cultura Económica, 2.ª edición, 1975.

a principios del siglo XVIII. La doctrina lascasiana contenida en sus capítulos arrancaba del dicho evangélico “Id y predicad a todas las criaturas”. Los aborígenes americanos quedaban incluidos en el mandato; ahora bien, ¿se las predicaba por la fuerza? Viejo dilema éste, planteado desde 1512 por el dominico Antonio de Montesino. Tratadistas habían que reducían los indios a meras bestias y consideraban lícito cualquier beligerancia para adoctrinarlos. Las Casas compuso su *De único...* contra los que así opinaban, demostrando que todos los hombres han sido llamados por Dios para recibir la fe como un don de la generosidad divina. Los contemporáneos desafiaron a Las Casas para que llevara a la práctica su teoría de la predicación pacífica, sin violencias e imposiciones. Las Casas, retado y emplazado, decidió con algunos compañeros desarrollar sus ideas en el territorio guatemalteco de la Vera Paz (1537-50), provincia de Tuzutlán. Era una zona tropical, plagada de animales dañinos, y poblada por indios feroces, indomables. Durante años los frailes trabajadores con denuedo, pese al clima y a los indios, eliminando idolatrías, alzando templos y ganando almas. Pero el demonio, que estaba siempre en vigilia —versión de los religiosos—, incitó a los sacerdotes indios; éstos fomentaron la rebelión que acabaría con los religiosos y con su experimento... Pese al fracaso, los promotores del ensayo no cesaron en su empeño y, además, vieron cómo su ejemplo era seguido por otros. Así Jacobo Teste intentó imponer en Yucatán similar política; el arzobispo de México fray Juan de Zumárraga fomentó el ideal lascasiano, al igual que el virrey Antonio de Mendoza a quien cupo remitir a fray Marcos de Niza a Culiacan con órdenes de usar la persuasión. Pacíficamente se evangelizaron la provincia de Atitlán (Guatemala) y parte de Nueva Galicia. A finales del siglo XVI y principios del XVII el obispo Miguel de Benavides se oponía en Filipinas a la evangelización violenta, y en California se invocaba las teorías de Las Casas. Los jesuitas en sus misiones del Paraguay desarron una evangelización análoga a la defendida por Las Casas. Y es que como dice Hanke

“Las doctrinas tan cuidadosamente sostenidas por multitud de citas en su *De único Vocationis modo* nunca fueron totalmente olvidadas, no obstante el fracaso en la Tierra de la Vera Paz, porque otros frailes en distintas partes del imperio español del Nuevo Mundo se inspiraron en el tratado... y en el experimento de la Vera Paz para seguir el mismo ideal en su propio territorio.”²⁰

La legislación se hizo eco de las teorías lascasianas, y así las llamadas Nuevas Ordenanzas de descubrimientos y población, u ovandinas, de 1573,

²⁰ *Ibid.*, p. 59.

proclamaron la doctrina de la bondad y convencimiento, proscribieron el uso de la palabra *conquista*, tan denostada por Las Casas. Las Ordenanzas establecieron que, una vez, lograda la paz con los indígenas, los pobladores deberían reagruparlas, mientras que los religiosos intentaban convencerles para que abandonasen sus idolatrías y aceptasen la fe católica. Se consideraba imprudente comenzar reprochándoles sus vicios, destrozándoles sus ídolos y privándoles de sus mujeres. Era la doctrina lascasiana, opuesta a la habitual táctica misional. De siempre, conquistadores y misioneros, eliminaron templos e ídolos por considerarlos obras del demonio y para demostrar que todo era falso, que sus dioses no iban a reaccionar porque no existían. Se trataba de poner al descubierto las supercherías, y en la creencia que las idolatrías eran un pecado contra Dios y contra natura²¹. No todos los conquistadores se preocuparon de poner cortapisas a las prácticas idolátricas, ni todos los religiosos se mostraron furibundos enemigos de ellas. Hubo conquistadores tibios, personalmente religiosos, pero de un celo catequizador dudoso; como hubo frailes, como Las Casas, bastante liberales con respecto a las idolatrías. Este interesante aspecto de la evangelización al que nos acabamos de referir, contó con los libros como gran instrumento. Los métodos y técnicas de extirpación de idolatrías seguido por los españoles usaron de castigos, prevenciones y métodos de persuasión, según la línea lascasiana. Para convencer al indígena se empleó especialmente la prédica que, a veces, por la mediocridad o poca preparación del doctrinero resultaba ineficaz. Una manera de obviar el problema consistió en obligar a los curas de indios a escribir sus sermones en la lengua indígena general. Surge, como ayuda, las *Artes de la lengua* y los *Sermonarios* bilingües, sobresaliendo el libro de Hernando de Avendaño, *Sermones de los misterios de nuestra santa fe católica* (1649), ejemplo de lo que el libro como instrumento de evangelización fue en América. Su idea motriz: persuadir al indio que abandone el culto a los ídolos e inspirarlo una fe auténtica en el Dios de los cristianos²².

En el campo religioso cabe mencionar más obras que tuvieron un decisivo influjo en el humanismo colonial o en las ideas teológico-jurídicas. Sólo como simple muestra citemos los escritos de Erasmo, especialmente el *Enchiridion* (versión española de 1526) que acusa su presencia en las obras de fray Juan de Zumárraga, arzobispo de México, al igual que la *Suma de doctrina cristiana* (1543) de Constantino Ponce. Asimismo hemos de referirnos a la trascendencia que tuvo la *Utopía* (1516) de Tomás Moro y las ideas de Erasmo en los

²¹ DUVIOLS, Pierre, *La destrucción de las religiones andinas (Conquista y Colonia)*, traducción de Albor Maruenda, México, Universidad Nacional Autónoma, 1977, p. 46.

²² *Ibid.*, p. 59.

proyectos mexicanos de don Vasco de Quiroga, fundador de los pueblos-hospitales, prefiguración de las reducciones jesuitas del Paraguay²³.

Fue en otro campo, en el arte y, especialmente en la arquitectura, donde el libro o tratado gozó de un trascendental protagonismo. La colonización española en América ha dejado una huella única en esta actividad artística. Sorprende por el número de edificios levantados, por su grandiosidad, por su belleza y hasta por el tiempo que se consumió en alzarlos. Hemos de considerar, desde nuestra perspectiva actual, lo que pudo ser aquella labor, tan lejana de los centros rectoros y de los modelos europeos, sin especialistas, sin medios humanos y técnicos. El libro como instrumento o como fuente de inspiración cobra en este caso un singular significado. Al libro, al tratado, al grabado, al dibujo, recurría al religioso, el cura, el alarife, el cantero, el escultor, el pintor, perdido en cualquier remota región de América. Y de ahí que hoy, de pronto, comprobamos que la original escalera que nos lleva al templo de San Francisco de Quito es copia de un proyecto de Bramante, o que los frescos que contemplamos en Actopan están tomados de la portada de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* por Fray Bartolomé de las Casas.

Todos los estudiosos modernos nos dicen²⁴ que los textos de Sebastián Serlio Boloñés, de Iacomo de Vignola, de Andrea Palladio o de Diego López de Arenas fueron muy usados en el Nuevo Mundo. Serlio, teórico que concibió la idea de enseñar la arquitectura mediante dibujos, redactó lo que se ha titulado en español *Libros Terceros y Cuarto de Architectura* (1552), auténtico vademécum del siglo XVI, no sólo en el Nuevo Mundo sino en Europa. Llega a América en 1584 y puede asegurarse, sin temor a errar, que será el tratado en su materia más consultado. En él bebe toda la ornamentación manierista americana a base de elementos geométricos, así como la nueva concepción de la columna, y el trazado de las techumbres o artesonados (casetones octogonales, exagonales, cruciformes). Unos de los más bellos ejemplos de esta influencia la tenemos, como indicábamos, en la escalera que lleva al templo quiteño de San Francisco. Serlio, en su tratado, exponía el proyecto que Bramante hiciera para dar acceso al nicho del Belvedere en el patio del Vaticano, que el anónimo artista americano copió legándonos esta exótica escale-

²³ Cfa. ZAVALA, Silvio, *La utopía de Tomás Moro*, México, 1937. *Ideario de Vasco de Quiroga*. México. 1941. BATAILLON, Marcel. *Erasmus y España*. traducción de Antonio Alatorre. México, 2.ª edición, 1966, pp. 817 ss.

²⁴ SEBASTIÁN, Santiago, *La influencia de los modelos ornamentales de Serlio en Hispanoamérica*, "Boletín del Centro de Investigaciones históricas y estéticas". Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, número 7, pp. 30-67.

ra²⁵. Influencia didáctica, sobre todo para diseños, la ejerció Vignola con su *Regla de las cuatro órdenes de Architectura* (1593). Lo mismo que Palladio; éste con su *Libro primero de la Architectura* (1625) facilitó normas para el logro de la proporción. Por su parte López de Arenas dio vida a un *Breve compendio de la carpintería de lo blanco y traído de alarifes*, básico para explicarnos todo el mudejarismo de artonados y cubiertas hispanoamericanas. Los autores, artistas y artesanos, locales se veían obligados a recurrir a estos tratados, al igual que consultaban y se inspiraban en los grabados de Dürero, de Lucas de Leyden o en los debidos a Marco de Rávena y Marco Antonio Raimundo, discípulos de Rafael. Era la única manera de subsanar la ausencia de maestros o de escuelas. El libro o tratado lo fue aquí todo.

LIBROS QUE ALIMENTARON LA LEYENDA NEGRA

No quisiéramos concluir estas líneas sin hacer una referencia al libro como autor de la Leyenda Negra sobre la obra de España en América. Dos obras, con dos atractivos y atrayentes títulos, han merecido los honores de múltiples ediciones gracias al contenido crítico de sus páginas. El criticismo es una corriente viva en la historiografía española por lo que a la acción en el Nuevo Mundo se refiere. Va desde Las Casas a José Ávalos, pasando por José del Campillo, Juan José Navarro de Viana, Ensenada, Gutiérrez de Rubalcava, Ortiz de Landázuri y Román y Rusell.

Quisiéramos ceder a un extranjero el privilegio de abrir este apartado; un extranjero, Lewis Hanke, buen conocedor del quehacer hispano en Ultramar y de toda la literatura que ella ha inspirado. Escribía tal autor hace ya una treintena de años²⁶ que “todavía se emiten opiniones desfavorables, al menos en las tierras de habla inglesa, sobre lo que los españoles llamaban “la gran empresa de las Indias”. Y se preguntaba: “¿No se solazó el juez Alan Goldsborough, al condenar a muerte al puertorriqueño Óscar Collazo por su atentado contra la vida del presidente Truman, en referencias gratuitas a las iniquidades del sistema colonial español? ¿Y no consideró el *New York Times*, en una editorial del 14 de mayo de 1951 sobre el cuarto aniversario de la fundación de la Universidad de San Marcos de Lima, la apertura de esta famosa institución educa-

²⁵ MESA, José de, y GISBERT, Teresa, *Un diseño de Bramante realizado en Quito*, “Boletín del Centro...”, pp. 68-73.

²⁶ HANKE, Lewis, y GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, Manuel, *Bartolomé de las Casas 1474-1566. Bibliografía crítica y cuerpo de materiales*. Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1954, p. XII ss. de la Introducción.

cional como una “chispa de civilización en medio de los horrores de la traición, la codicia y la opresión españolas?” Para afirmar seguidamente: “Las Casas fue grandemente responsable de la creación de este sombrío cuadro de la actuación de España en América.” Más adelante, en el mismo ensayo, escribe algo tan denso y terminante que no resistimos la tentación de transcribirlo íntegro:

“Entre los escritos publicados por él (Las Casas) en vida, ninguno inflamó de modo tan inmediato el ánimo de los españoles como la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, pletórica de horrendas estadísticas referentes al número de indios muertos y de otras acusaciones semejantes, y en cuyas páginas el autor denuncia sin ambages la crueldad y la opresión ejercida por sus compatriotas sobre aquellos aborígenes. Los estentóreos apóstrofes que lanzaba Las Casas mientras emprendía sus rudos ataques contra los más grandes adalides de la conquista, no predispusieron a los hombres, ni entonces ni después, para apreciar o examinar de cerca las citas de sus notas o los doctos argumentos que desarrolló en otros ocho tratados dados a luz al mismo tiempo y en el mismo lugar. Se hicieron de la *Brevísima relación* múltiples traducciones al inglés, holandés, francés, alemán, italiano, y latín que influyeron poderosamente en la difusión por el mundo de la creencia de que los españoles eran congénitamente crueles, como lo atestiguaba su tratamiento de los indios americanos. Los famosos grabados de Bry que sirvieron para ilustrar muchas de esas traducciones, en los que se ven españoles que regocijadamente cazan indios con mastines e inclusive despedazan niños y mujeres en una carnicería atroz, difundieron a los cuatro vientos las acusaciones de Las Casas, aun entre aquellos que no sabía leer. Los libelos de Las Casas y el uso político a que se prestaron, señalan la iniciación de la propaganda de nuestra época.”

La influencia de la *Brevísima*, a través de sus truculentos asertos e ilustraciones, fue enorme en la mentalidad europea que, determinada por ella o por libros que bebieron en ella, juzgaron la colonización española²⁷. El clérigo Antoine Turon se inspiró en Las Casas para redactar su *Historia general de América después de su descubrimiento...* (1768-70). Muy conocida del público *Les Incas ou la Destruction de l'Empire du Perou* (1777) por Marmontel. La edición inglesa de la *Brevísima* de 1656 se había titulado nada menos que *Las lágrimas de los indios*; con un subtítulo que rezaba *Tratado histórico y verídica relación de las crueldades..., matanzas y sacrificios... cometidos por los españoles*. La obra iba dedicada a Oliverio Cromwell, el primer mandatario europeo que organizó toda una gigantesca operación militar para desmembrar

²⁷ Para un conocimiento del uso antiespañol que se ha hecho de la *Brevísima* resulta útil el libro de POWELL, Philip W., *Árbol de Odio. La Leyenda Negra y sus consecuencias en las relaciones entre los Estados Unidos y el Mundo Hispánico*, Madrid, Ediciones Turanzas S.A., 1972.

el imperio español americano, y es un ejemplo del uso de la letra impresa en la guerra político-ideológica. Es eso que Hanke llamaba *propaganda*. Las Casas y su *Brevísima* fueron continua fuente de inspiración para tendenciosos autores que no estaban interesados en molestarse en indagar la verdad. Durante el siglo XVIII la leyenda renace con el uso de la *Brevísima* por obra de Voltaire (*Essai sur les mœurs...*), Montesquieu (*L'Esprit des lois...*) y Raynal (*Histoire philosophique et politique...*) con una de las mejores versiones del libelo lascasiano. La guerra de emancipación hispanoamericana, rica en memoriales, proclamas, manifiestos e himnos (como más tarde las luchas en Cuba) concebidos para estimular una determinada causa e incitar el sentimiento antiespañol, se nutrieron de la *Brevísima* y sus derivados. Fue por esos años (1826) cuando hizo su aparición el otro libro, las *Noticias Secretas*, basadas en un *Discurso y reflexiones políticas sobre el estado presente de los reinos del Perú...* debido a Jorge Juan y Antonio de Ulloa. El informe de estos dos marinos, referido a una parte de América del Sur, fue escrito, sin duda, con mejor buena fe que el de Las Casas, pero su uso ha sido similar. Los dos autores (o uno, si nos inclinamos a pensar que fue Ulloa el responsable), resaltan en sus páginas la desmoralización administrativa, la corruptela, el contrabando, la relajación de costumbres entre el clero, la opresión que se ejercía en los indios, los extravíos de los tribunales, el mal estado de los puertos, la falta de armas y medios defensivos, la enemistad entre españoles y criollos, etc. Un extranjero, en este caso el inglés David Barry, tradujo el informe al inglés y le puso el atractivo título de *Noticias Secretas* (1826). Martín Fernández Navarrete, sabedor del proyecto de Barry, se lamentaba del mismo y decía:

“Así van extraviándose de España nuestros papeles más reservados, nuestros libros raros; y no ciertamente para honrar a la nación, sino para dividir a sus individuos de ambos mundos y sembrar entre ellos la discordia.”²⁸.

No se equivocaba al hacer esta valoración.

La Guerra Hispano-Cubana-Norteamericana sirvió para actualizar la *Brevísima*. Después de la explosión del “Maine” la prensa amarilla repitió todos los tópicos sabidos y consabidos. Weyler fue comparado con Pizarro... en cuanto a crueldad, claro. La *Brevísima* se difundió en inglés, y los españoles se vieron nuevamente tachados de crueles, traicioneros y fanáticos.

²⁸ DONOSO, Ricardo, *Autenticidad de las Noticias Secretas de América*, “Revista de Historia de América”, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, núm. 44, diciembre 1957, p. 285.

Con similar óptica enfocó el pretérito español en América el movimiento indigenista de nuestro siglo. Los murales de Diego Rivera en múltiples paredes oficiales de México pregonan esta visión que, mucho más al sur, Pablo Neruda llevó al verso en *Cántico General*. Un libro, en este caso de un gran poeta de nuestra lengua seguía estando detrás de todo, convertido en un singular instrumento.

VII

LA IMAGEN DE AMÉRICA EN LA ESPAÑA
DE LOS SIGLOS XIX Y XX

Presentar la imagen de Hispanoamérica en la España de los siglos XIX y XX es tarea que escapa a las posibilidades de un solo individuo dentro del espacio de tiempo disponible ahora y dada la amplitud del tema. Amplitud y diversidad. Porque hay una imagen —como en todas partes— diversa según épocas y diversa, incluso, según regiones. La visión del siglo XIX no es la del XX. En nuestro siglo, el cuadro es más global a causa de los medios de difusión, aunque algunas regiones de España continúen poseyendo su propia imagen o idea de América. Para un canario, asturiano o gallego del siglo XIX el Nuevo Mundo es el del emigrante; reducido en el pretérito a las Antillas, Venezuela y Río de la Plata. Hoy para un canario América es sólo Venezuela. En el siglo pasado la idea de América de un gaditano era la del comercio ultramarino, la de los productos coloniales, la de los consignatarios de barcos, la de la caoba y especies¹. También para un catalán la América decimonónica fue la del comercio y la de los soldaditos de Cuba. Para un madrileño del XIX América fue la de los avatares políticos... En la actualidad dándose una más completa visión del continente, prima en dicha visión, sin embargo, determinados países y problemas. Ello se debe a los medios de difusión que traen al primer plano, y siempre por razones políticas, a una nación dejando a otras en penumbra. Cuba, Méjico, Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, Panamá, Venezuela, Puerto Rico y Perú, representan a América en esta actualidad cotidiana.

En nuestro caso —el caso de España— no se trata tan sólo de diversidad y amplitud. Hay algo mucho más trascendente y determinante: la índole de las relaciones entre España y América. «América, según escribió Don Gregorio Marañón, es para los españoles no un conocimiento, sino una emoción». De ahí la dificultad de presentar esa “imagen”, ese “cuadro”, ese “paisaje” que, muchas veces, tendrá que ser un «paisaje del alma» con título unamuniano. Ante la imposibilidad de darle vida a un completo informe hemos optado por esbozar las líneas maestras del mismo, con la esperanza de desarrollarlo como se merece en otra ocasión. O lograr, al menos, que alguien lo aborde de acuerdo con su categoría.

¹ VARIOS, *Cádiz en la Carrera de Indias*, Cádiz, 1967.

Cuando nos planteamos el plan de nuestro «Informe» nos entró la duda sobre el método o enfoque a seguir y realizar. Cabía:

- A) Ofrecer lo que realmente se nos exige: que imagen se ha tenido en España de América, dentro de unos hitos cronológicos y apartados temáticos.
- B) Desarrollar algo que también pudiera titularse «América en la bibliografía española», con las naturales clasificaciones temáticas de las obras y valoraciones de ellas.

Lo último nos parece que es un aspecto —sólo un aspecto— de lo que debe ser el integral Informe. Pero, como decíamos, la vastedad de éste impone unas limitaciones. En el proceso lógico, al reflexionar sobre el esquema de nuestro informe, vimos que había que responder a una serie de preguntas tales como:

- a) Fuentes existentes para obtener la imagen que buscamos.
- b) En quién se da esta imagen.
- c) Variantes de la imagen.
- d) Quién hace surgir a la imagen, cómo se hace esa imagen y cómo se difunde.

Nos ha parecido por ello conveniente hablar de —y damos el plan de nuestro Informe— diversas imágenes:

- I. La imagen oficial o institucional.
- II. *La imagen intelectual.*
- III. La imagen popular.

Tres tipos de imágenes que, a su vez, admiten diversos apartados. Así tenemos:

- I. La imagen oficial o institucional:
 - A) De la Iglesia Católica.
 - B) Del Estado.
- II. La imagen intelectual:
 - A) En la historiografía.
 - B) En literatura.
 - C) En las bellas artes.

- D) En el pensamiento.
- E) En la docencia.
- F) En la prensa.

III. La imagen popular:

- A) Del que se va: emigrante.
- B) Del que se queda.

Muchas veces la imagen, más que tal, es impacto. Un ejemplo: el Desastre de 1898. Aquí es más fácil rastrear el choque, la conmoción que produjo en España la derrota, que encontrar la imagen de América. América entonces era las Antillas, consideradas como *propia España*; y Estados Unidos —el enemigo— era América, a quien se imaginaban los españoles como burdos, chacinos, codiciosos, felones.

I. LA IMAGEN OFICIAL O INSTITUCIONAL

A) De la Iglesia Católica

Normalmente la Iglesia Católica no emite juicios de valor sobre la comunidad cristiana de otras naciones. Son sus hombres los que realizan su historia con todas sus parcialidades y falta de perspectiva. A través de ellas conocemos lo que entonces se pensaba, pero nunca será la opinión oficial de la Iglesia. Cabe conjeturar que la Iglesia, al darse los fenómenos políticos de principios del siglo XIX, seguiría angustiada la marcha de los acontecimientos de aquellas iglesias recién desmembradas. Acontecimientos que, más o menos, se presentaban así:

1º) La desorganización total del cuerpo jerárquico de la Iglesia americana, con todas sus trágicas consecuencias: seminarios cerrados, ausencia de vocaciones, desconexión parroquial...

2º) La aparición de un hecho negativo: la pérdida de la unidad con el nacimiento de las nuevas nacionalidades. Cada iglesia comenzaba a ser una isla.

3º) Aquellas comunidades cristianas, ¿Serían capaces de reconstruir el edificio eclesial en ruinas? No era posible la respuesta porque dependía del clima nacional, y éste era imprevisto. De ahí la preocupación cuando al correr de los tiempos, se vio que el clima era más que indiferente, abiertamente hostil:

- Los gobiernos en uso del Patronato tomaban medidas anticlericales.
- Los gobernantes, al volver la espalda al pasado, la vuelven también a la Iglesia.
- Las Universidades en crisis, los pocos seminarios reorganizados dan sensación de impotencia. La incomunicación con otras cristiandades que dura casi todo el siglo, les impide revitalizar las fuentes agotada de su renacimiento. No tienen libros, no tienen imprentas, no tienen teólogos.
- La Iglesia es solidaria del momento social en que vive. Si América es un continente subdesarrollado, también lo será la Iglesia.
- La sensación es que con el hundimiento del Imperio español se hundió también la cristiandad americana.

4.º) En las últimas décadas del siglo XIX tuvo otros motivos de inquietud:

- La segunda emigración de europeos a América. Eran bautizados de fe fuertemente apegados al clima regional, y se encontraban con una Iglesia que no les podía atender.
- La emigración interior, del campo a la ciudad, semiindustrial y semipagana. Y la pastoral incapaz de evolucionar para dar respuesta a tiempos nuevos.
- La civilización profana y pluralista se va haciendo presente, en tanto la Iglesia prosigue con la estructura de cristiandad colonial.

5.º) Hay también motivos de esperanza:

- La fundación del Colegio Pío Latinoamericano (1818).
- Las firmas de Concordatos.
- Y, sobre todo, la reunión del Concilio plenario latinoamericano, con sus 998 cánones, orientados a reorganizar la Iglesia americana, el cual obtuvo un logro inmediato: el renacer de la conciencia episcopal hispanoamericana.

6.º) En la actualidad, la intensa penetración de otras creencias, y una serie de fenómenos del mundo moderno que han despiritualizado la vida, hacen que el Catolicismo tenga de América una imagen de tierra a evangelizar. Mucha de la anterior labor, además, fue superficial, no caló hondo.

Como apéndice de este apartado queremos insertar una sugerencia: sólo el Vaticano, sólo Roma, tiene una imagen de la totalidad del Continente. Será

por ello muy interesante que, a través de los Archivos del Vaticano, alguien pudiera redactar la “Imagen de América en el Vaticano”.

B) Del Estado

La imagen que el Estado español ha tenido de Hispanoamérica equivale tanto como a examinar la política o relaciones de España con sus ex posesiones a partir de 1808 y hasta nuestros días.

Habría en tal caso que comenzar exponiendo el proyecto de independencia a base de ofrecer el trono de América a Carlos, hermano de Fernando VII; ver los eventos durante la lucha (1808-21); analizar las medidas antiespañolas, y posterior derogación, que toman los nuevos gobiernos; ver las gestiones hispanoamericanas para que España reconozca la independencia de los nuevos Estados, etc., etc. Pero también hay una imagen o impacto de esa política, de esos hechos².

¿Cuál fue la imagen que el español, político o no, tuvo de la contienda desatada en 1808 y de su resultado final? De lo estudiado se deduce que primó la indiferencia, ignorancia, frívola confianza, imprevisión, ciego amor..., nunca encono, despecho, odio. La lectura de Memorias, crónicas periódicos u otros textos coetáneos, demuestran que el tema no mereció el tratamiento que requería. No hubo preocupación nacional o colectiva. Nada prueba que el pueblo viviese intensamente el hecho americano. Fernández Almagro, en estudio ya clásico³ cita los escritos de José García de León y Pizarro, de Antonio Alcalá Galiano, de Manuel José Quintana, de Fernando Fernández de Córdoba, de Mesoneros Romanos... donde no figuran datos algunos que de cerca o de lejos se refieran a la pérdida de América.. Es desconcertante esta despreocupación o falta de interés. Tal vez las mismas circunstancias o dificultades vividas por el país (invasión y ocupación napoleónica, acefalía de la monarquía borbónica) expliquen este silencio. Silencio que, por nuestra parte, nos permitimos afirmar no conviene generalizar, pues nos consta que en memorias de otros políticos de entonces sus autores se hacen eco de los sucesos americanos. Es el caso de Don Francisco de Saavedra, ministro y presidente del Consejo de Regencia, en cuyo amplio *Diario* los avatares al otro lado del Atlántico tienen una digna acogida. Quizá porque él mismo estuvo en América y presintió el fenómeno de

² BÉCKER, Jerónimo, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, Madrid, 1924, 2 tomos.

³ FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española*, Madrid, 1944.

la emancipación. Al menos dejó constancia de ello y lo manifestó a Aranda. Hay, sin embargo, que admitir, como hipótesis, que el propio drama nacional apagó o corrió un velo sobre la guerra hispanoamericana impidiendo la plasmación de una imagen; es decir, del significado de la emancipación cuyo desarrollo la prensa —lo veremos— sí recogió. No va a suceder lo mismo 74 años más tarde, al perderse las Antillas (Cuba y Puerto Rico).

La imagen oficial de Hispanoamérica a partir de 1824 es la de unas posesiones rebeldes que, cual hijo pródigo, podrán volver al regazo materno. Así se piensa al rendirse los últimos realistas en San Juan de Ulúa (1825) y Callao (1826) o cuando fracasan los intentos de reconquista de José de Arizabalo (La Guaira, 1826) e Isidro Barradas (Méjico, 1825, 1829). Aún se cree por muchos que Hispanoamérica, desencantada de sus formas de gobierno, volverá a la Corona de España. Si hubo dolor por la pérdida, esta creencia pudo servir de lenitivo momentáneo. A la larga se vio que el suceso era irreversible y que se imponía el reconocimiento del mismo.

A partir de 1830, la imagen de América se diluye. América es ya sólo Cuba y Puerto Rico. El resto de Hispanoamérica no merece (se ve en la prensa) mayor atención que otros países un tanto extraños. Cuba y Puerto Rico están presentes políticamente con su problemática, y en la sociedad española a través de las noticias de tipo social, cultural o económicas. No hay que olvidar la censura imperante: ella puede ser causa del silencio que observa la naciente prensa.

A partir de 1834, en las esferas oficiales, la imagen del nuevo mundo político americano, aparece como una realidad. En el año citado el Gobierno español ordena a los representantes suyos en Londres «de arreglar amistosamente desavenencias de familia» porque, se dice, «Teniendo España y los Estados disidentes de América tantos intereses comunes y tantos vínculos de confraternidad, el Gobierno de Su Magestad se lisonjea con la esperanza de que no será difícil, como se imagina que se verifique entre ambas partes un arreglo equitativo y conveniente»⁴.

Mediante unos acuerdos que van de 1836 a 1895, España reconoció a los nuevos Estados: Méjico, el primero (1836) y Honduras, el último (1894) fueron firmando «Tratados de reconocimiento, paz y amistad»:

1836: Méjico

1840: Ecuador

⁴ CASTEL, Jorge, *El restablecimiento de las relaciones entre España y las Repúblicas Hispanoamericanas (1836-84)*, Madrid, 1955.

1844: Chile
1845: Venezuela
1850: Costa Rica y Nicaragua
1855: Rep. Dominicana
1860: Bolivia
1863: Argentina y Guatemala
1865: Perú y El Salvador
1870: Uruguay
1880: Paraguay
1881: Colombia
1894: Honduras⁵.

Más de medio siglo se necesitó para consumir el proceso de reconocimientos iniciado en 1836. Las causas de esta demora radicaban en Europa y en América. La torpe política europea, los intervencionismos, las reclamaciones y las mismas crisis españolas no favorecieron el proceso de política internacional. A su vez, las inestabilidades experimentadas por muchas naciones de América, la Doctrina Monroe, la existencia de un peculiar Derecho Internacional Americano, etc., no coadyuvaban tampoco. Cuatro cuestiones claves hubo que superar para llegar a los definitivos acuerdos: la arancelaria (España solicitaba reducción de derechos para sus productos), deuda de la guerra de la independencia, nacionalidad de los españoles y sus hijos, e indemnizaciones por secuestros de bienes.

Todo esto dificultó la firma de tratados de reconocimiento y fue origen de múltiples dificultades. Sólo a partir de 1875 quedó despejado el horizonte y España se consagró al logro de un mayor acercamiento con Hispanoamérica. También se inició entonces en América un movimiento de aproximación, borrándose recelos y desconfianzas. Se llegó incluso a pensar en una gran confederación cuya presidencia podía ostentarla el joven Alfonso XII. El soberano estuvo a punto de visitar América en 1882-1883, pero la Guerra del Pacífico y la sublevación republicana española de 1885 y otros avatares malograron el proyecto liquidado totalmente al morir Alfonso XII (1885). Esta imagen, libre de la antigua ganga o escoria, se fue aclarando y se perfilaría más cuando España dejara de tener posesiones ultramarinas. Al decir «esta imagen» nos es-

⁵ BÉCKER, Jerónimo, *La independencia de América (su reconocimiento por España)*, Madrid, 1922.

tamos refiriendo tanto a la imagen de España en América como a la imagen de América en España⁶.

Los intervencionismos que España lleva a cabo en Méjico (1861), Santo Domingo (1861-65) y Perú (1864-660, trajeron al primer plano de la actualidad política la imagen de América. Algunos de los testigos de estos conflictos nos dejaron unas sabrosas estampas del mundo americano que ellos vieron⁷. Pero esa era una imagen particular, que nada tenía que ver con la oficial, sobre la cual se notaba la política española desplegada por muchos gobiernos e intelectuales hispanoamericanos. América era algo nebuloso. Se impone investigar en los informes que Embajadas y Consulados españoles comenzaron a enviar entonces para obtener la ajustada imagen que nos interesa. Por lo menos: la imagen fragmentada de los diplomáticos que, unidas, daban al gobierno de Madrid un rostro único⁸. En él, por supuesto, primaba la región antillana sobre la cual, y distorsionándola, se superponía la imagen de Estados Unidos descaradamente interesados por Cuba desde la administración de Jefferson.

La guerra hispano-cubana y la intervención norteamericana, tras la explosión del acorazado «Maine», aportó una imagen que se mezcló con la que el Centenario del Descubrimiento (1892) había construido y difundido. La imagen de 1892 se adobó con la gesta heroica del descubrimiento y conquista. Imagen que, brutalmente, rompió la derrota del 98. Fue entonces cuando el país hizo más suya una cara de América a través de Cuba y Puerto Rico. El dicho, aún vigente en España de «Más se perdió en la guerra de Cuba», demuestra la valoración, más espiritual que material, que el español hizo del último retazo de América.

El pueblo español fue más consciente del 98 que del 24. El año de 1824 (Ayacucho) no se consideró—paradoja— como una liquidación; el año 98, sí. El 98 afectaba a la patria más que el 24. La actitud es comprensible y explicable: en 1824 lo que se dirime es una guerra civil, entre hermanos. Por eso no

⁶ BÉCKER, Jerónimo, *loc. cit.* Introducción.

⁷ OLIVER BERTRAND, Rafael, *La vuelta al mundo de la fragata "Numancia". Cartas crudas, gordas y caladizas de José Emilio Pando de Figueroa*. "Anuario de Estudios Americanos", Sevilla, XI, 1954.

⁸ En el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, dentro del Archivo Histórico, existen dos secciones denominadas *Política* y *Correspondencia*, que se complementan, formadas por los informes de Consulados y Embajadas. Cada país americano cuenta con sus propios legajos. A partir de 1929 cambia la estructuración del Archivo y la documentación se dispone por materias. Lo relativo a Cuba, Puerto Rico y Filipinas está en la sección *Ultramar*. Por parte española puede afirmarse que este precioso material no ha sido explorado y es una verdadera lástima. La contrapartida (la imagen de España) se encuentra en los informes de los diplomáticos hispanoamericanos.

hubo rencores. En 1898 lo que se da es una guerra contra un enemigo. En 1824 lucharon dos hermanos y uno ganó; en 1898 pelearon dos enemigos y también uno se alza como vencedor de modo poco caballeresco y con exigencias humillantes. Por eso se consideró pérdida, liquidación, el 98 y no el 24. Cuba y Puerto Rico (con Filipinas) eran España en 1898 para todos los españoles; el mismo Winston Churchill, testigo presencial, reconoce que los españoles «Tenían el mismo concepto y usaban el mismo lenguaje para su patria y para sus colonias [...] Hasta entonces yo sentía, secretamente, una cierta simpatía por los rebeldes o, al menos, por la rebelión. Pero ahora comencé a comprender cuán desdichados eran los españoles ante la idea de perder la Perla de las Antillas y comencé a sentir por ellos una gran piedad»⁹.

Más que imagen, de lo que aquí hablamos es de impacto. El pueblo que fue a la guerra entre soflamas patrióticas (honor, patria, bandera) y delirios, despreciando y menospreciando al enemigo (hay todo un cancionero que recoge esto¹⁰), cayó bruscamente en la realidad cuando supo lo acontecido en Cavite y Santiago de Cuba y conoció las exigencias norteamericanas. Tristeza y amargura embargó el ánimo nacional. A las noticias, a los hechos consumados, se unía la estampa del soldadito repatriado. Dos fueron las imágenes de América: la de los intelectuales y políticos, y la del pueblo. Algo sabemos de la reacción de los intelectuales¹¹. Una minoría fue consciente de lo que acontecía según recuerda Pío Baroja¹². La idea popular la hallamos en el Cancionero popular, donde América figura como la manigua, «Cubita la bella», la «ingrata tierra», el «último florón»..., el escenario de la epopeya colombina, cortesiana y pizarrista, América era el ámbito de un imperio que «sólo una firma de arruinarlo acaba»: la firma del Tratado de París.

El Centenario había servido para múltiples manifestaciones hispánicas; el desastre vivido siete años más tarde (para Hispanoamérica significó el aumento del miedo al vecino) impuso una corriente de simpatías hacia España; pero en la realidad los frutos de estos sentimientos fueron mínimos. Al perder España todo carácter de potencia colonial, después del Desastre, los países hispanoamericanos —recelosos por el comportamiento expansionista del vecino norteño y anhelosos de acentuar su hispanismo según algunos de sus representantes (Rodó, Rubén)— sintonizaron más cordialmente con España. Surge

⁹ CEPEDA ADÁN, José: *El 98 en Madrid*, Madrid, 1974, p. 7.

¹⁰ GARCÍA BARRÓN, Carlos: *Cancionero del 98*, Madrid, 1974.

¹¹ LAIN ENTRALGO, Pedro: *La generación del Noventa y Ocho*, Madrid, 1948.

¹² BAROJA, Pío, *Memorias*. Apud. *Obras completas*, VII, p. 652. Madrid, 1949. MORAL, Carmen de, "Baroja y la Guerra de Cuba", "Ínsula", XXVIII, núms. 308-309, julio-agosto, 1972, pp. 11-2.

un empeño por mayores conocimientos mutuos y colaboraciones; se firman tratados comerciales; se crea el Banco Hispano-Americano; hay visitas oficiales como la de los marinos de guerra argentinos, etc. El síntoma de este estado de ánimo del cuerpo hispánico lo evidencia el «Congreso Social y Económico Hispanoamericano» organizado por la Unión Iberoamericana, al concluir el siglo XIX.

Estamos ante una nueva etapa. Etapa que nace a consecuencia de la actitud de EUA en el caso cubano y el resultado final de su intervención (dominio de Puerto Rico, mediatización de Cuba, apoderamiento de Filipinas). El camino hacia la nueva fase lo abre el citado Congreso; desgraciadamente todo se quedó en proyectos al no saberse organizar un futuro común, como Ortega y Gasset reconocía 25 años más tarde en *La rebelión de las masas*.

Entre el año 98 y el de 1929, tiempo de una generación, discurren unos años en que se ponen las bases para que la imagen de América varíe sustancialmente. El proceso de aproximación se continúa. Dos infantes de España viajan al Nuevo Mundo en 1910 y 1920. Alfonso XIII proyecta visitarlo y manifiesta que quiere «hacer de Sevilla el pie del americanismo». Se programa la creación de centros e institutos americanistas. Rafael Altamira y Jerónimo Bécker recogen el sentir de entonces y se explayan en el análisis de las relaciones hispanoamericanas. Pensando en el viaje del soberano a América, Altamira publica en 1921 su libro *La política de España en América* con el fin de colaborar en dicha visita. Altamira admite que las condiciones para desarrollar una política americana — de la que se ha carecido — son favorables, y que sólo hace falta la voluntad pues los delineamientos de la tarea a desarrollar están trazados. Hasta la fecha, dice, no se ha plasmado ni la vigésima parte de lo que permiten las posibilidades españolas. El retraso español está amenazado por la competencia extranjera. El que luego sería viejo maestro americanista cita el Congreso de Juventudes Hispano-Americanas y las dificultades puestas a los estudiantes de América que solicitan continuar sus estudios en España como síntomas de esta falta de voluntad. Altamira urge y brinda todo un programa en su librito¹³.

Bécker, también por entonces (1920), manifiesta que no está satisfecho de la tarea realizada y lo repite dos años más tarde. Elige que junto a la reconquista espiritual de los sentimientos, lograda con relación a la América hispana, hay, que lograr la reconquista espiritual en el campo de las ideas. Acusa —como Altamira— a los gobiernos y centros culturales de la total despreocupación que se vive con relación a los asuntos americanos. Se desconoce el movi-

¹³ ALTAMIRA, Rafael, *La política de España en América*, Valencia, 1921.

miento científico, se reciben pocos libros de Hispanoamérica (lo mismo sucede allí respecto a España), se leen pocos libros españoles, la prensa española carece de corresponsales, etc. En el terreno de las relaciones diplomáticas, afirma, el panorama es negativo puesto que las embajadas americanas en Madrid están incompletas o tienen el mismo representante para Madrid y París, residiendo en esta última capital. Los diplomáticos españoles carecen de la necesaria preparación y el mismo Ministerio de Estado no está organizado para responder a las exigencias de América. Urge, clama Becker, levantar el sentimiento de raza y mantener viva la tradición para evitar la despañolización de Hispanoamérica. Recuerda la postura de Becker a la de Varela y Unamuno. El salmantino, como el andaluz y el vasco, tras afirmar que las relaciones con las repúblicas hermanas no deben reducirse a tratados comerciales y protección a la propiedad intelectual (importante, pero no fundamental) solicitan que se haga lo posible porque en Hispanoamérica no se desnaturalice el carácter de lo español y se viva la tradición hispana. Todos los hispanos, clama, deben de comulgar con las mismas ideas, conservar los rasgos característicos de la raza y ser hijos de una sola patria¹⁴.

A finales de la década del 20, la política, la cultura y la economía se mezclan para dar vida a la Exposición Iberoamericana de Sevilla, sobre una idea lanzada en 1908, a los diez años del Desastre. Pero este aspecto lo tocaremos en otro apartado.

Con el estreno en 1931 del régimen republicano, España introdujo variantes en las relaciones con Hispano-América.

La II República Española puso su atención en Ultramar y una corriente de mutuas simpatías corrió entre una y otra orilla. El común régimen republicano favorecía esta ósmosis y acercamiento. Ya el raid del «Plus Ultra» (1926) a Buenos Aires fue un antecedente del vuelo del avión «Jesús del Gran Poder» a Suramérica y del «Cuatro Vientos» a Cuba con Barberán y Collar (1933). Su misteriosa pérdida yendo de Cuba a Méjico agrandó y acercó la imagen de América que seguía siendo, sobre todo, Antillas, Méjico, Brasil y Río de la Plata. Aparte de Estados Unidos, claro. La expedición científica del «Albatros» al Amazonas estuvo en esa línea de mutuos acercamientos oficiales. Para las capas populares también América se clarificaba, aunque referida siempre a determinados países y afectando más en unas regiones (Galicia, Asturias y Canarias) que en otras, a causa de la secular emigración. El Estado, interesado en la emigración, en las relaciones económicas, en la colaboración cultural,

¹⁴ BÉCKER, Jerónimo, *Loc. Cit.* Introducción. En 1925, la diplomacia española tenía acreditados 23 miembros en Hispanoamérica. PIKE, E. B., *Loc. Cit.*, p. 235. En 1930 serían 34.

puso las bases en la década del 30 de los organismos americanistas que serían la célula de los centros nacidos en los 40. En Sevilla se fundó el Centro de Estudios de Historia de América, de corta vida; se fundó la revista «Tierra Firme», que al estallar la guerra civil desapareció. Pero la semilla estaba arrojada. Una nueva política comenzaba en 1936. La guerra de España se vivió en América como cosa propia, y la presencia de exiliados llevó y trajo nuevos rostros de América y de España. Porque también la imagen de España en América había ido cambiando con los años. La España vencedora en la contienda civil inauguró una política que podemos denominar «Política de la Hispanidad» y que merece todo un análisis. Al español se le ofreció una imagen oficial del Nuevo Mundo, relacionada con las antiguas gestas. Esa América, en los inicios de la nueva era, es la que vemos en las obras de Ramiro Maeztu¹⁵. Maeztu en sus escritos hace toda una interpretación del Descubrimiento-Conquista (gran obra humanista), del período colonial (obra cultural a cargo, sobre todo, de los religiosos), la independencia (originada por el orgullo de los criollos reacios a ocupar un segundo puesto y causante de la ruina del ideal común logrado en el XVIII), y del siglo XIX (con su falso concepto del Estado), del Desastre (consecuencia del secular conflicto entre hispanos y anglosajones), del siglo XX... Un siglo XX en el que se debe imponer la Hispanidad y entendiendo por tal la unidad espiritual. Esta Hispanidad definida ya por Unamuno como veremos, fue vista con recelos por gran parte de Hispanoamérica, pero bajo su prisma hay que indagar la cara oficial de América para la España que va de 1936 a 1976. Una interpretación de los artículos y ensayos dados a conocer en revistas como «Estudios Políticos» y «Cuadernos Hispanoamericanos» y «Mundo Hispánico» permitirá realizar los trazos de tal imagen¹⁶.

Al lado de esta cara oficial de América hubo otra, menos retórica, la que veremos en la historiografía por ejemplo. Hacía ya tiempo que la idea de una América más relacionada con la épica del XX que con los problemas del siglo XX, había quedado atrás. La Hispanidad sigue vigente, pues el concepto responde a una realidad, factible de llamar de otra manera, pero existente: comunidad de pueblos hispánicos. Ya España no es una «madre patria», sino una hermana más. A nivel oficial en nuestro momento la figuración de América está muy en correspondencia con la realidad problemática —diversa y única— de América y bien lejos del rostro americano entrevisto a través de patrioterros y huecos discursos.

¹⁵ BANCROFT, Robert: "América en la obra de Maeztu". *Revista Hispánica Moderna*. Año XIII, julio-octubre, 1947, núms. 3 y 4, pp. 236-48.

¹⁶ MARTÍN ARTAJO, *Hacia la comunidad hispánica de naciones*. Madrid, 1956. GIL SERRANO, Rafael, *Nueva visión de la Hispanidad*, Madrid, 1976.

II. LA IMAGEN INTELECTUAL

A) En la historiografía

El siglo XIX fue un digno cultivador del americanismo. Dos hechos decisivos en la historia de España —pérdida del continente (1808-1824) y pérdida de las Antillas y Filipinas (1898)— pudieron influir, junto con la conmemoración del Centenario del Descubrimiento (1892) en la historiografía de aquel entonces. No ocurrió así en lo que al primer hecho se refiere, salvo el libro de M. Torrente (*Historia de la revolución Hispanoamericana*, Madrid, 1829-30, 3 vols.), que debió considerarse exhaustivo y suficiente porque nadie más tocó el tema hasta tiempos contemporáneos. El Desastre dio vida a una amplia literatura narrativa, justificativa (memorias), testimonial (diarios) y revisionista. Entre ambas fechas dramáticas quedó la de 1892, la del Cuarto Centenario del viaje colombino, que sirvió para, como siempre, lanzar una cuantiosa bibliografía donde hubo de todo; desde el opúsculo patriótico o triunfalista, hasta la monografía científica y serena. En este sentido la Real Academia de la Historia merece aún hoy plácemes por lo que llevó a cabo editando Colecciones Documentales.

Si examinamos la nómina de americanistas decimonónicos, bisabuelos o tatarabuelos de los actuales cultivadores del género, tendremos una cabal idea de cual fue la imagen —la preocupación o el interés— que en la historiografía española gozó el Nuevo Mundo. Se impone retener aus nombres —y no están todos de seguro— porque ellos merecen un análisis global. Bueno será que alguien haga una valoración de estos autores que a través de obras generales y estudios particulares pusieron las bases del americanismo español contemporáneo. Hay que hacer la historia de la historiografía americanista del siglo XIX. Todavía hoy, pasado cien años en algunos casos, sus aportaciones siguen en pie. Todavía hoy seguimos citando y usando a muchos de estos nombres: Martín Fernández de Navarrete (1765-1901), Manuel Colmeiro (1818-1894), Francisco Pi y Margall (1824-1901), Juan de Dios Rada y Delgado (1827-1901), José María Asensio y Toledo (1829-1905), Marcos Jiménez de la España (1831-1898), Cesáreo Fernández Duro (1830-1908), Emilio Castelar y Ripoll (1832-1899), Antonio Jiménez Placer (1833-1896), Justo Zaragoza (1833-1896), Antonio María Fabié y Escudero (1834-1899), Fidel Fita y Colomer (1831-1918), Rafael María de Labra (1841-1918), Manuel Sales y Ferrer (1845-1910), Juan Ortega Rubio (1845-?), Pedro Novo y Colson (1846-1930)... Todos nacidos en la primera parte del siglo que, salvo unos pocos, tuvieron tiempo para contemplar el abandono de América por España. En la

segunda parte nacerán Rafael Torres Campos (1853-1904), Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), Jerónimo Bécquer y González (1857-1925), Ángel Altolaguirre y Duvalé (1857-1959), Eduardo Ibarra y Rodríguez (1866-1941), Rafael Altamira y Crevea (1866-1951), Manuel Serrano y Sanz (1868-1932), Vicente Llorens Asensio y Toledo (1869-?), Cristóbal Bermúdez Plata (1880-1952), Antonio Ballesteros Beretta (1880-1949), Melchor Fernández Almagro (1893-1966), Juan de Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya (1893-1978), Agustín Millares Carlo (1893-1978), Emiliano José Pérez (1897-1961), Julio Guillén Tato (1897-1972), Amando Melón y Ruiz de Gordejuela (1895-1975), Ciriano Pérez Bustamante (1896-1975). Hay otros nombres, que ahora mismo desconocemos su fecha de nacimiento y muerte, que son americanistas decimonónicos de reconocido mérito: Francisco de las Barreas de Aragón, Segundo Izpizúa, Constantino Bayle, Germán Latorre, Pedro Torres Lanzas, José Pulido Rubio¹⁷.

¹⁷ El grupo de americanistas españoles del siglo XIX merecen un estudio de conjunto. Éste debe partir del examen de sus obras. No faltan los análisis individuales. Damos algunos de estos estudios como mera orientación: ALCEDO, Antonio de, *Diccionario Geográfico de las Indias Occidentales o América. Estudio preliminar por Ciriaco Pérez Bustamante*. Biblioteca de Autores Españoles, vol. 4, Madrid, 1967. ALTOLAGUIRRE, Ángel de, "Fernández Duro, americanista", Madrid, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, 1909, vol. II, pp. 289-95. AZNAR, Luis: "Precursores de la bibliografía histórica americanista". Humanidades, XXVIII, 1940, pp. 263-315. BALLESTEROS BERETTA, Antonio, En la *Revista de Indias*, núms. 39-44 se publicaron diversos artículos sobre su personalidad. BARRAS Y DE ARAGÓN, Francisco de las, Los últimos escritores de Indias, Madrid, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, 1947, vol. LXXXIII, pp. 587-643. BARRAS DE ARAGÓN, Francisco de las, *Los últimos escritores de Indias. Bibliografía de españoles del siglo XIX que escribieron sobre países de fuera de Europa o viajaron por ellos*, Madrid, 1949. BÉCKER, Jerónimo, "Fernández Duro, historiador y literato", Madrid, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, 1909, vol. II, pp. 279-88. BELTRÁN Y ROZPIDE, Ricardo, "Fernández Duro en las Academias", Madrid, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, 1909, vol. II, pp. 301-5. BIOGRAFÍA, "Nota de Marcos Jiménez de la España", Madrid, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, 1898, tomo XI- semestre, pp. 5-24. BONELLI, Emilio, "Fernández Duro, africanista", Madrid, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, 1909, vol. III, pp. 297-300. RATTO, María Esther, "Rafael M.^a de Labra y las relaciones hispanoamericanas", *Cuadernos Hispano-Americanos*, Madrid, 1972, pp. 111-26. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín, *Obras de D. Edición y estudio preliminar de D. Carlos Seco Serrano*, Madrid, 1954-55, 3 vols., 4.º, tomos LXXV, LXXVI, LXXVII. FRIAS, L. S. J., "La correspondencia científica del P. Fita", *Boletín de la Real Academia de la H.*, Madrid, 1917. IBARRA, Eduardo, "Necrología de Don...", *Revista de Indias*, núm. 11, pp. 379-82. JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos, *Relaciones geográficas de Indias-Perú*, Edición y estudio preliminar por José Urbano Martínez Carreras, Madrid, 1965. JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos, "Necrología", Madrid, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, Tomo XL, 1898, semestral, pp. 5-24. JOS PÉREZ, Emiliano, "Necrología", *Revista de Indias*, núm. 83, año 1961. Escribe C. Pérez Bustamante. JOS PÉREZ, Emiliano, "Necrología", *Revista de Historia de América*, núm. 51, año 1961, pp. 163-4. MALAGÓN BARCELONA, Javier, "Las clases de D. Rafael Altamira", *Revista de historia de América*, núms. 61-2, p. 207, enero-diciembre 1966. MANTECÓN

Un examen rápido, bastante superficial, de la producción de esta considerable nómina nos demuestra que sus atenciones se volcaron por lo general en torno a los descubrimientos y conquistas (Colón, Pinzones, Las Casas). Fueron escritos manuales generales de historia americana por algunos de estos tratadistas, entre los que no faltó el especialista en cuestiones muy monográficas: esclavitud, piratería y política de España en Antillas. Los diez y seis nombres que hemos querido rescatar del olvido, nacidos antes de 1850, tocan casi con exclusividad un tema: el Descubrimiento. En torno a este hecho aparecen las figuras de Colón, Cortés, Pizarro y Las Casas. La efemérides de 1892 pudo determinar este cultivo monográfico, al igual que una razón psicológica: después del desastre sufrido por los realistas en América (1808-1824) y la política antiespañola desplegada por muchos de los nuevos gobiernos, se vuelven los ojos hacia los siglos de la grandeza. Grandeza que se identifica con el reinado de los Reyes Católicos. La imagen de América en la historiografía es la de la América heroica nacida el 12 de octubre de 1492. Sólo tres del grupo se escaparon al embrujo del Descubrimiento-Conquista (Zaragoza, Novo y Labra). El nacimiento de Labra explica su especialidad. Nació en Cuba. Por eso su temática es el problema de su patria chica y el de la esclavitud. Tema este que tiene también una especial imagen si seguimos los debates en las Cortes Españolas.

De los nacidos en la segunda parte del siglo, sólo una decena tuvieron ocasión de vivir contando 30 ó 40 años las fechas de 1892 y de 1898. Es de presumir que entre estos hombres los dos sucesos (Centenario y Desastre) acapararan su atención. No fue así. El Descubrimiento y la Conquista, sí. Pero se percibe una ampliación de la temática en sus escritos. Menéndez Pelayo analiza la historiografía colombina y la poesía hispanoamericana; Altamira se ocupará de las Instituciones. A Novo y Colson le interesará la Guerra del Pacífico;

NAVASAL, José Ignacio, "D. Rafael Altamira: una etapa de la historiografía española", *Revista de Historia de América*, núms. 61-2, p. 189, enero-diciembre 1966. MARTÍNEZ RUIZ (AZORÍN), "Los libros de Labra", Barcelona, *La Vanguardia*, 25 febrero 1913. OTS CAPDEQUÍ, José María, "D. Rafael Altamira y su cátedra de la Universidad de Madrid", *Revista de Historia de América*, núms. 61-2, p. 217, enero-diciembre 1966. PÉREZ DE GUZMÁN, Juan, "El Excmo. Sr. P. R. D. Fidel Fita, s.j.", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1918. PÉREZ GOYENA, A., "El R. P. Fita y Colomer", *Razón y Fe*, núm. 50, pp. 259-62, 1918. RETRATO, "D. Marcos Jiménez de la España", Madrid, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, 1898, Tomo XL-semester, p. 4. REUNIÓN extraordinaria y sesión pública celebrada el día 31 de enero de 1905 en honra y memoria del Sr. D. Rafael Torres Campos, Madrid, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, 1905, vol. XLVII, pp. 177-203. SARALEGUI Y MEDINA, Manuel, "Fernández Duro, marino", Madrid, 1909, *Boletín de la Sociedad Geográfica*, vol. LI, pp. 273-78. SENDRAS Y BURIN, *D. Rafael María de Labra*, Madrid, 1887. VALGOMA Y DÍAZ-VARELA, D. de la, *El marino D. Martín Fernández de Navarrete, su linaje y blasón*, Burgos, 1944. ZAVALA, Silvio, "Necrología de Rafael Altamira (1866-1951)", *Revista de Historia de América*, núm. 61, 1951, p. IX.

Bécker pone su atención en la Independencia y relaciones internacionales; Millares Carlo sobresale como gran bibliógrafo; a Lozoya le atrajo la Historia del Arte; Fernández Almagro interpretó el fenómeno de la Emancipación; a Guillén le preocupó la historia marítima; Melón como Serrano y Sanz dejó aportaciones en torno a los primeros años de la colonización, etc. Jiménez de la Espada, que formó parte de la Comisión Científica a Suramérica de 1862, hizo notables aportes al campo etnológico... Con este panorama historiográfico se entra en el siglo XX; centuria en la que se dilata la temática de las investigaciones americanistas, se extienden los períodos históricos a abarcar y aumenta el número de los cultivadores.

Esto acontece, sobre todo, a raíz de la Exposición Iberoamericana de Sevilla (1929) y de la década del 30 en que se puso los comienzos del americanismo florecido a partir de 1940, una vez concluida la Guerra Civil. Entonces la ideología de la nueva España, políticamente hablando, se volvió de nuevo hacia la historia épica, imperial, del siglo XVI. Los alumnos de enseñanza media de los años cuarenta estudiaban un texto sobre esta historia —de la que no nos avergonzamos— pero que hay que examinar con objetividad, aunque al período se le llamase, como ha hecho en el setenta el inglés Elliot, *La España Imperial*. Si el intento oficial fue, pienso, enaltecer las obras épicas y la política de los Católicos Reyes y del emperador Carlos y su hijo Felipe II, los resultados a la larga fueron historiográficamente hablando inesperados. Y a la historiografía americanista española actual me remito. A la historiografía que lanza editoriales particulares donde se incluyen numerosas, tal vez demasiado, traducciones, y organismos oficiales como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y el hoy llamado Centro Iberoamericano de Cooperación.

¿Cuál ha sido la historiografía del siglo XX? ¿Cuál la imagen que en ella se nos da de América? Sobre la base de lo realizado por las figuras citadas del XIX, van a crearse y estructurarse en el XX una serie de organismos encargados de buscar y aclarar la cara del pretérito y del presente americano. A partir de 1930, según indicamos, se inicia esta etapa.

Al constituirse en Sevilla el «Centro de Estudios de Historia de América» (1932), cuya corta vida no deja de sentar una huella profunda, con trabajos de interés científico indudable. Es entonces cuando aparece la monografía sobre El Real y Supremo Consejo de Indias, debida a la pluma del Dr. Ernesto Schaffer. Simultáneamente, el Laboratorio de Arte de la Universidad hispalense, fundado en los comienzos del siglo por el maestro Don Francisco Murillo, tomaba un giro también americanista, y al propio tiempo que se fundaba en Sevilla la primera cátedra de Historia del Arte Hispanoamericano, abordábase

la publicación de los *Planos de Monumentos Arquitectónicos de América y Filipinas existentes en el Archivo de Indias*, por Diego Angulo, y aparecía el primer número de la revista «Arte en América y Filipinas».

El paréntesis de la guerra española marca una forzada interrupción en las publicaciones y estudios americanistas, que en modo alguno podemos considerar como desaparición del impulso adquirido. En el año 1940 se crea por el CSIC el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, «para cumplir la misión que a España incumbe en los estudios de Historia americana», reza el Decreto. En el año 1941 se establece en Sevilla la Sección sevillana del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, que pronto ha de rendir sus frutos, con la colaboración conjunta de sus miembros, en los primeros números de la naciente «Revista de Indias». Y en este mismo momento se inicia la publicación del «Catálogo de Pasajeros de Indias», debido a la iniciativa del entonces director del Archivo de Indias, Cristóbal Bermúdez Plata. Pero este retoñar de las actividades hispalenses se aúna también con las directrices culturales del Estado, que hemos de ver propenden a estrechar cada vez más los vínculos ideológicos e intelectuales con las naciones del Nuevo Mundo.

El movimiento del americanismo no queda reducido a partir de ahora a la mera labor de investigadores y de postgraduados, sino que, con un criterio más abierto, tendiendo a la incorporación total de los propios medios universitarios a este movimiento científico, da origen, en noviembre del año 1942, a la creación de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, de la Universidad de Sevilla. Organismo éste de carácter docente, al propio tiempo que investigador, en el que van pronto a cursar sus disciplinas una serie de estudiantes universitarios españoles y americanos. La doble finalidad antes apuntada, docente e investigadora, tiene como meta primordial la preparación y adiestramiento de los estudiantes, que luego han de seguir los derroteros de la investigación documental e histórica.

Pero, si bien el impulso ha sido único y constante, las razones administrativas determinaron el año 1945 la redistribución de la labor en los organismos americanistas hispalenses. Con la anhelada creación de una Sección, en la Facultad de Filosofía y Letras, para la enseñanza de la Historia de América, la Escuela de Estudios Hispano-Americanos pasó a depender del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, reservándose primordialmente el papel de organismo investigador que desde un principio le cupo. Cabe señalar cómo desde 1943 funcionan en La Rábida unos cursos de verano, que luego recibieron el espaldarazo definitivo con el nombre de Universidad Hispano-Americana de Santa María de La Rábida, y que actualmente ha perdido su carácter. Su labor, hasta hace unos 20 años fue complementaria de la que se llevaba a cabo

en la Facultad de Filosofía y Letras (Sevilla) y en la Escuela de EHA, sirvió, en primer lugar, para dar a conocer las primicias de la investigación de una serie de profesores y estudiosos que a ella tradicionalmente concurrían. En segundo lugar, para informar de las cuestiones referentes a América y a su Historia, a un crecido número de universitarios y extranjeros.

La función docente ha sido desempeñada, a partir de 1945 por la Sección de Historia de América de las Facultades de Madrid y Sevilla. La dotación de la mayor parte de sus cátedras cubiertas por oposición entre especialistas, ha permitido que hoy día en la universidad española los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras que deseen tener acceso a los estudios americanistas no tengan, como antes, que convertirse en autodidactas o esperar a adquirir una información de tipo general y dedicarse a la especialización después de haber obtenido el título de Licenciado. Todo ello permite una dedicación cada vez más patente por los problemas y cuestiones que dicha ciencia engendra.

Esto se demuestra ampliamente por el número de publicaciones periódicas consagradas a la Historia de América y por el número de monografías que anualmente lanzan las editoriales españolas tratando del mundo americano en sus diversos aspectos. Entre las revistas periódicas cabría citar, en primer lugar, a “Historiografía y Bibliografía Americanistas” (Sevilla), que viene recogiendo hace ya años la producción anual americanista española y que ha experimentado este año una total renovación, tanto en su formato como en su contenido mucho más amplio. Luego tenemos: «Revista de Indias» (Madrid), «Anuario de Estudios Americanos» (Sevilla), «Cuadernos Hispanoamericanos» (Madrid) y «Cuadernos Colombinos» (Valladolid), aparte de una serie de publicaciones que, como la «Revista General de Marina» o la «Revista de Estudios Políticos», «Razón y Fe», «Archivo Iberoamericano», «Política Internacional», «Estudios Geográficos», etc., recogen en sus páginas estudios sobre América.

Actualmente dos organismos consagran su quehacer a la tarea investigadora americanista: la Escuela de Estudios Hispanoamericanos (Sevilla) y el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo (Madrid), ambos dependientes del CSIC y donde trabajan algunos colaboradores e investigadores científicos del citado CSIC. Con otras funciones, pero íntimamente vinculado a la América actual y de ayer, está el Instituto de Cultura Hispánica llamado ahora «Centro de Cooperación Iberoamericana», que, como los anteriores, mantiene vivos los intereses por las Américas. El número de las publicaciones de estos organismos evidencian lo dicho. Y el Museo de América, en Madrid, es un testimonio de ese mundo americano de ayer y de hoy que nos preocupa.

Si tenemos en cuenta que en la actualidad existen cátedras de Historia de América en Madrid y Sevilla (con diversas especialidades), Barcelona, Valladolid, Murcia, La Laguna (Canarias), Granada y Córdoba, Podemos imaginar la cuantía de la producción historiográfica. Se hace imposible citar los nombres aunque sí remitimos a un folleto en el cual se encuentra una completa nómina de los estudiosos españoles que están consagrados al americanismo¹⁸. Sus obras y las de sus discípulos son las que vienen ofreciendo al país y a todos los interesados la científica e histórica imagen de América que se tiene y se va reconstruyendo Mas, como decíamos, no sólo los sorprendentes catálogos de los centros oficiales citados testimonian lo que en España se investiga. También las editoriales privadas dan cabida a decenas de títulos debidos a españoles y extranjeros traducidos. Hoy el español cuenta con un amplio repertorio bibliográfico para formarse una imagen de la América de ayer o de la actual.

Revistas como «Índice Histórico Español» o «El libro Español» o «Historiografía y Bibliografía Americanistas» recogen estas primicias.

B) En la literatura y ensayo

Desde el siglo XVI, desde los siglos de Oro, América estuvo presente en las letras españolas como han demostrado múltiples estudios¹⁹. Posteriormente

¹⁸ MORALES PADRÓN, Francisco, *Guía de americanistas españoles*, Sevilla, 1971.

¹⁹ AGUILERA, Miguel, *América en los clásicos españoles*, Bogotá, 1952. ARCO Y GARAY, Ricardo, *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, Madrid, 1942. CAMPOS, Jorge, "Presencia de América en la obra de Cervantes", *Revista de América*, Año VIII, abril-sept., núm. 28-9, pp. 371-404. CAMPOS, Jorge, "Hernán Cortés en la dramática española", *Revista de Indias*, año XI, enero-junio 1948, núms. 31-2, p. 198. CAMPOS, J., "Lope de Vega y el Descubrimiento colombino", *revista de Indias*, IX, núms. 37-8, 1949, pp. 371-754. CAPOTE, Higinio, "Las Indias en la poesía española del siglo de Oro", *Estudios Americanos*, vol. VI, núm. 21, junio-julio, Sevilla, 1953, pp. 5-26. DELGADO, Jaime, "Hernán Cortés en la poesía española de los siglos XVIII y XIX", *Revista de Indias*, Madrid, 1948, enero-junio, núm. 31-2, pp. 247-97. D'OLWER, Nicolás, "América en la obra de Cervantes", *Cuadernos Americanos*, México, enero-febrero 1948. FRANCO, Ángel, *El tema de América en los autores españoles del siglo de Oro*, Madrid, 1954. FLINT, Weston, "Colón en el teatro español", *Estudios americanos*, XXII, pp. 165-86, núm. 111, Sevilla, 1961. GARCÍA BLANCO, Manuel, "Tirso de Molina y América", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 17, Madrid, septiembre-octubre 1950, pp. 243-48. HAZAÑA Y LA RÚA, Joaquín, "Colón en el teatro de Lope de Vega", *Revista Contemporánea*, Madrid, 1898 (cit. por Morinigo). LOHMANN, Guillermo, "Francisco Pizarro en el teatro clásico español", *Arbor*, tomo V, mayo-junio, Madrid, 1946. MEDINA, José Toribio, *Cervantes americanista; lo que dijo de los hombres y cosas de América*, Santiago de Chile, 1916. MEDINA, José Toribio, "La Historia de América, fuente del antiguo teatro español", *Aulas de la Universidad de Chile*, CXL, Santiago de Chile, 1917. MIRÓ QUESADA, Aurclio, *Cervantes, Tirso*

vinieron los autores del período Neoclásico, Romanticismo y Realismo, Generación del 68, Modernismo, Generación del 98, Novecentismo, Generación del 27... Poco sabemos del grupo bautizado como Generación del 68: Varela, Alarcón, Pereda, Galdós, Clarín y la Pardo Bazán. No se ha buscado en sus obras la huella de América, como se ha hecho con el grupo del 98. Sin embargo Varela con sus *Cartas Americanas* y *Nuevas Cartas Americanas* fue un precedente de la actitud de Unamuno. Varela sostuvo unas relaciones epistolares y emitió una serie de juicios críticos sobre obras y autores de la América española que permitieron al público español conocer muchos valores de allende el Océano²⁰. Valera y Menéndez Pelayo fueron los descubridores intelectuales de América. Es muy interesante la Carta-dedicatoria que Valera dirige a Cánovas del Castillo (casado con una peruana) en las *Cartas Americanas* (1889). Se refiere el novelista a ese primer momento en las relaciones entre España y sus antiguas posesiones cargadas de recelo, desprecio y mutuas inculpaciones, y pasa luego a considerar que ha llegado un nuevo momento de simpatías, mutua curiosidad, y afianzamiento de la unidad cultural que la fragmentación política no ha destruido. Apunta el papel de la Academia de la Lengua en este aspecto y el de los similares centros que se van alzando por Hispanoamérica. El objetivo y pensamiento de Varela queda reflejado en esta frase: «La América española dista mucho de ser mentalmente infecunda.». Esa es su idea y a demostrarla se encaminan sus cartas dirigidas a autores trasatlánticos que le han remitido sus libros²¹.

Ganivet, Menéndez Pelayo, etc., tienen su idea de América y resulta muy interesante comprobar cómo el granadino Ganivet en su *Idearium español* señala lo que de negativo puede significar Estados Unidos para Hispanoamérica. Fueron ideas estas individuales, pero que encontramos con cierta homoge-

y *el Perú*, Lima, 1948, p. 220. MONTES, Hugo, "Góngora y América", *Finis Terrae*, Santiago de Chile, 1961, año VIII, núm. 32. MORINIGO, Marcos A., *América en el teatro de Lope de Vega*, Buenos Aires, Instituto de Filología, 1946. MORINIGO, Marcos A., "Indigenismos americanos en el léxico de Lope de Vega", *Revista Nacional de Cultura*, núm. 84, enero-febrero, Caracas, 1951, pp. 72-95. PEDRO, Valentín de, *América en las letras del siglo de Oro*, Buenos Aires, 1954, Edit. Sudamericana, 1955, 513. PEREÑA VICENTE, Luciano, "El descubrimiento de América en la obra de Fray Luis de León", *Revista Española de Derecho Internacional*, Madrid VIII, núm. 3, Madrid, 1955, pp. 587-604. PÉREZ BUSTAMANTE, Ciríaco, *España y sus Indias a través de la obra de Feijoo*, Madrid, 1965. RODRÍGUEZ CASADO, Vicente, "Lope de Vega en Indias", *Escorial*, núm. 34, agosto, Madrid, 1943. SAVELLI, Grazia, "Cristóbal Colón en Lope de Vega", *Studi Colombiani*, III, 1952, pp. 131-42. ZORAIDA VÁZQUEZ, Josefina, *La imagen del indio en el español del siglo XVI*, México, 1962.

²⁰ VALERA, Juan, *Cartas Americanas*, Madrid, 1889, y *Nuevas Cartas Americanas*, Madrid, 1890.

²¹ *Ibidem*.

neidad, por lo que a un aspecto se refiere (el Desastre) en la discutida Generación del 98. Se puede hablar de un redescubrimiento de América por parte de los hombres del 98, aunque aquella no pesó mucho en sus preocupaciones. Sólo Valle-Inclán conoció la geografía americana y él, con Unamuno, fueron los dos autores que intentan dar una versión de aquella geografía e historia, y de interpretarla a su manera. A los demás autores América les importó mucho como mercado frente al aislamiento o lejanía en que se vivía con relación a Europa. Sus libros van a Hispanoamérica, al igual que las compañías teatrales. Algunos, como Unamuno, colaboran en prestigiosos diarios («La Nación», «La Lectura»), pero el tema de América no cuenta pese a lo cual ellos, según intereses y gustos prosiguen el acercamiento del grupo del 68 y facilitarán el camino a las posteriores generaciones²².

Tres novelistas noventa-ochentistas, por sus contactos epistolares con Ultramar y colaboraciones o ensayos en torno a libros americanos y por sus vivencias del Desastre, dieron cabida al tema americano en su producción de tal manera que han merecido análisis específicos. Hay estudios sobre la imagen de América en Maeztu, en Valle-Inclán y en Unamuno. Algo se ha escrito también sobre Baroja y América. A Maeztu nos hemos referido. Unamuno prosiguió el papel de Don Juan Varela. La América de Unamuno, como la de Ortega (éste se limita al Río de la Plata o Argentina) es una América intelectual, literaria. Baroja recurre al Nuevo Mundo y se relaciona con él de otra manera. La América de Baroja es la de Aviraneta, la de los marinos del Norte que zarpan de Cádiz oloroso de productos americanos y trascendido todo de América. Valle-Inclán que anduvo por Méjico, nos dejó en *Tirano Banderas* y *Sonata de Estío* una tierra caliente, exótica, bárbara, desmesurada. Es la América del mestizo taimado, del indio sinuoso, del dictador cruel, de la niña Chole... Pasión, perversidad, tropicalismo. Paisajes y personajes que son más categorías estéticas que realidades. La estética preciosista de Valle-Inclán supo de las influencias impuestas por el Modernismo. Valle-Inclán describe la imagen de una parte de América, vista a través de una óptica desmesurada²³. Fue Valle-Inclán el único que se atrevió a llevar al paisaje americano a sus personajes, con propósitos, sin duda, muy distintos a los que movieron a ciertos autores americanos como Enrique Larreta (*La gloria de Don Ramiro*), Reyles

²² TORRENTE BALLESTER, Gonzalo, "La Generación del 98 e Hispanoamérica". *Arbor*. 56. Madrid, 1948, pp. 505-15.

²³ FUENTE, Francisco de la, "Expresión de América y de los personajes americanos en la obra de Don Ramón del Valle Inclán", *Humanidades*, Universidad Nacional de La Plata (Argentina), tomo XXIX, 1944, pp. 103-16.

(*El embrujo de Sevilla*), M. Gálvez (*El solar de la raza*), y J. Edwards (*El chileno en Madrid*) a presentar una imagen falsificada de España.

Ninguno de los representantes de la denominada Generación del 98 abarcó al mundo hispanoamericano como Don Miguel de Unamuno. Una simple ojeada al índice del libro escrito por el paraguayo Julio César Chávez²⁴ lo demuestra. Correspondió a Unamuno definir el concepto Hispanidad —y no a Maeztu— frente a la Latinidad. Con el vocablo Hispanidad Don Miguel designaba a la comunidad de pueblos que hablan español. Textualmente Hispanidad comprendía todas «aquellas cualidades espirituales, aquella fisonomía moral, mental, ética, estética, religiosa...». Su ámbito era todo el territorio habitado por los hombres que hablan español. España y la América española y no latina «porque eso de latina es poco claro —escribe Unamuno— y menos preciso: más una categoría lingüística que étnica». La base de esa Hispanidad estaba en la lengua, patrimonio de todos y en la historia común. Unamuno tocó múltiples temas culturales de Hispanoamérica. La Historia americana la ve en función del quijotismo, de ahí su exaltación de Bolívar. No distingue entre América y España, entre hispanoespañoles e hispanoamericanos. Hace idéntica estimación de la historia cultural de España que de la de Hispanoamérica a la cual considera como una “unidad de porvenir». Por esta identidad considera que, como en España, en Hispanoamérica el defecto clave es la envidia, nacida del ocio espiritual, que él relaciona con la ausencia de imaginación. En este sentido distingue entre imaginación y facundia, que es lo que poseen los hispánicos. Otro defecto mutuo es la autovaloración.

Frente al idioma defendió el «sobrecastellano», integrado por los aportes de todos, sin que nadie fuera dueño de la lengua. Porque Hispanoamérica no era hija de España, sino continuación de ella, al igual que lo eran los peninsulares. De ahí que estime que la cultura hispana es homogénea, igualitaria. No comulgó con el Modernismo y criticó el afrancesamiento cultural considerando que la «españolidad» era el ingrediente básico de la autenticidad de Hispanoamérica. Para Unamuno, como para Varela, la negación de lo hispano implicaba tanto como la incompreensión de lo propio y de lo ajeno. Unamuno tuvo conciencia de América; le dolía Hispanoamérica como le dolía España. Lo vemos opinar sobre Bolívar, Sarmiento, Montalvo, Martí, J. A. Silva, Rubén, R. Rojas, Vaz Ferreira, E. Gúzman, M. Gálvez, A. Reyes... Tiene su visión, imagen u opinión del porvenir de la lengua, de la historia de América, de la historia del Paraguay, de la historia de la Argentina, de la historia de Méji-

²⁴ CHÁVEZ, Julio César, *Unamuno y América*, Madrid, 1964. Vid. también de ÁLVAREZ DE MIRANDA, A., “El pensamiento de Unamuno sobre Hispanoamérica”, *Cuadernos Hispano-Americanos*, 13, Madrid, 1950, pp.

co, del Modernismo, de la literatura hispanoamericana... Escudriñó un dilatado cuadro cultural, porque sintió una inmensa necesidad de que los pueblos de habla hispana se conocieran entre sí. Unamuno sabe, y lo dice, que en España se ignora la literatura hispanoamericana, que nadie se interesa por las cosas de América. En las relaciones entre España y América impera la imprevisión y el prejuicio; los españoles siguen juzgando a los hispanoamericanos con criterio colonial; don Miguel exige tratarlos de tú a tú y acabar de una vez con lo que encierra la frase "Madre patria". Piensa que todo es posible de corregir y que llegará un día en que los «españoles abandonemos la necia pretensión de seguir siendo, ni en lenguaje ni en nada, la metrópoli, la madre patria, la que dirige y da la ley, y cesemos de ver esas repúblicas hijuelas nuestras». Con el mismo coraje que fustiga los prejuicios y actitudes españolas, arremete contra los prejuicios antiespañoles —la imagen de España— que dominan en tierras americanas. Le molesta sobre todo el papanatismo que lleva a los americanos a aceptar todo lo procedente de Londres y París (importado postizo) y rechazar lo español que es lo auténtico. Don Miguel solicita mutua colaboración, igualdad de derechos y comprensión. Con ello se podría lograr la unidad de los pueblos de lengua española²⁵.

Nos hemos entretenido en Unamuno no sólo porque él es el autor mejor estudiado en el aspecto que nos interesa, sino porque en él, como en ninguno otro de su época, se logra saber cómo era la imagen de América que dominaba en los literatos de su época. Similar inquietud demostrará Ortega y Gasset, pero la América de éste fue la Argentina.

En la prosa contemporánea o del siglo XX no falta tampoco la imagen de América. Más de un novelista ha tentado la suerte de utilizar al Nuevo Mundo. La imagen, como en el caso de Valle-Inclán, es fragmentaria. Vamos a referirnos a sólo cuatro autores o ejemplos: Sender, Cela, Ayala y Grosso. Sender, el más prolífero, nos lleva de la América amazónica del Loco Aguirre a la América caribeña del Prieto Trinidad, pasando por la andina de Tupac Amaru y la del SO y Oeste de EUA. Cela quiso con *La Catira* darnos el reverso de *Doña Bárbara*. Ayala en *Historia de Macacos* trazó un magistral cuadro de Puerto Rico, y en *Muerte de Perros* y *En el fondo del vaso* se refirió a la América de los dictadores. Finalmente, Alfonso Grosso con *Inés Just coming* recreó la atmósfera de la Cuba castrista de 1966. Todos estos autores han procurado aprehender el lenguaje de la zona donde situaban la acción tal como lo había ya hecho Valle-Inclán en sus sensoriales (*Carnosos* y *coloristas*) relatos. Sender realiza en este sentido una espléndida recreación en *La aventura equinoc-*

²⁵ CHÁVEZ, *loc. cit.*, pp. 29-30.

cial del loco Aguirre; y Cela tuvo que insertar al final un glosario de voces venezolanas; en tanto que Grosso incrustó modismos y extranjerismos que dominaban el español de Cuba (*chance, closet, piquera, jaibol, rocker, chou, ripoztar, guillao, trusas*, etc.).

El idioma es, no sólo un instrumento de comunicación, sino un vehículo para conocer la mentalidad de un pueblo. En la imagen que mutuamente América se ha formado de España y España de América, el idioma ha juzgado un transcendental papel. Hoy ya se admite —Unamuno lo dijo— que nadie es dueño del idioma y que, liberándolo de barbarismos y extranjerismos, todos estamos obligados a enriquecerlo. Hay no cabe duda, una imagen de América a través de la lengua. Imagen falsa, porque, por ejemplo, el habla de Cantinflas no corresponde a todo Méjico y menos a toda América. Sin embargo, son muchas las personas que consideran que hay que identificar el cantinflismo con mejicanismo. En este aspecto, las películas han sido el motor a través del cual se ha difundido esta falsa imagen lingüística.

Muy decisivo y elocuente sería el descubrimiento de la imagen de América en la literatura infantil. Quede por el momento apuntado el tema y es de desear que alguien pueda presentárnosla, ya que este instrumento formativo (literatura infantil), con el cine y la TV es el que comienza a modelar en las mentes infantiles unas imágenes, ideas o tópicos que, tal vez, impregnan durante toda la vida.

C) En las Bellas Artes

Durante el siglo XIX, la imagen de América en el campo artístico parece desdibujarse. Esta afirmación es cierta por lo menos en lo que se refiere a la Andalucía Occidental, si bien debe advertirse que la investigación histórico-artística sobre este siglo y comarca aún se encuentra en fase de realización.

A lo largo de la centuria es Cádiz la ciudad que mantiene un vínculo más estrecho; todavía hoy se ven en muchos hogares gaditanos objetos de artes suntuarias que hablan de una constante preferencia en esa época por los muebles de caoba o las más frecuentes piezas de sedas y marfiles filipinos. No hay, en cambio, en las artes mayores, indicios de un conocimiento cabal de lo que se daba al otro lado del mar y no puede hablarse de influjo alguno en este aspecto.

En las postrimerías del siglo, cercano el Centenario del Descubrimiento (1892), se vive en la nueva provincia de Huelva un fervor comarcal que procura reivindicar para sí la génesis del descubrimiento de América. Fruto de esta tesis es el nacimiento de la Sociedad Colombina en 1880 —una de las socie-

dades americanistas más antiguas de España— dedicada a glorificar la figura de Colón y restaurar dignamente los lugares de la provincia vinculados a la empresa descubridora; es así como surge la restauración del monasterio de La Rábida en la década de los años ochenta con apoyo de la Corte, que envía al arquitecto Ricardo Velázquez Bosco, quien contó con la colaboración del arquitecto jerezano Francisco Hernández Rubio. Las obras en el irreconocible Puerto de Palos fueron más lentas y prácticamente se han terminado en nuestros días. El monumento al Descubrimiento fue obra del mismo arquitecto Velázquez Bosco, sustituido en 1942 por la columna conmemorativa que actualmente se ve.

Poco más puede añadirse en ese siglo con respecto a este tema; en cambio a poco de comenzar el siglo XX, Sevilla y Cádiz se sumaron a este interés americanista. En 1910 se creó en Cádiz la Academia de Ciencias y Artes Hispano-Americana, con especial empeño, entre sus fines, de dar a conocer la vida intelectual y artística americana de los siglos XIX y XX.

En Sevilla, el movimiento es más amplio: el largo siglo XIX había empobrecido la ciudad y su comarca; constantes problemas agrícolas e industriales no atendidos habían determinado un bajo nivel de vida; se pensaba entonces que los mejores días de esplendor de la ciudad habían sido los de su vinculación a las Indias, y se llamó la atención sobre ello desde la prensa, el “Ateneo”, las cátedras universitarias, academias, etc., de modo que llegó a sentirse la necesidad de una nueva unión con América, como algo vital y que daría a la ciudad oportunidad para su «Renacimiento» cultural y económico. El ejemplo de la «Renaixensa» catalana pesaba quizá en el ánimo de los *voceiros de esta colosal empresa a la que se convocó a la población, ilusionada con una hermosa idea que no llegó a triunfar del todo, pero que determinaría en gran parte el aspecto urbano de la Sevilla del siglo XX.*

Fue en 1908 cuando el diputado a Cortes por Sevilla don Luis Rodríguez Caso lanzó la idea de una exposición Hispano-Americana como núcleo del que debería salir un nuevo vínculo de la ciudad con el Atlántico, pero el camino que se había de recorrer era largo. Prosperó la idea y la imagen de América se fue acrecentando. Hacia 1911 se fundó el Centro de Estudios Americanistas de Sevilla con base en el Archivo General de Indias y la Universidad que ya para entonces tenía en proyecto una Sección que funcionase como Universidad Hispano-Americana según borrador remitido a la superioridad en 1911. En mayo de 1913 se edita el «Boletín de Estudios Americanistas», órgano del mencionado centro y que también desde sus páginas contribuye a fomentar la idea de la exposición artística y comercial. Debe igualmente citarse la revista «Exposición», que gracias a un esfuerzo individual se convierte no en porta-

voz oficial, pero sí en el medio de mayor difusión con vistas al cercano certamen. Se iba así creando un clima propicio y la población entera, como se ve por las páginas de la prensa de esos días, parecía participar de esa aventura no exenta de romanticismo e interés que habían de devolver a Sevilla su papel rector dentro de las ciudades hispanas y las de su stirpe.

La Exposición según reglamento de 1913 se pensaba celebrar del 1 de enero al 30 de octubre de 1916, año para el que estarían terminadas las reformas urbanas que precisaba la ciudad, así como una serie de edificaciones que se entendía habían de ser expresivas del arte más ligado a los días poderosos de Sevilla; el islámico, el renacentista y el barroco, todo lo cual llevaría a las realizaciones arquitectónicas que se habría de procurar fuesen auténticamente españolas y no como los pabellones montados para las últimas exposiciones celebradas en Londres, Bruselas, París y Roma.

La Exposición estaba orientada hacia dos vertientes, una estrictamente artística y otra de carácter agrícola, industrial y comercial. La primera estaba a su vez dividida en dos aspectos, uno que versaba sobre el movimiento de las artes contemporáneas en el continente americano presidida por el Conde de Aguiar, y la segunda sobre arte retrospectivo, presidida por el académico D. José Gestoso Pérez.

Acontecimientos, como la crisis peninsular del año 17, la primera guerra mundial, el difícil período de 1920 a 1923, etc., determinaron que se postergara la realización del certamen una y otra vez, pero las obras continuaron, aunque lentamente, si bien fueron aceleradas durante los años de la Dictadura de Primo de Rivera. El gran arquitecto Aníbal González fue el artífice de los edificios más suntuosos de la Exposición, pero en general la Ciudad toda contribuyó a una mejor fisonomía gracias a nuevas avenidas, remodelación del parque, barrios enteros que nacieron entonces y revitalización de diversas instituciones con miras a una participación activa en el certamen²⁶.

Por esos años nacía en España la arquitectura de los regionalismos, que también en Sevilla dejó muchas huellas, sobre todo en la actividad del arquitecto E. Juan Talavera y Heredia; pero América aún no había llegado. Ello ocurría de la mano de los arquitectos y artistas residentes en el nuevo continente, formados en las ideas de resurrección de lo americano en las formas artísticas, defendidas primero por Ricardo Rojas en su *Eurindia*, y luego por Ángel Guido en *Redescubrimientos de América* en el arte. De este modo surgió en América sobre todo en Argentina, Perú y Méjico, una arquitectura que

²⁶ PIKE, Frederick B., *Hispanismo. 1898-1936. Spanish conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*, London, 1971.

procuraba integrar elementos prehispánicos con otros de raigambre hispana, de los que se consideran exponentes los nombres de Martín Noel, Piqueras Coto-lí, Anábilis, etc., que fueron precisamente quienes concurren a Sevilla para hacerse cargo respectivamente de los pabellones de Argentina, Perú y Méjico, sin lugar a duda los más bellos y representativos de esas tendencias integradoras y que aún se conservan como testimonio del monumentalismo y riqueza con que se proyectó la Exposición. Ésta se había convertido para entonces en Ibero-Americana, título con el que al fin se realizó en 1929, satisfaciendo muchas viejas ilusiones, pero defraudando en el aspecto económico debido a la crisis mundial de ese año e inmediatos sucesos de la historia española que hicieron languidecer una vez más las esperanzas de una revitalización de la economía hispalense. No obstante en el campo artístico la Exposición fue digna, tanto por lo que se refería a realizaciones artísticas locales o regionales como hispanoamericanas; y tanto los edificios construidos como los catálogos de las exposiciones que se montaron sirvieron entonces y aún hoy se utilizan por los estudiosos de la materia como muestra del interés con que se vivió el certamen, además de poderse conocer por dichos catálogos muchas piezas americanas pertenecientes a iglesias conventuales, clausuras y de particulares que hoy son de difícil reproducción.

Fue este aspecto artístico precisamente el único que se mantuvo vivo en la ciudad en los años difíciles vividos a continuación. La Universidad de Sevilla creó según consignamos ya en la Facultad de Filosofía y Letras en 1930 la Cátedra de Arte Hispano-Americano, única en su género en toda la península y que en torno al maestro Francisco Murillo Herrera y Diego Angulo Íñiguez reunió buen número de estudiosos del arte indiano y andaluz, muchos de ellos venidos exprofeso de tierras americanas. Fue un núcleo activo, que viajó y fotografió buena parte del continente americano y como fruto se dieron varias publicaciones que hoy son básicas en la historiografía americana. Su actividad enlaza con la fundación de la Sección de Historia de América de la misma Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla, cuyas tareas son suficientemente conocidas hasta la fecha.

En tiempos recientes la imagen de América en lo que al arte se refiere se ha clarificado gracias a una bibliografía más precisa, sobre todo en centros eruditos que han favorecido la exhibición de obras de artistas americanos, publicación de libros sobre diferentes aspectos de las bellas artes, así como seminarios y coloquios de interés; destacan en estas labores las exposiciones continuas del ex Instituto de Cultura Hispánica, las ediciones de la Escuela de Estudios Americanos, con varios títulos dedicados al arte americano, la exposición celebrada en el Archivo General de Indias sobre Urbanismo en América y el I simposio sobre arte Hispanoamericano celebrado en la Universidad Hispa-

no-Americana de Santa María de La Rábida en septiembre de 1977. El ex Instituto de Cultura Hispánica sigue organizando exposiciones de artistas hispanoamericanos entre las que destacan las famosas Bienales, que han permitido ir ofreciendo la imagen artística de Hispanoamérica. Una de estas imágenes está permanentemente montada en Madrid: la representada por el inigualable Museo de Artes Populares Americanas. Junto a la sede del Museo de América (consagrado al pretérito) se yergue este otro Museo, único en su género y que ofrece un integral panorama de lo que son las ricas y variadas artesanías populares de Hispanoamérica.

D) En la prensa

La prensa española, nacida en el siglo XVIII, ha tenido siempre presente al mundo americano. Un autor²⁷ manejando prensa gaditana, ha recogido la imagen que los periódicos fueron ofreciendo al público español de lo acontecido en América, a partir de 1808.

La prensa es una especie de termómetro —y también de instrumento conductor de la opinión que el hombre se forma sobre los acontecimientos. El último papel señalado, el de hacedor de mentalidades, no lo tenía tan agudizado a principios del XIX como ahora en que hay que hablar de «prensa independiente», lo cual quiere decir que la mayoría no lo es, que está sometida a unas ideologías o grupos. Los periódicos del XIX tuvieron también su ideología, sus presiones, sus intereses, así y todo, en los periódicos del primer cuarto de siglo es posible rastrear la atmósfera de ideas imperantes, la impresión, que el país fue teniendo de la guerra ultramarina. Ya dijimos que en los intelectuales se nota un escaso eco; pero en la prensa no acontece lo mismo. Los periódicos informan, aunque sobre sus noticias se deje sentir la ideología del editor o la coacción estatal.

La primera noticia de prensa sobre la sublevación hispanoamericana la dio «El Español», editado en Londres por el sevillano José M.^a Blanco White. La misma noticia, recogida por «El Observador» de Cádiz, fue la primera que conoció el público peninsular. A partir de entonces la «Gaceta», «El Telégrafo», «El Conciso», «El Procurador», «El Universal», etc. mostraron el panorama de los hechos y, a la vez, brindaron el estado de la opinión pública. La problemática nacional hizo que no siempre la prensa recogiera los sucesos americanos como a nosotros hoy nos gustaría. Aunque, como apuntábamos al tratar de la Literatura, la pérdida de Hispanoamérica no parece haber originado

²⁷ DELGADO, Jaime, *La independencia de América en la prensa española*. Madrid, 1949.

un sentimiento colectivo ni, como acabamos de manifestar, la prensa volcase toda su atención en los sucesos ultramarinos. Con todo, es fácil indagar en las columnas periodísticas la impresión que ocasionó la separación de América, así como la política seguida por el Gobierno. La prensa criticó a esta política, la prensa habló de los acontecimientos, la prensa se refirió a los intentos de reconquista, etc., etc.

Vivido el trauma de la Emancipación, los periódicos, como todavía no hace mucho, darán esporádicas noticias, muchas veces cargadas de sensacionalismo, salvo cuando se trata de acontecimientos de gran trascendencia como puede ser el triple intervencionismo británico-galo-hispano en Méjico; la guerra de España con Perú y Chile; la Guerra de Secesión; la reanexión de Santo Domingo; la Guerra del Pacífico; la Guerra hispano-norteamericana; la Revolución Mejicana..., etc. En la segunda mitad del siglo XIX revistas como «La América»; «Crónica Hispano-Americana» (1857-1885); «El Correo de España»; «Revista Hispano-Americana» (Madrid 1872-74); «La Ilustración española y americana» (Madrid 1857- 1921); «Revista Hispano-Americana» (Madrid 1866-1872); «Revista de la Unión Iberoamericana» (1886-1926), muestran gran riqueza en artículos, noticias e ilustraciones. Los lectores (no olvidar el alto porcentaje de analfabetismo entonces) podían hacerse con una cabal imagen de los acontecimientos americanos. Acontecimientos como la guerra Hispano-norteamericana merecieron muchas páginas, fotos y dibujos. Artículos, versos y declaraciones de políticos se suceden en este caso integrando un voluminoso material testimonial. El público lector pudo tener su imagen de lo que acontecía en Cuba y de la política seguida en Cuba, de la actitud de Estados Unidos y del comportamiento de los patriotas cubanos. En este sentido merece saberse que la causa cubana contó con más de un diario, nacido exclusivamente para batallar por ella; y el mismo Martí escribió por tres veces en periódicos de Sevilla, una vez en Cádiz y otras en Zaragoza y Madrid.

Hay una visión de América en la prensa decisiva y trascendental: la que ofrecen los anuncios para atraer emigrantes. Consignatarios, dueños y agentes de barcos, insertan en la prensa —sobre todo de la segunda mitad del XIX— anuncios relacionando las diversas expediciones, condiciones de los buques, precios de los pasajes, etc. Al margen de estos anuncios encontramos folletos, guías explicativas de los países, etc., que los gobiernos americanos o sus «enganchadores» distribuyen. En todos estos sistemas de atracción el país americano interesado en absorber mano inmigrante aparece como feraz, rico, de óptimo clima. De la Argentina, por ejemplo, es posible leer en algunas de estas propagandas:

«[...] posee una extensión inmensa de tierras fertilísimas, con un clima templado, saludable, abundante en mantenimientos, pues, su principal riqueza consiste en el ganado vacuno y lanar; tiene una población escasa en comparación con su grande extensión, para utiizar su fabulosa feracidad, y por esto desean, naturalmente, atraer a sí hombres laboriosos y de buena conducta, y brazos que en sus tierras hagan productiva tanta riqueza oculta.”

En una propaganda para atraer gente hacia Venezuela de 1882 se les comunicaba a los canarios que el «Ilustre Americano», Guzmán Blanco, es decir su gobierno, pagaba el flete, la estancia en la Guaira, el traslado a Caracas u otro puerto de destino, los derechos consulares de pasaporte... Se les consideraba enseguida ciudadanos venezolanos, se les eximía por diez años de todo servicio militar, se les daba un título provisional de propiedad de seis hectáreas que dedicarían al cultivo que quiera, etc., etc. El panorama no podía ser más lisonjero²⁸.

Al desesperado y posible emigrante —en este caso a los canarios— se les pintaba una especie de tierra bíblica o del maná que, unas veces, encontraba, pero otras no.

Un autor francés²⁹ ha recogido ampliamente la imagen que de América se tenía en la España de 1900 a través de la prensa. El sentimiento de dolor, de total desastre, de humillación, se conjugaba con la conciencia que se tenía de vivirse un momento económicamente desastroso a causa de los gastos de la guerra y la pérdida de un mercado nada despreciable: de los 215.000.000 de pesetas a que ascendía el valor de las exportaciones entonces, unos 140.000.000 los pagaba Cuba. La solución consistía, se manifestaba, en recuperar los mercados hispanoamericanos. Para hacer realidad esto y captar el conocimiento que en lo económico, social y cultural se tenía en España de Hispanoamérica, se celebró en Madrid, en noviembre de 1900 el I Congreso Social y Económico Hispanoamericano. A través de periódicos como «El Nacional», «La Correspondencia de España», «El Liberal» y revistas como «España Moderna», «Revista Nueva», «Revista Contemporánea», «Blanco y Negro», y «Revista de la Unión Iberoamericana», Dugast ha indagado la visión tenida de América entonces. La última revista sobre todo, le ha servido de mucho. Allí se plasman interpretaciones sobre errores de política colonial; se ve cual era la situación de las relaciones económicas, sociales y culturales y la posibilidad de establecer un futuro común. El sentimiento de indefensión, la apatía y pesimismo que afectan

²⁸ HERNÁNDEZ GARCÍA, Julio: *La emigración de las islas canarias en el siglo XIX*. Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1981.

²⁹ DUGAST, Guy-Alain: *Les idées sur l'Amérique Latine dans la presse espagnole autour de 1900*, Lille, 1971.

al cuerpo social español debido al Desastre, se acentúan a causa de la crisis económica y cultural. Para sacar de esta postración al país surgen los «regeracionistas» (Joaquín Costa, por ejemplo) que descubrirán:

- 1) España e Hispanoamérica tienen un único enemigo: Estados Unidos.
- 2) Es preciso que España establezca unas relaciones comerciales con sus antiguas posesiones, pero no basta con ésta, es necesario,
- 3) La unión espiritual, formar una «España Mayor», así la bautizan, capaz de resistir a Norteamérica. Los españoles, suplantados por otras culturas europeas deben volver a América. En España se ignora totalmente el mundo cultural Hispanoamericano. Esto lo ha dicho Valera y lo repetiría Unamuno.

Nos parece que estos ejemplos de casi ochenta años atrás bastan para demostrar la presencia de América en la prensa española. Hoy esta presencia americana continúa, quizá ahora más intensamente dado también el rango mundial que Hispanoamérica ha cobrado. Periódicos y revistas, algunas especializadas, tienen informado al lector de la situación americana en general. La profundidad de la información no es general; hay luces y sombras. Depende de la categoría del país y del suceso protagonizado por el mismo. Méjico, Brasil y Argentina son grandes naciones y son familiares; pero también la revolución cubana o el caso del Canal de Panamá trascienden del marco de la pequeña nación que viven ambos temas. Así como hace unos años América era motivo de noticias sólo cuando la azotaba un ciclón, terremoto o erupción volcánica, o cuando estallaba un sangriento golpe, hoy no. Hoy América está muy presente en toda su problemática en la prensa cuya información se enriquece con la que proporcionan todos los demás medios de difusión. La radio y la TV complementan el papel de los periódicos y revistas. La primera con noticias y comentarios; la segunda con noticias y reportajes, algunos de ellos espléndidos, que han permitido a los españoles valorar la variedad e inmensidad del continente en la faceta cultural. Pese a este aumento de información, útil para obtener una imagen bastante real del Nuevo Mundo, éste sigue siendo un gran desconocido histórico, cultural y geográfico en la visión popular e, incluso, en mentes universitarias.

En el esquema que nos habíamos propuesto quedan dos puntos por lo que toca a la imagen intelectual:

- E) América en el pensamiento español.
- F) América en la docencia española.

E) En el pensamiento.

Este punto admite subdivisiones: a) El pensamiento interior, el de aquellos hombres que no abandonaron España a raíz de la Guerra Civil de 1936: Ramiro de Maeztu, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Manuel García Morente, Eugenio D'Ors, Xavier Zubiri, Juan Zaraguetas y Julian Marías. En estos pensadores existen unas ideas en torno a Hispanoamérica, unas concepciones, pendientes de analizar. Marías, ocupa actualmente el lugar de Ortega, pero con una visión continental del sujeto sobre el que se filosofa³⁰, al interesarse también por los EE. UU.

Otro grupo de pensadores abandonó el país en 1936 y recaló en tierras americanas donde su magisterio dio notables frutos, especialmente en Méjico (Casa de España-Colegio de México) a través de la personalidad de José Gaos. En este pensador y en Juan David García Bacca, Joaquín Xirau, Eugenio Imaz, Luis Recasens Siches y otros más se da una especial representación de América: América desde América, pendiente también de exhumar.

F) En la docencia

Tal vez aquí, por nuestra personal dedicación, debiéramos ser bien explícitos y amplios. Sin embargo, no lo seremos. Habría que reproducir los planes de estudios de las especialidades de Historia de América cursadas en las Universidades de Madrid y Sevilla para hacer consideraciones sobre la imagen que de Hispanoamérica ofrece la docencia universitaria española. Digamos, tan sólo, que esta docencia, con cátedras muy especializadas comprende todo el proceso histórico del continente. Las investigaciones realizadas en los Departamentos de Historia de América y en los Institutos especializados del CSTC (Instituto Gónzalo Fernández de Oviedo y Escuela de Estudios Hispanoamericanos) acusan un mayor porcentaje de estudios referidos al período hispánico. La existencia de archivos y fuentes sobre tal época en nuestro país es lo que determina esta preferencia, aunque últimamente los americanistas españoles escudriñan la problemática contemporánea y para estas investigaciones o las tocantes al pretérito, visitan América y estudian en sus repositorios, excavan en sus campos, restauran, asesoran...

³⁰ MARÍAS, Julián: *Los Estados Unidos en escorzo*. Buenos Aires, 1956. *Análisis sobre Estados Unidos*, Madrid, 1968.

III. LA IMAGEN POPULAR

Diversos medios (literatura, prensa, cine, TV, radio) son los encargados de regalar al pueblo medio la imagen de América. Visión que el pueblo hace suya o varía bajo la influencia de otros factores. El español medio o del común urbano o rural, es dueño de una representación americana deficiente. Incluso, nos atrevemos a afirmar, esto se percibe en los mismos universitarios. La amplia gama de sistemas que nuestra época nos ha deparado para una fácil y rápida comunicación e información o conocimiento, no ha rellenado huecos de ignorancia ni ha eliminado totalmente prejuicios. Los americanistas, los conocedores y amantes de América, siguen siendo una minoría.

Ahora bien, en lo que hemos llamado imagen popular hay dos caras al igual que en el caso de los pensadores. Está la visión que de América tiene el hombre que permanece en el país, y está la estampa del que emigra. América, para España, como solución existe desde el siglo XVI. La corriente emigratoria que corrió generosa dentro de ciertas limitaciones y exigencias se cortó al estallar la Guerra de la Independencia, salvo el caso de los militares. El veto oficial a emigrar se da en 1836 a causa de los malos tratos, riesgos, vejaciones que se les proporciona a los españoles y debido a las luchas internas hispanoamericanas. Tan sólo se puede marchar a las Antillas. De 1853 a 1880 se iría otorgando graduales libertades. A partir de 1881 hasta 1900 se procura encauzar la corriente humana hacia las posesiones españolas. Los españoles urgidos a emigrar continúan viendo a América como solución. Se va a «hacer la América» empujado por causas geográficas (situación de la región, sequías), sociales (densidad demográfica, huir del servicio militar), económicas (decadencia de ciertos cultivos, crisis agrícolas, malas cosechas, minifundio, carestía de los productos, bajos sueldos), jurídicas (puertos francos, impuestos), psicológicas (tradicción emigratoria, aventura, romper aislamiento), políticas... Nada de esto, cree el emigrante, va a encontrar en la ubérrima, extensa y virgen América...

En 1853 se conceden los primeros permisos para emigrar; en el caso canario se alega como causa determinante la explosión demográfica. En 1856 quedan los Gobernadores Civiles autorizados a conceder pasaportes eliminándose el Real Permiso. En 1873 a los armadores se les exige de depositar 320 reales de vellón por pasajero, los cuales servían para garantizar el buen trato al emigrante y de que se iba al punto de destino declarado. Hacia 1881 se comprueba que la emigración daña al país y se estudian las maneras para fomentar la agricultura y la industria con el fin de retener brazos. Al año se están creando los primeros organismos cuya finalidad es el conocimiento y control de la emigración. La lesiva sangría y las pésimas condiciones en que se está emigrando determina este rumbo de la política. En 1883 se hace distinción, por lo

que a exigencias se refiere, entre el que emigra a posesiones españolas, repúblicas hispanoamericanas y Brasil. Hay intentos por evitar las expediciones clandestinas (1888), y en 1891 se remite al cuerpo diplomático una R. P. donde se analizan las causas de la emigración (bajos sueldos, paro, esterilidad, pobreza, afán de mejorar) con el fin de conocer el estado de los emigrantes. El deseo de allegar noticias sobre el fenómeno se repite en 1896 y en 1900. En la primera fecha la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico exige a los ayuntamientos comuniquen con regularidad el precio de los alimentos y los sueldos de los jornaleros, ya que se considera que la carestía de los primeros y la exigüidad de los segundos son el motor de la emigración. Se intenta (1897) acabar con la emigración clandestina practicada para eludir el servicio militar. Al perderse Cuba y Puerto Rico los que emigran a estas islas comienzan a sentir las medidas dictadas en 1883. La preocupación estatal por el fenómeno emigratorio se recoge en el Congreso Social y Económico Hispano-Americano de 1900. En él se confecciona un cuestionario que se remite a los países hispanoamericanos a los que se les pide su parecer sobre el arbitraje, emigración, educación, movimiento científico, movimiento literario, etc. Lógico que el tema del arbitraje (dados los problemas de límites) les preocupase como les preocupaba y preocupará la no intervención, el derecho de asilo o las consultas mutuas. Revelador resulta encontrarse nada menos que en un segundo lugar del cuestionario el tema de la emigración. Prueba de su trascendencia.

Se quería saber:

1. ¿Qué importancia tiene en ese país la emigración española (número aproximado de inmigrantes en los últimos años, clases sociales y sexo a que pertenecen, así como sus profesiones y oficios)?
2. ¿Qué profesiones y oficios tienen ahí mayores facilidades y aplicación para los inmigrantes españoles? ¿De cuáles profesiones y oficios se siente verdadera necesidad para el mejor desarrollo de la riqueza y prosperidad de ese país?
3. ¿Qué procedimientos estiman más eficaces para normalizar la emigración española, haciéndolas por igual beneficiosas para ese país y a los emigrantes?
4. ¿Qué ventajas oficiales y de índole privada se ofrecen en esa comarca a los inmigrantes españoles?³¹.

³¹ *Revista de la Unión Ibero-Americana*, 15 de septiembre de 1900, núm. 174, p. 14. Apud. Dugast: *loc. cit.*, p. 307.

Dentro de esta línea de celo o control de la emigración, buscando una mayor eficacia de ella, se encuentra la Ley de Emigración de 1907 y, respondiendo a la tónica de entonces, un curioso librito: *Guía del emigrante español a las Repúblicas Iberoamericanas*³², redactado siguiendo modelos europeos. Los desastrosos efectos de la emigración, el caudal de emigrantes y las condiciones en que se está viajando son los factores esgrimidos por los autores de la *Guía* para justificarla. La *Guía* se divide en cinco partes: Noticias sobre cada uno de los países americanos, Legislación sobre emigración, Travesía, Lugares de destino y Repatriación. Al explicar el propósito del folleto, que es muy detallado en noticias, los autores diseñan la imagen que el emigrante posee de América. ¿Cuál es esta imagen?

No se tiene conocimiento alguno del país a donde se va a marchar con la esperanza de lograr grandes lotes de tierra. Los autores hacen saber que en las ciudades la permanencia es difícil porque sobra gente para los trabajos ordinarios, oficinas y artes liberales y la competencia en los centros fabriles es tan dura como en Europa. La única emigración positiva y rentable es la cualificada, la del obrero industrial, cuyos puestos ocupan emigrantes alemanes o ingleses. De ahí que el emigrante español, no cualificado, rural, ignorante, sufra hambre, sea explotado...

La imagen es bien clara. La imagen de América para el emigrante es una imagen optimista fruto de su ignorancia. En cambio los que saben algo del hecho la pintan tal cual es, haciendo ver la realidad de unos países reducidos todavía a sus capitales, en cuyo interior faltan las comunicaciones y es grande la inseguridad... Por eso informan, aconsejan y reconocen que muchas zonas de España se encuentran en situaciones similares y que lo que se precisa es ponerlas en cultivo y lograr la inversión del capital privado³³. La imagen y

³² SERRANO Y JOVER, Alfredo, y RODA ANTÓN, Fernando de la, *Guía del emigrante español a las Repúblicas Ibero-americanas*, Madrid, 1909.

³³ La situación del emigrante no es igual en todos los países americanos. Hay diferencias entre el que marcha a las Antillas y el que va a Tierra Firme. Venezuela, por ejemplo, es punto de destino de mucha emigración canaria que viaja clandestinamente en la segunda mitad del siglo y que le somete al duro sistema de la contrata. Estos hombres no cuentan con Centros Culturales y de Beneficencia como los hay en Cuba: Casino español (1869-70); Centro de Dependientes (1880); Centro Gallego (1890); Centro Asturiano (1896); Asociación Canaria de Beneficencia y Protección Agrícola, etc. También en la Argentina hay Centros de este tipo desde 1896. Las relaciones económicas España-América y el problema de la emigración española, el libro español en América, las rebajas de la franquicia postal, la posibilidad de enviar una Exposición Flotante con los productos industriales españoles (fue realidad en los años 40) en las primeras décadas del siglo XX, son vistas por el peruano Rodrigo Zárate: *España y América. Proyecciones y problemas derivados de la guerra*. Madrid, 1917.

consideraciones son todavía hoy en parte válidas, aunque la América de principios del XX era para los españoles Argentina, Brasil y Cuba. Actualmente, y desde la época de Pérez Jiménez, el emigrante español se proyecta en especial sobre Venezuela. Este país, nuevo rico a causa del petróleo, brinda el cliché que el emigrante aplica a todo el continente.

La idea del que se queda, hecha a base de los informes que le remite el que emigra y vuelve, y a base de películas, novelas, revistas y etc. ha quedado ya expuesta al tratar de la prensa. El cuadro popular de América en el hombre no emigrante es incompleta y errónea. Sigue sin distinguirse un país del Pacífico de otro del Atlántico e ir a Venezuela es casi como ir a Méjico. Para el común todo es América. Unos países permanecen en la penumbra más que otros, sin apenas saberse nada de ellos. Se prosigue personificando al Nuevo Mundo en una manera de hablar que puede coincidir con la entonación mejicana, cubana o argentina; se supone, de inmediato, al tratarse de América que tienen que aparecer los ingredientes clásicos o típicos: languidez, maracas, hamacas, indios, exotismo. Las Antillas, el negro y el indio son América. También el petróleo, los guerrilleros, la Revolución Cubana, el canal de Panamá, Pinochet, los Tupamaros, un cantante famoso que hace unos años fue Jorge Negrete y ahora es Víctor Jara... Eso es América en la imagen popular.

VIII

**GRANDEZA Y MISERIA DE LA MARINA ESPAÑOLA
DURANTE LA INDEPENDENCIA AMERICANA**

DEFORMACIONES E INHIBICIONES HISTORIOGRÁFICAS

Habitual ha sido, y lo sigue siendo aún, considerar que la historia de la Independencia de la América española es la historia de las campañas bélicas. Y, ya puestos en el caso de lo que se denominaba oficialmente Costa Firme, identificar a la emancipación con la biografía de Simón Bolívar.

Por otra parte, es de notar el inhibicionismo de que ha hecho gala la historiografía española frente al fenómeno emancipador. No se ha sentido especial curiosidad por el tema, salvo contadas excepciones. Y, por los mismos, las fuentes españolas no han sido debidamente empleadas.

Los hispanoamericanos se han mostrado más interesados por el proceso emancipador que, por otra parte, únicamente han utilizado las fuentes *patriotas, insurgentes o rebeldes*.

Todo ello ha dado lugar a una historia singular. El lapso 1808-24 figura frecuentemente como una serie de campañas militares y batallas en las que sólo, o casi sólo, se oye a quien al final sería el vencedor. Ni qué decir que el antihispanismo es ingrediente básico de este acontecer. Ha resultado así una historia —"Historia Patria"— impregnada de criterios éticos y morales opuestos a los que nos dicta una visión científica del pretérito. Se ha pretendido cortar con éste, olvidándolo o erradicándolo, como si ello fuera posible. Sin caerse en la cuenta que el fenómeno americano es uno más de los que se dan dentro de una gran etapa de crisis que se inicia con la Revolución Americana, sigue con la Revolución Francesa, prosigue con la de Haití y confluye con la de Hispanoamérica y Brasil.

¿Consecuencias de lo que llevamos dicho?

Hace ya tiempo que cierta historiografía ha roto con las distorsiones y las mitificaciones, y repudia las "historias patrias" que han dado versiones tradicionales dañinas para la auténtica comprensión del pasado y una más exacta explicación del presente. Contribuciones solventes rechazan o cuestionan o ponen en duda:

Que la Independencia fue un enfrentamiento entre americanos contra españoles para romper los lazos políticos. Que contó con unos precursores y que fue una toma de conciencia de los abusos cometidos por la metrópoli contra criollos e indios. Que en esta toma de conciencia jugaron papel importante la Revolución de las Trece Colonias y la Francesa. Y que los abusos consistieron, sobre todo, en la imposición de un monopolio comercial y en la marginación de los criollos de la Administración colonial.

Hay en esta versión una carga ideológica indudable que deforma la realidad. Estimamos, por ello, que se impone usar las fuentes del vencedor y del vencido, tener presente la pugna europea por el dominio universal (sin esto, hoy, no comprenderíamos las “revoluciones” que se están dando en Hispano América), y considerar las crisis españolas de todo tipo de aquellos años. Tendríamos explicación para esa miseria y miopía que envolvió a la política naval. Y veríamos entonces que ciertos hechos y acciones carecen de la grandeza que se les quiere dar, que ha faltado el espíritu científico, y que determinados personajes no son ni tan positivos ni tan negativos como se les pintan por una historiografía que, antaño, nos habló del “buen salvaje” y ahora, tal vez, nos hable del mito del “buen revolucionario”, como dice Carlos Rangel¹.

Al igual que en el siglo XVI algunos cronistas llegaron a manipular el pasado en función de las exigencias del presente, es decir, quisieron legitimar su presente a través de la interpretación del pasado, aconteció durante la Independencia y siglo XIX.

La historiografía que se cultiva entre los vencedores nos pinta al proceso emancipador como el resultado de una rebelión deliberada contra España, y no como un intento de reponer o reemplazar a la monarquía acéfala. Generaliza situaciones y causas, sin advertir que los actores no son los mismos en todas partes, ni iguales son las circunstancias económicas, etc. La Independencia es planteada como un conflicto entre metrópoli y colonias, no siendo así pues la metrópoli estuvo ausente hasta 1814, absorbida por su misma problemática. Los que están luchando en América son elementos fidelistas y elementos patriotas, dándole a la lucha un matiz de guerra civil indudable.

Estas distorsiones historiográficas alcanzan cotas de singularidad en algunos países. Vemos en ellos que se nos dice que el país (el que sea) nace ya con el estado indígena y pierde su independencia en el siglo XVI con la presencia

¹ RANGEL, Carlos, *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Monte Ávila Editores, S. A. Caracas, 1982, 10.^a edición. Resulta interesante leer la introducción-estudio que Germán Carrera Damas puso a una serie de textos firmados por personajes realistas en “Anuario de Antropología”, Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela, 19.

de los españoles. La recobra —la libertad— en 1821, por ejemplo. Es decir, entre la nación X prehispánica y la moderna no sólo hay continuidad, sino identidad. Es la misma nación, en la que el período hispánico es una zona vacía.

A partir de la Independencia el hispanoamericanismo se proclama víctima de España en la Conquista y en el Virreinato, y ajeno a todo lo español. En tan singular piraeta historiográfica se llega a hablar de tres siglos de opresión *extranjera* y a considerarse “indios honorarios”, herederos de Hatuey, Lempira, Cuauthemoc o Tupac Amaru. Nada menos que en el himno de la República Argentina se canta que con la guerra de la independencia los Incas se conmovieron en sus tumbas por la emoción de ver *a sus hijos* renovar *el antiguo esplendor de la Patria*.

Todas estas extravagancias historiográficas han llevado a interpretaciones divorciadas de la realidad. Y es que como escribe Octavio Paz desde el alba de la Independencia “La mentira política se instaló en nuestros pueblos casi constitucionalmente”. Se ha enmascarado la historia. Se han exaltado como héroes a quienes han contribuido más al engaño; y se ha estigmatizado a quienes han tratado de decir la verdad.

Poco a poco esta verdad, por lo que al proceso emancipador se refiere, se va imponiendo. Ya nadie se escandaliza cuando se sostiene que la lucha fue una guerra civil, y que en Ayacucho de 9.000 combatientes sólo 500 eran españoles peninsulares.

Ejemplo de distorsión y exaltación indebida lo constituye la famosa Batalla de Maracaibo, último encuentro naval de la guerra, básica en la historiografía venezolana, que pone en ella el origen de su actual marina.

LA MARINA ESPAÑOLA: DE LA IMPOTENCIA ECONÓMICA A LA TORPEZA POLÍTICA

Tema que siempre nos ha llamado la atención es la responsabilidad de la Marina Española en todos los sucesos de América, en especial en el área del Caribe o de Costa Firme, que fue donde jugó cierto papel relevante. En otra ocasión, al ocuparnos del último Capitán General de Venezuela, se nos ofreció la oportunidad de conocer algo del protagonismo de la Armada en las postreras luchas. Pero allí, precisamente, determinados por la actividad del personaje que seguíamos, no pudimos captar el trasfondo total de toda la tragedia, aunque algo de ello se vislumbra en las quejas de Francisco Tomás Morales y en los escritos del marino Ángel Laborde. Ahora, con fuentes poco empleadas —las del Archivo Álvaro de Bazán— estamos en condiciones de llegar más al fondo de

la cuestión y de justificar o explicar documentalmente el título de este ensayo: *Grandeza y miseria de la Marina española en la guerra de Independencia Hispanoamericana*. Grandeza por el empeño y sacrificio de su oficialidad y marinería, que, sin apoyo, alejados de la metrópoli y olvidados de los gobernantes, luchan hasta el final; miseria espiritual y económica de unos gobernantes y organismos que no captaron la gravedad del dilema o, si lo percibieron, no pudieron facilitar los medios para resolverlo. Era una crisis originada en Trafalgar.

La financiación de la Armada Española entonces se caracterizó por contar con unos presupuestos insuficientes y nunca completados. Las deudas del Ministerio de Marina aumentaron año tras año. El Gobierno central se desentendió de los gastos de la marina de ultramar o en ultramar, responsabilizando a las autoridades americanas de sus aprestos y pertrechos. Éstas, por su parte, optaron por remitir a España los fondos de las Cajas Reales y dejar a la Armada al páiro económico por así decirlo.

Ciertamente de España poco se podía esperar, debido a la situación anómala de la Península. Tal imposibilidad queda bien expresada por esta orden: “No se giren libranzas contra la Tesorería General de la Península, porque no serán pagadas.”² Al año el Ministerio de Ultramar manifestaba: “En los presupuestos generales del Estado no hay asignación para Costa Firme.” ¿Era nueva tal situación? ¿Se arrastraba desde los mismos días en que se originó el conflicto? Si los representantes del poder real eran conscientes de semejante impotencia financiera, lógico resulta pensar que hubiera sido mejor darle una salida diplomática a la confrontación, y no empeñarse en algo que era insostenible, haciendo gala de una inexperiencia, abandono y ceguera flagrantes, como recoge García de León y Pizarro en sus Memorias³. Dada la insuficiencia de medios materiales, y admitiendo que la independencia americana no era “hija sino de la naturaleza de las cosas”, sólo cabía demostrar una suficiencia política y solventar el dilema con pactos y acuerdos que asegurasen la existencia de una gran comunidad hispánica, más unida que separada. Pero también hubo impotencia política y cierto desinterés.

² 1821. Archivo General de Indias (AGI), Indiferente genral, 1571.

³ GARCÍA DE LEÓN Y PIZARRO, José, *Memorias*. Edición, prólogo, apéndice y notas de Álvaro Alonso-Castrillo. *Revista de Occidente*, Madrid, 1953, vol. II, p. 263.

LOS APOYOS METROPOLITANOS A LA ARMADA

A pesar del desinterés nacional por los asuntos de América y pese a la carencia de medios para subvencionar a quienes luchaban bien lejos, el Estado hizo algunos esfuerzos que hemos de consignar. El Estado español habilitó y avitualló transportes y tropas, pagó fletes de barcos incautados y adelantó las cantidades necesarias para abonar tres meses de sueldos (diez millones de pesos costó la expedición de Enrile y Morillo). Pero las remisiones pecuniarias desde España hacia América fueron nulas. Los Ministerios de Marina y de Hacienda no contribuyeron nunca directamente con presupuestos particulares. Tales Ministerios lo más que hicieron fue presionar sobre la Comisión de Reemplazos de Cádiz para que ésta allegase fondos a cambio de hipotéticos o prometidos créditos. Hubo ofrecimientos por parte del Consulado de Comercio, molesto porque los patriotas capturaban a los mercantes, pero no se aceptó. Sin duda porque lo ofrecido para habilitar barcos de escolta a un 5% de interés había que devolverlo tan pronto los buques fondeasen en América⁴ (Exposición de los Consulados de Comercio...) carentes de la ayuda metropolitana, los marinos de ultramar llegaron a estar hasta siete meses sin recibir sus pagas.

LA AYUDA NO RECIBIDA: LA AMERICANA

Sin apoyos metropolitanos la Armada sólo podía subsistir con la ayuda americana. Pero las fuentes locales también fallaron. Por sugerencia de Morillo⁵ el Estado arbitró que fueran México y La Habana quienes ayudasen a Costa Firme. Morillo había solicitado un situado mensual librabable en las cajas de México, Veracruz y Habana⁶. También Laborde, Comandante del apostadero de Puerto Cabello, había exigido que se le apoyase en su nuevo destino. Empero, las demandas hechas por las autoridades metropolitanas a las americanas no fueron tenidas en cuenta, como vamos a comprobar seguidamente.

Los gobernantes habaneros prometieron ciertas cantidades, y luego se olvidaron de la promesa, negándose a enviar dineros o a liquidar las libranzas firmadas en el continente por Morillo o Laborde. El Intendente de La Habana llegó a mentir al afirmar que había socorrido a Puerto Cabello. Un año después de Laborde arribar al apostadero se quejaba de no haber recibido aún nada, pese a los ofrecimientos que le hicieron. Letras libradas desde la isla de la

⁴ Museo Naval (Madrid), Ms. 436.

⁵ Carta del 30 de septiembre de 1819.

⁶ AGI. Indiferente General, 788.

Martinica, por víveres remitidos por los comerciantes franceses, fueron protestadas en La Habana. Dramáticas nos resultan hoy las misivas de Laborde y de Francisco Tomás Morales desde Maracaibo. Éste, último capitán general de Venezuela, afirmaba que las autoridades de La Habana se burlaban de los sufrimientos y sacrificios de los que estaban en el continente y despreciaban las órdenes del Gobierno central, culpando, de paso, a los habaneros de la pérdida de Puerto Cabello, Maracaibo y Coro⁷. Desde Madrid se llegó a amenazar al intendente de La Habana con pérdida de su empleo (1822) si no remitía 30.000 pesos fuertes. Sólo entonces despachó dos barcos escoltados por una corbeta con los 30.000 pesos más otros 70.000 aportados por los particulares. Desgraciadamente fueron capturados por los patriotas, causando un tremendo daño, no sólo por la pérdida de los caudales, sino por la de la corbeta “María Francisca”, que más tarde Laborde recapturó. Aparte de lo mencionado que no sirvió de nada, al final el apoyo de La Habana se redujo a unos importantes adelantos realizados en 1816 por los comerciantes, la compra de la corbeta “Ninfa” por 96.213 pesos y la entrega de 100.000 pesos dados a Laborde, cuando fue a Puerto Cabello, dos meses antes de la batalla naval de Maracaibo.

Las Ordenanzas Generales de la Armada y el Reglamento de Apostaderos hacían responsables a los virreyes y capitales generales ultramarinos del mantenimiento de las armadas adscritas a sus territorios, mediante impuestos logrados a través de la avería o el corso. Esta era la teoría, la realidad era otra. Realidad que afectaba igualmente al Ejército de tierra, también desasistido. Lógicamente la carencia de medios debido a la guerra y a la pobreza de la Hacienda estatal originaban disgustos, quejas, acusaciones y recriminaciones. El comercio, la agricultura y la industria yacían paralizados; las haciendas y hatos habían sido destruidas; los agricultores andaban en la guerra; los productos de las rentas reales no facilitaban ni la décima parte de los gastos más urgentes; los pueblos permanecían destruidos. Pascual Enrile manifestaba que “no pueden cobrarse contribuciones ni derechos reales por haber quedado arruinada la población con la insurrección”.

Al virrey santafereño Samano acusaba a Morillo y Enrile de disponer “a su antojo de los fondos”. Morillo, por su parte, inculpaba a Salvador Moxo, Capitán General de Venezuela, por tolerar una desordenada administración y no facilitarle suministros.

Si los avíos al Ejército fueron siempre escasos y difíciles, fácil imaginar lo que aconteció con la Marina. La Armada contaba para sus aprestos con unos

⁷ MORALES PADRÓN, F., “El último Capitán General de Venezuela. Francisco Tomás Morales”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. XXIII, Sevilla, 1976, p. 667.

ingresos procedentes del corso y de la avería. Veamos lo que ambos significaron. Lo que se obtenía parece que se hacía derivar hacia otras necesidades según se desprende de diversas quejas. Conocedora la Administración central de ello, ordenó en 1818 que, tal como estaba prescrito, el derecho de avería se aplicase a la Armada, y que los empleados del Consulado de Caracas quedasen a medio sueldo. Creyéndose atacado, el Consulado se defendió y pretendió hacer recaer la culpa de lo sucedido en el Intendente. No pasó mucho más allá el asunto, porque en 1820 el propio ministro del ramo reconocía que el Consulado proseguía absorbiendo todo.

Los fondos procedentes de las capturas hechas por los corsarios los administraba la Marina, cuyos Comandantes de apostaderos extendían las licencias de corso. Pero también estos ingresos fueron canalizados hacia el Ejército. La cuantía variaba, claro; en 1817, según testimonio del Comandante de Puerto Cabello, alcanzaba la cifra mensual de unos 60.000 pesos. Acosado el Gobierno Central por el descontento de la Marina, intentó darle una solución al problema aumentando el derecho de corso y destinando su cuantía íntegra a la Armada. Pero ni el Virrey del Nuevo Reino, ni el Intendente de Caracas aceptaron la medida. Ni siquiera el Almirantazgo llegó a comprender la situación y dejó a la Marina abandonada a su suerte. Ni siquiera sirvieron las letras firmadas por los comandantes de los apostaderos, que intentaron usar su crédito personal para paliar la situación. De acuerdo con las “Ordenanzas Generales de la Armada”, los comandantes eran los únicos responsables del sostenimiento económico de los mismos. A base, claro, de lo que facilitaban los virreyes y la Hacienda Real, cuya actitud ya conocemos. Examinando el “Libro de Cuentas” del Apostadero de Puerto Cabello⁸ se comprueba la inexistencia de partidas de ayudas. Y las letras que los Comandantes llegaron a firmar se vieron rechazadas.

LA AYUDA QUE LLEGÓ

Hubo una ayuda, poca, que llegó: la procedente de donativos y la obtenida mediante el crédito de la misma oficialidad. Los comerciantes se fiaban más de las palabras empeñadas por la oficialidad que de las letras libradas por las autoridades de La Habana. Se dio el caso de comprar víveres con el respaldo de unos fondos que, luego, nunca aparecieron. Laborde fue el comandante que más veces usó su crédito personal para remediar situaciones penosas. Tenemos el contrato firmado entre la oficialidad de la fragata “Viva” y un comerciante

⁸ AGI. Caracas 639 A, B, y C.

de Portobelo en el que éste se compromete a mantener a la tripulación del barco mencionado durante cuatro meses. Comerciantes de Curazao —J. Curiel y F. Lens— le cedieron víveres a la Marina en diversas ocasiones, al igual que el Gobernador francés y comerciantes de Martinica. Fue el crédito particular de la Marina lo que permitió su subsistencia. Cómo fueron abonados posteriormente estos apoyos lo ignoramos. Más, no bastaba con los créditos concedidos por los comerciantes a los comandantes, otorgados por compasión y esperando cobrarlos algún día. No bastaba con ello; un complemento a las cantidades logradas por la citada vía lo constituyeron los donativos hechos espontáneamente o por incitación. El vecindario en conjunto o determinadas personas acudieron generosamente a remediar el infortunio de la Armada. En ocasiones son los mismos marinos los que ceden sus sueldos. En 1816 el maestrescuela de la catedral de Panamá, Juan José Tabares, ofrece su sueldo anual (30.000 reales)⁹, en tanto que unos donativos habaneros permiten invertir 21.000 pesos en víveres remitidos a Costa Firme. Al año, gracias al concurso del vecindario y a los comerciantes, pudieron unos barcos romper el cerco a que estaba sometida la Guayana y salir en busca de víveres. En 1818, marinos como José María Chacón, Francisco de Sales Echevarría y el mismo Ángel Laborde ceden cantidades diversas. En el caso del último, para arreglo de su barco. También el comerciante Luis Gabardes abre sus almacenes de Puerto Cabello a los refugiados tras la derrota de Carabobo. En el año de 1821 el Ayuntamiento de Puerto Cabello promueve diversas colectas en favor de la Marina. Se recolectaba dineros para reparar a los navíos o para pertrecharlos, y hasta se llegaba a solicitar víveres del vecindario con destino a las tripulaciones. Unas ganancias que debieron revertir en la Marina (como la ley disponía, y que no se aplicaron a ella), fue la de las presas hechas en la mar. La ley señalaba que lo capturado por la Marina a corsarios enemigos o a comerciantes que negociaban con el enemigo debía de recaer en un 6,5% en favor de la Marina quedando el restante 3,5 para Hacienda. Pero todo pasaba a la Hacienda con el fin de atender las necesidades del apostadero o de la población de la plaza.

Y los gastos eran cuantiosos: reparaciones, sueldos, equipamientos, alimentos, vestidos, armas... Un presupuesto de 1817 para los barcos de Costa Firme arrojó estas cifras:

Cartagena (dos bergantines y una goleta) = 2.331.118 reales.

Puerto Cabello (una corbeta, cuatro bergantines, cinco goletas y un místico) = 8.691.469¹⁰.

⁹ AGI. Santa Fe, 551.

¹⁰ Presupuesto... 1817. Museo Naval (Madrid), Ms. 433.

LAS EXPEDICIONES ENVIADAS A AMÉRICA

Tres fueron las “grandes” expediciones marítimas a América durante la lucha independentista: la de Pascual Enrile-Morillo (1815), la de Francisco de Paula Topete (1818) y la de Ángel Laborde (1820), preparadas todas con grandes dificultades.

Ya en 1812 y en 1813 habían zarpado la fragata “Diana” escoltando un convoy de cuatro barcos que transportaba 1.159 hombres y la fragata “Venganza”, que acompañó a un convoy de cinco barcos con unos 1.000 soldados. Una vez terminada la pesadilla napoleónica, y agravada la situación realista en América, se pensó en remitir algo de más envergadura. Y fue entonces cuando la Comisión de Reemplazo de Cádiz elaboró un informe que preveía el envío de 3.000 hombres a Montevideo, otros 3.000 a Costa Firme, y 2.000 a México. Pero faltaban buques y tripulaciones, y se daría la renuncia de las autoridades a colaborar y hasta el sabotaje de los capitanes de barcos. Para completar las tripulaciones era necesario reclutar 468 marineros a base de requisar un tercio del personal de cada buque mercante, y dos pescadores de cada barco de pesca en Huelva, Ayamonte y Cartaya. Hubo desidia, mala fe o mala voluntad en tal reclutamiento. El Comandante Militar de Ayamonte, por ejemplo, dejó pasar un día dando tiempo a que muchos de los afectados huyeran. En Huelva se ocupó la barra y se apresaron a todos los que recalaban a Puerto, pero al final resultó que sólo siete hombres eran útiles, más 51 de Ayamonte y 50 de Cartaya. Total: 108; el resto, hasta 468, se sacaron de los barcos mercantes. A estas dificultades que ofreció el reclutamiento forzado, se unió la mala disposición de los armadores y de los capitanes de barcos que, aliados, avituallaban lentamente los barcos o le abrían vías de agua, con lo que retrasaban la salida y ganaban más por cada día que pasaba. La situación se despejó cuando Enrile, el 3 de febrero de 1815, participó que el capitán que no cumpliera con su obligación sería enrolado como grumete en el navío “San Pedro de Alcántara”, y a los que abriese una vía de agua los juzgaría un Consejo de Guerra. El 10 de febrero estaban listos todos los barcos, y el 16 de julio zarpaba la expedición integrada por seis barcos de guerra, 52 mercantes, 12 obuseras y unos 14.000 hombres. Fue la conocida expedición de Morillo.

Enrile comprobaría muy pronto que la fuerza naval en América era escasa. Precisamente la carencia de barcos había ocasionado la pérdida de la isla Margarita. Para obviar este fallo, dos barcos de la anterior expedición, las corbetas “Descubierta” y “Diamante” escoltaron el 12 de abril de 1816 a nueve transportes cuyo objetivo, no logrado, era la reconquista de Margarita. No fue fácil preparar la expedición, debido a la falta de cañones de marina de 8 y 12 pulgadas y de artilleros.

Tampoco careció de escollos la expedición de Laborde, llamada “División de Costa Firme”, integrada por cinco buques de guerra y cuatro transportes con 1.500 hombres. Fue organizada al saberse que el patriota Brion pensaba capturar a la Guaira. En este caso los impedimentos radicaban en la carencia de dineros y en que el interés oficial estaba centrado en el apresto de la “Gran Expedición” del general Riego a Buenos Aires. A pesar de que la sublevación de éste abortó la salida de tal fuerza, los obstáculos continuaron, ahora representados por la petición de relevo de los jefes Laborde y otro. El primero, nombrado Jefe del Apostadero de Puerto Cabello, alegó falta de salud y exigió pensiones para su esposa y familia. Quería garantizar el futuro de ellos, a sabiendas de las precariedades del Ministerio que los mantenía sin sueldos meses y meses. El ministro de Marina arbitró una solución para el dilema: no accedió a la petición de relevo y concedió a Laborde la “Banda de Comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica”, que sólo podía usarla al arribar América. Las fuerzas expedicionarias, integrada por dos fragatas, dos bergantines, una corbeta y cuatro transportes, zarparon el 11 de noviembre de 1820, fondeando en Puerto Cabello el 28 del mismo mes. Era un considerable refuerzo pero que no implicó la superioridad realista en el mar.

ESTADO DE LA MARINA EN COSTA FIRME

Se puede establecer tres momentos: 1810-5, 1815-20 y 1820-3. La primera etapa queda cerrada por el arribo de la expedición Morillo-Enrile. La documentación es poca. Faltan “Estados de Fuerzas” debido a la caída de los apostaderos en manos de los patriotas. Los barcos no son muchos, y el desinterés de las autoridades de La Habana —de quien Enrile en un notable informe¹¹ hace depender el control administrativo de toda la región por ser la “llave del seno mexicano”— es palpable. En 1813, tras la evacuación de Cartagena, Sta. Marta, La Guaira y Cumaná, los patriotas controlaban todas las costas. En el Estado de Fuerza de 1810, el Comandante de Cartagena señala la presencia de seis barcos (dos goletas, un bergantín y tres mercantes armados). En 1811 la escuadrilla la integraban cuatro bajeles debido a que el Capitán General Fernando Mijares se había hecho con los barcos importantes —los bergantines “Manuel” e “Inés”. Con tan escaso número de barcos el bloqueo de las costas se tornaba imposible. Así fue siempre. Esa pobreza naval explica que cuando el ataque realista por tierra a Puerto Cabello, todos los altos cargos patriotas pudieran escapar por mar llevándose importantes capitales que permitieron

¹¹ AGI. Santa Fe, 748.

comprar y habilitar luego a varios buques. A esto hay que añadir el desinterés de las autoridades urbanas. En 1812 las fuerzas navales estaban integradas por dos goletas, con sólo tres o cuatro cañones cada una. Así se explica la evacuación de Cartagena y Santa Marta (enero 1813), y de Cumaná y la Guayra en agosto. El desinterés de La Habana por estos descalabros era olímpico. Era imposible, y no interesaba para evitar enojos, interceptar a corsarios y comerciantes británicos.

A partir de la llegada de Morillo-Enrile (1815) la Armada se vio reforzada, aunque se perdió el poderoso navío "San Pedro". Algunos de los barcos de la expedición fueron armados uniéndoseles cinco goletas capturadas a los insurgentes. Enrile estableció el bloqueo de Cartagena, creó el apostadero de Guayana con el fin de vigilar el río Orinoco, pero carecía de barcos útiles y de personal cualificado. Establece también el apostadero de Cumaná para controlar las costas de Barcelona y Margarita, dotándolo de dos goletas, un falucho, siete lanchas y tres flecheras. Crea, finalmente, el apostadero de Pto. Cabello en 1815 con un bergantín y tres goletas, pronto disminuidos, con el objetivo de impedir la recalada de Bolívar y de Luis Brión, armador dueño de siete barcos a quien Bolívar designará Almirante de la República.

Un Estado General de 1816 asignaba a la Armada realista de Tierra Firme 25 barcos (19 en Cartagena y 6 en Cumaná). Los apostaderos de Cumaná y Guayana no quedaron reflejados en tal Estado, pero los informes locales (Estados de Fuerzas) indicaban que la mitad de los barcos no servían porque o bien había zarpado de Cádiz en malas condiciones, o por que sufrían los efectos del trópico. Si nos atenemos a los informes de Enrile comprobaremos que ellos encierran cierta contradicción. Por un lado se queja de la situación, por otro lado alega la destrucción del enemigo y lo innecesario de la Armada. Sin duda la contradicción se debía a su deseo de marchar a España y, por ende, al intento de justificar el expolio que había hecho de barcos. Enrile, en septiembre de 1816, se encaminó al interior en compañía de Morillo, pero en enero del año siguiente marchaba ya hacia España llevándose las fragatas "Diana" e "Ifigenia", un bergantín y cuatro goletas. Venezuela quedaba desamparada navalmente, pues en Cartagena en ese año de 1817 permanecían sólo un bergantín, dos goletas, tres lanchas y doce barcos varados y necesitados de carena. Fue ese año de 1817 cuando Pascual Enrile, brigadier al mando de la flota expedicionaria de Morillo, presentaba al Consejo de Indias una interesantísima memoria conservada en el Archivo de Indias sobre los sucesos, el papel de Morillo y lo que se imponía realizar para lograr el éxito. A partir de 1817 se intensifica la guerra, contando los patriotas con el apoyo de los ingleses en pertrechos militares y navales, y en hombres (5.000 de 1817 a 1820). Por entonces el jefe del apostadero de Puerto Cabello, José María Chacón, reunía

diversas juntas de guerra llegándose a la conclusión que había que vender los buques inservibles, comprar otros para sustituir a éstos, adquirir dos corbetas en los EE.UU. y devolver a su dueño el bergantín “Perignon”, cuyo alquiler costaba 1.000 pesos al mes. De lo acordado sólo se realizó la devolución del “Perignon” y la compra de la corbeta “Ninfea”, desprovista de cañones. Puerto Cabello proseguía en 1817 siendo deficitaria de barcos, pese al arribo en mayo de la expedición de Topete. Al año siguiente la situación se mantenía dentro de las penurias conocidas. Hasta la expedición de Laborde no se recibirá ayuda de la metrópoli o Habana. Las quejas de los marinos no se atendían en Madrid, y tampoco en América, donde Morillo acusó a los marinos de no “impedir las tentativas de los insurgentes, que tienen menos recursos”. Disensiones internas y ceguera de Madrid, que ordenaba ¡el bloqueo de las costas! Por su parte Morillo reclamaba aprovisionar a Cumaná, bloquear a Margarita, buscar al enemigo donde estuviere... El militar le coaccionaba para que se hiciera a la mar, pero Chacón se resistía, consciente del estado de los barcos. Al final no le quedó más remedio que zarpar y, enseguida, las naves tuvieron que refugiarse en Puerto Cabello evidenciando su penoso estado. Después de esta experiencia, Chacón comunicó al Ministerio que apenas se contaba con barcos, que los existentes se encontraban en mal estado y que los fondos destinados a la Marina eran desviados. Similar queja se eleva desde Cartagena. Queda claro que lo que se estaba dando era también una tensión o fricciones continuas entre la Marina y el Ejército por interferencia de los jefes de éste —Morillo— en la actividad de aquélla. En 1820 llegó al máximo dicha tensión.

Con la presencia de la expedición de Laborde (1820) al frente de cinco buques de guerra, se inicia la última fase nada distinta a las anteriores. Laborde sintetiza la situación: o la metrópoli hace realidad los apoyos o debe borrar del mapa las posesiones americanas. Para el marino era inútil remitir fuerzas a Ultramar si no se les proporcionaba mantenimientos. Los buques que él había traído no servían para nada. Una fragata rusa, la “Ligera”, se encontraba con el maderamen podrido; la corbeta “Aretusa” era lenta y se imponía reemplazarla; el bergantín “Hércules” debía navegar a La Habana para ser reparado; la fragata rusa “Viva” también exigía reparación... Laborde solicitaba el envío de más barcos. La campaña de Boyacá y la batalla de Carabobo (1821) conducirán al episodio final, representado en aguas de Maracaibo. Desde octubre del año citado se habían ido perdiendo en Cartagena, Cumaná y la Guaira. Así llegará el año de 1823, en que Puerto Cabello, bloqueado, carecía de un barco útil.

IX

**EL IV CENTENARIO EN
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA**

Correspondió al Círculo Mercantil de Madrid proponer en 1892 a la reina que declarase el 12 de octubre fiesta nacional. El gobierno acogió la sugerencia con simpatía. Consultó a Italia y a los países de América, que en su casi totalidad se adhirieron a la idea, incluso EE.UU. Así, y en atención al Centenario, Cánovas propuso que el 12 de octubre de 1892 fuera fiesta nacional sin perjuicio que se pudiera mantener a perpetuidad tal festividad. Fue por esto por lo que se dio a conocer un Real Decreto que rezaba:

“En virtud de las razones expuestas por el Presidente de mi Consejo de ministros, en nombre de mi augusto hijo el rey don Alfonso XIII y como reina regente, vengo en decretar lo siguiente: Artículo único: Se declara día de fiesta nacional el 12 de octubre del presente año... en que se celebra el aniversario del descubrimiento”. San Sebastián, 23 de septiembre de 1892.

Las Canarias, escala colombina, y primera América, no iban a quedar atrás en los actos conmemorativos. Testimonio de lo que entonces se realizó es la lápida colocada en la ermita de San Antonio Abad y el monumento a Colón en la plaza de San Francisco de Las Palmas de Gran Canaria adquirido por suscripción popular.

La institución pionera, la que lanzó el alerta sobre el Centenario, fue la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas. En abril de 1891 el socio Bartolomé Apolinario Marías expuso la conveniencia de tomar la iniciativa en la preparación de las fiestas del Centenario.

Los organismos existentes entonces en Las Palmas capaces de cohesionar a una serie de personalidades significadas en el campo intelectual y de celebrar adecuadamente la efemérides del Centenario eran el Ayuntamiento, la Real Sociedad Económica de Amigos del País, El Círculo Mercantil, el Gabinete Literario y El Museo Canario. De su seno, surgió la que se denominó Junta del Centenario que centraría sus esfuerzos en la erección de un monumento al descubridor. Las instituciones citadas marcharon a remolque de la Junta.

Así, el Ayuntamiento en su sesión del 31 de noviembre de 1892 oyó “una patriótica y razonada moción del Sr. Apolinario” y acordó, sin perjuicio del

festival que se organice cuando las carabelas hagan escala en el Puerto de la Luz, celebrar con actos solemnes la fecha del 12, para lo cual designó una comisión integrada por los señores alcalde-presidente, Mesa y Apolinario con encargo de ponerse en relaciones con la Junta del Centenario. Los hombres de la corporación municipal en aquellas calendas eran Francisco Manrique de Lara (alcalde), Diego Mesa de León (Primer Teniente Alcalde), Jaime Sintés, Tomás Lozano Pérez, Laureano de Armas, Antonio Artiles Sánchez, Matías Vega, Antonio López, Juan Melián, Ildefonso Medina, Juan Penichet, Manuel Van de Walle, Diego Perdomo, Luis Navarro Díaz... Hombres más preocupados, sin duda, por los problemas del municipio que por la fecha del 12 de octubre. En su agenda de asuntos por resolver tenían el ensanche del cementerio, la desaparición de ciertas especies marinas a causa de la pesca incontrolada, la extendida mendicidad, la instalación del tendido eléctrico y del agua corriente... Para reprimir la mendicidad el alcalde se había puesto de acuerdo con el director de la Beneficencia y con la superiora del Asilo de Hermanitas de los Pobres. Para llevar el agua corriente a Vegueta la sociedad Canary Island, contratista de obras, luchaba con dificultades derivadas de las dificultades surgidas para recibir las piezas y tubos de hierro galvanizado de Inglaterra. En cuanto al fluido eléctrico resultaba que nadie se había presentado a la subasta abierta. Asuntos todos de un ayer, menos conflictivo que el hoy. Un ayer en el que aún el Ayuntamiento en sus sesiones iba concediendo “el aprovechamiento de un cuarto de paja de agua discontinua a don... para surtir su casa habitación de la calle...”

La Real Sociedad Económica fue la que más vivió o discutió en sus sesiones la efeméride. Desde abril de 1891 a septiembre de 1892 trató el asunto de modo continuo en sus sesiones. Dirigida en el 91 por Felipe Massieu Falcón y en el 92 por Amaranto Martínez de Escobar, la Económica polemizó en su seno en torno a la ineficacia de la Junta del Centenario y lo inadecuado del lugar escogido para alzar el monumento al Descubridor. Pese a la categoría de sus socios, la Económica no fue oída. Los señores Domingo J. Navarro (censor), Pedro del Castillo Manrique de Lara (vice-censor), Nicolás Navarro (vice-tesorero), Sebastián Suárez Tascón (inspector de Academia), Manuel Van de Walle (subinspector), Agustín Millares Torres (bibliotecario), Gregorio Chil, etc., preocupados por la aceptación o no aceptación de los azúcares canarios en la Península, los excesivos impuestos, que pagaban los plátanos insulares en Francia, la tala descontrolada de los bosques grancanarios, el estado de salubridad de la ciudad, los daños ocasionados por el cigarrón de la tierra, la redacción de una Guía de la isla, el Puerto de Refugio, la Fiesta de las Flores, etc., etc., consagraron horas a discutir la poca actividad de la Junta del Centenario y de las distintas comisiones formadas. En enero del 92 así lo la-

mentan los señores Millares y Chil; este último expone el gran entusiasmo que reina en la Península, mientras que “en esta culta población nada se ha hecho, no porque falten personas de valer, sino por la apatía que tanto nos desprestigia”. Es posible que hubiera algunas diferencias con el Ayuntamiento de tipo personal o ideológico. El alcalde, Francisco Manrique de Lara, no figuraba en el equipo directivo de la Sociedad, y al director de ésta se le urge una entrevista con aquel para aclarar los obstáculos que se oponen a una eficaz organización de los festejos. En julio del 92 el descontento persistía en el ámbito de la Sociedad. La Junta del Centenario se ha limitado a la adquisición de un monumento que se va a colocar en lugar poco visible. La Sociedad considera que el monumento debiera alzarse en la prolongación de la calle de los Malteses, de modo que se vca desde la calle de Triana.

Cuando en la sesión del 25 de noviembre de 1892 se acuerda demandar una respuesta al municipio, ya el monumento estaba erigido donde hoy lo vemos, por decisión de una comisión integrada por miembros de la Junta. A la Real Sociedad Económica sólo le restaba pedir la celebración de una gran manifestación el día 12 de octubre. A partir de la sesión citada, en las actas de la Económica impera un total silencio sobre el tema.

No eran graves los asuntos que aquejaban al Gabinete Literario presidido por Tomás Zárate y Morales. Cuando hoy nos ponemos en contacto con el un tanto proustiano archivo, captamos enseguida la tónica de su vida. Su documentación se guarda en cajas anchas, similares a las del dominó, con un celo propio del que merecen las cartas de amor. El aire y la luz no han dañado al papel, que mantiene una frescura de ayer. De las cajas se derraman deliciosas invitaciones para bailes en honor de marinos extranjeros, instancias para celebrar banquetes-homenajes, citaciones para veladas literario-musicales con discurso, piano, versos de Amaranto Martínez de Escobar y de Agustín Millares, y melodías cantadas por Néstor de la Torre. El examen de las actas denota una actividad más proyectada hacia bailes, juegos y fiestas que hacia otras cosas. No falta algún que otro sobresalto. Cosa de poca monta: como cuando se presentó el Juzgado de Instrucción a realizar una inspección con el fin de comprobar si se jugaba a la ruleta u otro juego prohibido. Todo por una denuncia del ex socio Fernando Flores de la Iglesia. El hecho causó justa indignación, pues era la primera vez en los 48 años de vida del Gabinete que se daba una cosa de este tipo. El disgusto se olvidó con el acuerdo de celebrar “un baile de trajes” el lunes de Carnaval. A los pocos días, el presidente accidental, Amaranto Martínez de Escobar, exponía que el día antes (24-II-1892) se le había entregado una instancia suscrita por varios socios proponiendo a la Junta Directiva la organización de un banquete “en honor y veneración” del Excmo. Sr. D. Fernando de León y Castillo “con motivo de la resolución favo-

rable obtenida en el vitalísimo asunto relativo a la introducción en la Península de los azúcares canarios...” Al parecer (así se manifiesta en la junta del 8 de marzo), cuando se supo la favorable medida dada por el gobierno en pro del azúcar insular, se organizó una manifestación que llevaba a la cabeza un retrato de León y Castillo tomado en el Gabinete y que se dejó en el Ayuntamiento por indicación del alcalde para exponerlo en los balcones como muestra de gratitud. Aquella noche el Gabinete abrió sus puertas con el fin de que todos pudieran tomar parte en la improvisada fiesta. A la siguiente noche el Ayuntamiento se trasladó al Gabinete para devolver el retrato. Hubo palabras del alcalde. No andaríamos muy descaminados si pensásemos que el Gabinete era una isla de alegría en el remansado mar ciudadano. Su vida administrativa se sucede sin alteraciones: altas y bajas, construcción de un kiosko en los jardines, colocación de un toldo en la terraza del SO. para que los socios hagan tertulia, aprobación de ingresos y gastos:

Cuota: 1.100 ptas.
 Billares: 145,50
 Naipes: 236,37
 Nómina del personal: 310
 Amanuense: 30
 Alumbrado: 87,50
 Periódicos: 5,25

Si se recibe una petición de la Sociedad Filarmónica se acuerda cederle el teatro Cairasco y el piano (a la Filarmónica no le ha llegado el que tiene solicitado al extranjero). Algún pésame, como el de don José María de León y Joven y las habituales invitaciones para una *soirée* en honor de los marinos de la fragata gala *Melpómene*, o de las tripulaciones de la escuadra británica *Ative*, *Volage* y *Calipso*; o de la fragata francesa *Yphigenie*; o para un homenaje a los marinos de la corbeta de guerra *Nautilus* que se dispone a dar la vuelta al mundo. Una sociedad más bien frívola y despreocupada vase escapando de estas cajitas archivos. ¿Y la efemérides del Descubrimiento? El Gabinete ha recibido un comunicado de la Comisión Ejecutiva del IV Centenario pidiéndole colaboración en los actos a celebrar. También se lo ha pedido el Ayuntamiento. El Gabinete se asocia a los programas y, de acuerdo con su tono, en cierta ocasión “obsequió convenientemente” en sus salones a la Estudiantina organizada por la Junta del Centenario.

Al Gabinete, como al Ayuntamiento y al Museo Canario, le preocupaba entonces la llamada Fiesta de las Flores, exposición de flores y frutos próxima

a inaugurarse. La Fiesta de las Flores entraba en el marco de los asuntos estudiados por los sesudos miembros del *Museo Canario*. Ellos eran: Domingo José Navarro, presidente; Gregorio Chil, director del museo; Andrés Navarro y Torrens, conservador; Francisco Cabrera, bibliotecario; Francisco J. Bello y O'Shanahan, tesorero, y el omnipresente Amaranto Martínez de Escobar, como Secretario General. La institución llevaba doce años de vida; discurría aún por una etapa formativa, sin local propio (tenían la biblioteca en el Ayuntamiento) y hacía lo posible por acrecentar su patrimonio museístico. Más que el doce de octubre le interesaba a sus miembros adquirir una serie de objetos indígenas hallados en Gáldar, explorar las cuevas de Valerón, celebrar su 12.º aniversario, buscarle sitio a un cabrito con dos cuerpos y una cabeza que le habían regalado en Tirajana y colaborar en la Fiesta de las Flores. La única alusión al IV Centenario del Descubrimiento se hace en la sesión del 8 de enero de 1892 al leerse una carta de Federico Rubio aceptando representar al Museo en el Congreso de Geografía Hispano-portugués-americano que se ha de celebrar con ocasión de la mentada efemérides.

Del Círculo Mercantil nada decimos, porque nos ha sido imposible hallar las actas de estos años.

Resumiendo: los organismos políticos y culturales de Las Palmas en 1892 habían prometido sumarse a los festejos del 12 de octubre organizados por la Comisión y Junta del Centenario. Pero, ¿qué había organizado la Comisión?

Todo giró en torno al monumento. Llegado el día, la ciudad se visitó sus mejores galas y vibró, rompiendo en mil pedazos su habitual sosiego. Al reparar la prensa de entonces ("La Patria", "El Liberal") percibimos cierta placidez decimonónica, alterada por la arribada de un buque de guerra extranjero, la inauguración de un monumento o teatro, o el anuncio de que hay peste. Las páginas quebradizas y hoy amarillentas de los periódicos nos dan una ciudad que acaba de estrenar tranvía a vapor y se dispone a montar el agua corriente y el tendido eléctrico; una ciudad mercantil, con el aire rural que introducen unos campos muy cercanos, dotada de un puerto bastante activo, donde trabajan las compañías y líneas navieras *Elder, Castle, Forwood Bros., Lamport and Hols, Miller y Pinillos*, cuyos barcos de vapor van navegando a Puerto Rico, Santiago de Cuba y Habana. Con los barcos puede llegar cualquier endemia, comisionistas extranjeros, compañías de teatro, viajeros, vinos de Jerez, aceites y aceitunas de Sevilla, café de Puerto Rico y de Caracas, etc., que se venden con los vinos "tinto y blanco del ex Monte Lentiscal sin que contenga yeso ni alcohol" y cosechados por don Antonio C. Quevedo, en la Peregrina 9, en la Pelota, 7 (comercio de Miguel Quesada), en San Francisco, 27 (establecimiento de Alfonso Medina)..., o en la tienda de Juan Bta. Santana,

calle Pérez Galdós, 11, que promete larga vida a quien compre en su comercio aceite de Sevilla, café y alpiste de Caracas, ron de Cuba... Son ejemplos, sueltos, de unos anuncios que aparecen cada día al lado de los natalicios, matrimonios y mortuorias bastante elocuentes, por cierto, ya que las cifras son bien bajas.

El cuerpo consular -no todos los países americanos estaban representados-acreditado en la plaza se proponía también tomar parte en los festejos del día 12.

Por fin llegó el día 12 de octubre. El periódico “La Patria” de la víspera publicó un artículo de Emilio Castelar con el sugestivo título de *Colón en Gran Canaria*. Quien lo leyera comprobaría que no abordaba el tema; se limitaba a contraponer la figura de Colón a la de Pinzón. El futuro almirante de la mar oceánica, afirma Castelar, aventajaba al marino de Palos en ciencias abstractas, en pensamiento intuitivo, en inspiración genial... En tanto que Pinzón es hombre de experiencia, cálculo, administración, disciplinado, apto para el mando. Contraposición que se continúa manteniendo en la historiografía, sobre todo en la localista, atenta a minucias que para casi nada importan en el gran hecho y sus consecuencias.

El día 12 de octubre la prensa —“El Liberal”, por ejemplo—, fue enteramente americanista. El matiz de sus artículos era ditirámico. Bajo el título *El 12 de octubre*, “El Liberal” proclamaba que “Nosotros... humildes hijos de una pequeña isla, perdida en la inmensidad del Océano, unimos hoy nuestra débil voz al clamor inmenso que surge potente de todos los confines del mundo para honrar la memoria de ese hombre, cuyo pie toca en el suelo, pero cuya cabeza se pierde entre las nubes”. Aquí, en este párrafo, está ya expresado el tono que tuvo aquel cuarto centenario: exaltación del marino ligur, con esos leves intentos de sacar de las sombras a los Pinzón. Seguía, en el mismo periódico, un artículo de Laureano Arroyo que servía a su autor para explicar el objetivo y la simbología del monumento a Colón que se iba a inaugurar frente a la iglesia de San Francisco. Se había pensado, afirmaba, en “algo modesto que, a la par, fuera expresión genuina de los sentimientos de admiración del pueblo canario hacia aquel genio colosal”. No nos resistimos a recoger parte de este artículo, síntesis de una historiografía entonces vigente. Colón es un genio de “venerable testa”, por eso a “grandes ideas, grandes masas”. Es decir, en el monumento se resalta la cabeza del genovés para significar la grandiosidad de su plan descubridor. Por eso los que han criticado lo amplio del busto han caído en el mismo fallo de los sabios que no creyeron en Colón. *El busto es grande para traducir de ese modo plástico la grandeza de las ideas del Almirante que “animado por el destino divino de la fe y la íntima convicción de la idea que viniera persiguiendo, a pesar de haberse visto rudamente combatido*

por los elementos más valiosos que en ciencias y letras contaba su época, no cejó en su empeño hasta colocar a los pies del trono de Castilla un nuevo mundo exuberante de hermosura y de riquezas que dejó anonadados a todos aquellos sabios que sólo se movían en la reducida esfera de los viejos códices y pergaminos coleccionados en las bibliotecas de los conventos y que no titubearan en calificar de locos devaneos y fantásticas elucubraciones, las sublimes ideas que bullían en el cerebro de Colón, respecto a la configuración y extensión de nuestro planeta”.

Colón escogido de Dios, predestinado
Colón combatido por los sabios de entonces
Colón entregando a Castilla un nuevo mundo

Hoy ya sabemos que los sabios tenían razón, y que el plan del marino ligur era descabellado.

Veinte décimas de Antonio Zerolo, salpicadas de algún que otro error (habla de Fray Juan Pérez de Marchena), pretendían llevar al lector la exaltación del día. El día, fue miércoles, se inició con un Te-Deum a las diez y media en la catedral. Terminado el acto religioso, las autoridades civiles y eclesiásticas, en compañía del público —niños de las escuelas incluidos— se dirigieron a la plaza de San Francisco al son de la música tocada por una banda. Inauguración del monumento, con discurso del letrado Tomás de Zárate y Morales. Luego, animado paseo por la Alameda. El director de la banda había compuesto “una preciosa marcha” en honor de Colón. Por la tarde hubo velada literario-musical, organizada por la Sociedad Filarmónica, hablando Fernando Inglott, Agustín Millares Cuba, el canónigo Lectoral José Roca Ponsa, Amaranto Martínez de Escobar y Luis Millares Cubas. El Teatro estaba literalmente lleno. La prensa reprodujo los discursos de Inglott, de los Millares, de Roca y los versos de don Amaranto. El tono es hiperbólico: el descubrimiento fue la obra sublime del genio y la obra visible de Dios. Colón fue “el genio inspirado por la Providencia de Dios”. Figuran asimismo las conocidas leyendas, falseadas o verdades a medias: Colón llevando de la mano a su hijo famélico y sediento camino del monasterio de La Rábida; Fray Juan “Pérez de Marchena”; la ignorancia de las Juntas que examinaron el plan colombino; el apresamiento de Colón y su aherrojamiento; la ingratitud real; los títulos que no se le dieron o negaron; el olvido; la pobreza... Con prosa más científica, más certera en sus afirmaciones, se pronunció el Dr. Roca, que reivindicó el papel de España; afirmó que Castilla aceptó el plan colombino desde un principio pues sólo ella estaba capacitada para llevarlo adelante; y afirmó que los compañeros de Colón no

eran meros aventureros, acobardados ante el espectáculo del Teide en erupción o amotinados por las largas singladuras sin avistar tierra.

Resulta curioso el personal testimonio y juicio de uno de los actores del acto, don Agustín Millares, que en su *Diario* consignó:

“Octubre, 12. *Velada en el teatro nuevo, dedicada a Colón. Lee Luis una poesía espléndida, que es acogida con bravos y grandes aplausos.* Luego me toca a mí y pronuncio un discurso (embotellado, por supuesto) en el estilo florido y altisonante de la época. Aún conservo el periódico en que se publicó íntegro. El efecto fue indescriptible. Es de advertir que los clericales habían tramado, para hundirme, que en la última parte de la velada, para remachar el clavo, hablara el mediocre y deslenguado canónigo catalán D. José Roca y Ponsa, a quien los *neos* habían rodeado de fama de gran orador. Su discurso fue desdichadísimo, y hubo oyente que se quedó dormido.

Cuando terminó la función salimos de juerga Luis, Colacho Massieu, el pintor (el viejo), Paco Morales, el secretario del Ayuntamiento, yo y no recuerdo si algún amigo más. Fuimos a llamar a Bernardino Valle, pero Joaquína no le dejó salir. Pasamos luego a la botica de Vernetta, despertamos a Pepe Martín Velasco, que dormía en la rebotica, y nos dio unas copas de coñac para los enfermos. Intentamos cenar en un restaurante, no muy recomendable, de la calle de La Carnicería, pero nos dijeron que no tenían nada comestible.

En tres de noviembre del mismo año, se casa mi hermana Paca con Bernardo de la Torre. Noche divertidísima. Recuerdo que yo cargué con Néstor (entonces tenía yo fuerzas), y aquél con un bizcocho lustrado en cada mano, los metía en la boca de Baltasar que hacía de toro.

Nuestros antepasados debieron acostarse satisfechos y cansados el 12 de octubre de 1892.

Los jolgorios se reanudaron al 15 de febrero de 1893, cuando a eso de las 9,30 de la mañana sonaron las campanas anunciando la presencia de la nao “Santa María”. Se cerró el comercio. La gente se dirigió al Puerto, cuyos barcos lucían empavesados. A las 11,45 el barco de guerra “Isla de Cuba” remolcando a la “Sta. María” doblaba la punta de la Isleta. Terminó de remolcarla el “Pedro del Castillo”. Fue entusiástica la recepción oficial y popular. El barquito estuvo hasta el día 19, visitándolo unas 35.000 personas. Hubo velada, paseo e iluminación. Te-Deum, procesión cívico-religiosa, lápida en la ermita de San Antonio Abad, banquete en el hotel Santa Catalina, discursos de Carlos Navarro Ruiz, Rafael Ramírez Doreste y Agustín Millares Cubas, retreta militar. Del 19 al 22 permaneció en Sta. Cruz de Tenerife la “Sta. María”, zarpando luego hacia Puerto Rico. La “Pinta” y la “Niña”, remolcadas por dos cruceros norteamericanos, llegaron el 22 de febrero y el 25 pusieron rumbo a La Habana. De nuevo el *Diario* de Agustín Millares se hace eco de los festejos:

“En octubre de 1892 llegan a Las Palmas las carabelas. En el banquete ofrecido a los marinos en el Hotel Santa Catalina, pronuncié un brindis que llevaba embotellado y produjo una tempestad de bravos y aplausos. Recuerdo que Chano Domínguez (D. Chano) marido de una de las hijas de D. Domingo J. Navarro, le dijo a Moreno Guerra, entonces Comandante de Marina: —Ya Vd. ve, mi Comandante; Vd. siempre poniendo por las nubes a la Marina, y aquí tiene al señor que es un abogado—. Se ha ca(ilegible) Vd. —exclamó Moreno Guerra— ¡si es el as(ilegible) de Marina!”

Una lápida en la ermita de San Antonio Abad y una estatua perennizaban el paso de Cristóbal Colón por Gran Canaria. Las fiestas habían terminado.

X

¿EXISTE LA COMUNIDAD HISPÁNICA?

¿Existe América Latina? era el título de un libro publicado hace años. Ocurrió en una época en que se prodigaron las polémicas en torno al ser ontológico de América. El interés por la identidad hispanoamericana ha merecido diversas teorías que van desde el conde Keyserling a Waldo Frank, extranjeros, pasando por innumerables autores de lengua española. Conocidos son los nombres de Víctor Massuh, José Lezama Lima, Alberto Wagner de Reyna y Leopoldo Zea en cuyas páginas es posible leer que la originalidad de América no se opone a la cultura europea. Massuh, argentino, sostiene que la singularidad americana y fidelidad a Europa se complementan. Esa cultura americana ha sido creada a través del Barroco en el decir del cubano Lezama; en tanto que el peruano Wagner de Reyna señala la presencia de un continente mestizo y de una cultura también mestiza. Cultura que proporciona una fisonomía cultural propia. El mexicano Zea por su parte admite la posibilidad de que los pueblos iberoamericanos actúen como una comunidad para hacer respetar sus propios derechos.

Se nos ha bosquejado por estos cuatro autores una América original, fiel al ingrediente cultural europeo, que le llega, sobre todo, por la vía del Barroco y que biológica y culturalmente se injerta y da vida a un nuevo ente, *América*, que, unida a España, forma la *Comunidad Hispánica*. A esa Comunidad vamos a referirnos y comenzaremos asimismo con una interrogación. ¿Existe la Comunidad Hispánica?

Sí, existe. Existe una y diversa. Como una y diversa son algunas de sus partes. La realidad del Mundo Hispánico viene dada por: *la raíz común, el pasado compartido, la cultura dotada de unidad lingüística, la autoconciencia de sí misma, la creencia compartida de un destino común y hasta por la idéntica actitud de constante revisión de su propia historia*. Un gigantesco rosario o una inmensa trama de nombres, topónimos, expresados en español, perdura en el mapa del mundo cual testimonio de lo grande que ha sido España, de lo grande que es el Mundo Hispánico, toda una realidad. Viajar por Europa, África y América confirma la existencia de la Comunidad, desde el judío sefardita de Jerusalén al de Buenos Aires. Lo ratifica el idioma que ellos hablan. Cuando un español y un hispanoamericano se encuentran fuera de sus ámbitos

patrios sienten que pertenecen a una misma familia en la que resulta fundamental lo que les une y no lo que les separa.

¿Cómo se ha llegado a esa comunidad? Partiendo de España. *España* es uno de los topónimos más viejos del mundo, según Américo Castro. España es palabra pronunciada por el vulgo que hablaba latín en la Península hacia el año 300 d.C. Los romanos llamaron *Hispania* a la Península Ibérica, provincia de su imperio. La monarquía visigótica se estableció sobre una Hispania políticamente unificada desde el imperio de Augusto (31 a.C.). El nombre *español*, palabra provenzal, fue dado por quienes, por diversas razones, percibían como un conjunto a una tierra dividida entre musulmanes y cristianos, y subdividida entre éstos en gallegos, castellanos, aragoneses, etc. Comenzaron a llamarse *españoles* después del siglo XIII. El concepto implicaba una manera de enfrentarse con el mundo de los hombres y con el de la naturaleza según Américo Castro. *La manera española de existir fue el resultado de la mezcla entre cristianos, judíos y moros de la Península desde el siglo XIII hasta finales del XV.* Después de esta centuria, los cristianos, que siempre habían ostentado la dirección política y militar, prescindieron de los moros y de los judíos. Para entonces ya se había incorporado el sentimiento oriental de ser inseparables la idea de nación y la fe religiosa.

Los españoles del imperio constituido en el siglo XVI se mantuvieron unidos políticamente por el hecho de coincidir en una misma creencia y por la adhesión, casi religiosa, a la persona de los Reyes Católicos. Con ellos quedó integrada la realidad política e histórica que llamamos *España*. Sin embargo, los monarcas no quisieron nunca titularse *Reyes de España*, quizá para evitar herir a Portugal.

FORMACIÓN DE LA COMUNIDAD HISPÁNICA

Fueron los Reyes Católicos los que iniciaron la expansión ultramarina, siendo una primerísima muestra de ésta la conquista de las Islas Canarias y el establecimiento del Real de las Palmas origen de la ciudad. Con tal proyección se pusieron las bases de la Comunidad Hispánica, cuyo nacimiento y desarrollo no fue obra de la dilatación de un núcleo inicial. Roma, como señala Ortega, es un ejemplo de ello. La Roma total no es el resultado de un proceso expansivo de la Roma palatina, sino una articulación de colectividades. Quiere significar nuestro máximo pensador que la incorporación histórica no ha consistido en la dilatación del núcleo primigenio, sino más bien en la organización de muchas unidades sociales preexistentes en una nueva estructura superior. El

núcleo inicial no se traga a los grupos que va sometiendo, ni anula el carácter de unidades vitales que antes tenían.

Castilla, como en el caso de Roma, ha sido el agente de la totalización. Los pueblos por ella incorporados no pierden su identidad. Las personalidades aragonesas, catalanas o americanas persisten. El grupo no muere, en todo caso se transforma. Surge entre las distintas colectividades una relación traducida en injerto, que dará vida a una nueva personalidad —diversa identidad— cobijada con las demás en un amplio todo. El resultante de esa unidad superior no se basa en la igualdad de sangre, ni siquiera en una común historia. Las incorporaciones de Granada, Canarias y América son patentes ejemplos de lo dicho. En algunos casos se dio una diferencia racial que, lejos de excluir la incorporación, subraya lo que hay de específico en la génesis de todo gran Estado.

Los distintos reinos, que integraron a la Monarquía hispánica, se asociaron a título personal o principal. Es decir, en cuanto que obedecían a una misma persona o príncipe, pero continuaban preservando su propia constitución política, jurídica y aun social. Se mantuvieron, incluso, las fronteras con sus aduanas. El Nuevo Mundo, como lo sería Canarias, fue incorporado a la corona castellana en 1518, no a España en su conjunto, con el veto de enajenarlo *por siempre jamás*.

Los Reyes Católicos no constituyeron una única España al mantener o respetar las peculiaridades de cada región que, por supuesto, no ofrecían una misma personalidad cultural e histórica. Donde esta era más débil el pasado se diluyó más fácilmente al contacto con los nuevos presupuestos culturales.

Frente al trasplante anglosajón, la colonización, no colonialismo, hispana fue obra como dijimos de un injerto. Los españoles renacentistas, con resabios medievales, aportaron a las tierras que incorporaron desde el siglo XV, una lengua, una religión, una cultura, una organización política y social, que adaptaron a los inéditos o nuevos medios físicos y humanos, al tiempo que asumían, sin repudio, bastantes presupuestos culturales del incorporado. El conjunto, integrado por la Península Ibérica, islas, tierras europeas, Nuevo Mundo, Filipinas y núcleos africanos formaban la *Monarquía Hispánica o Las Españas*, extendidas por dos hemisferios y organizadas en reinos, virreinos, capitanías y gobernaciones a cuyo frente estaba un *alter ego* del soberano. Nos encontramos, pues, con una realidad distinta, base del Mundo Hispánico, que acogerá en el futuro a españoles peninsulares e insulares, españoles en América y Filipinas, judíos sefarditas, habitantes de Guinea Ecuatorial, chicanos y demás minorías hispanas habitantes en los Estados Unidos. Como se aprecia en la enumeración que acabamos de hacer, estamos insistiendo en la existencia de

una Comunidad Hispánica con raíces en un remoto ayer y en la cual entran todas las naciones, grupos y minorías étnicas que hablan español.

La Comunidad Hispánica es un ente cultural no racial, ni político, ni económico, en el cual lo hispano es el rasgo más sobresaliente. Una comunidad cultural es una comunidad idiomática, porque una lengua no es sólo un medio de comunicación, sino una mentalidad, una concepción del mundo. Aceptando estos presupuestos vemos que lo que más nos une a todos los integrantes de la Comunidad no es el pasado compartido, sino el hablar el mismo idioma y el gozar de una misma literatura. Algo de esto sostenía Ernesto Sábato en sus *Diálogos con Borges* al decirle a éste:

“ya sabemos que existe una enorme diferencia entre un búlgaro, pongamos y un inglés, pero eso no impide hablar de Europa como de una entidad. Es como una orquesta: el óboe no toca como un trombón, pero por eso mismo pueden formar una orquesta. No cabe duda de la diferencia que hay entre un argentino y un mexicano, pero formamos una unidad. Porque somos diferentes, pero estamos unidos por muchos atributos: el origen en la conquista, la lengua, el mismo proceso de liberación”.

La unidad y variedad de la *Comunidad Hispánica* no es sólo una nota de ella, sino de las distintas naciones, regiones o etnias que la integran. Unidad no es uniformidad; variedad no es dispersión que equivaldría a negación de la comunidad. Hablamos de una unidad y variedad armoniosamente conjugadas. Con razón puede hablarse de las Españas, en la que entran la España europea, el grupo de las naciones americanas de origen hispano y las Españas que han quedado truncadas por azar de la historia. La variedad de España y de Hispanoamérica en todos los aspectos es algo que llama la atención del visitante. ¿Cuáles son los factores de la diversidad española? Laín Entralgo los enumera: las distintas geografías; la disparidad temperamental de los múltiples grupos étnicos; las diferentes experiencias históricas vividas por cada región; la presencia de poblaciones bilingües; y la pervivencia de formas culturales antiguas, a veces prehistóricas, al lado de formas o patrones culturales propios del siglo XXI.

Igual acontece en la América hispana. Si todas las diferencias que se dan en España han ofrecido su concurso al desarrollo de subculturas regionales, en nuestra América acontece lo mismo. En el ya viejo Nuevo Mundo es posible distinguir varias Américas como hizo Uslar Pietri: del Atlántico, del Caribe y del Pacífico; blanca, india, negra y mestiza; minera, bananera, cafetera, petrolera; de los Austrias y de los Borbones, etc., etc. Diversidad que más de una vez se aprecia en un mismo país, contribuyendo ello a la fascinación que produce tanto España como Hispanoamérica.

RUPTURA DE LA COMUNIDAD POLÍTICA

La cohesión de la Monarquía hispánica persistió hasta 1810, fecha en que las Españas se quedaron sin rey. Entonces las llamadas Indias Occidentales (América hispana) se fraccionaron en una decena de repúblicas. El prestigio de la Monarquía se puso en entredicho, y a medida que crecía el descrédito, se observó que algunas regiones acentuaron su voluntad de desligarse lo más posible del poder central. Indudablemente el vínculo político se había roto, pero no la comunidad con base en distintos y persistentes factores. La Historia de España en América cambia de rumbo a raíz de la independencia política hispanoamericana, lograda tras una auténtica guerra civil, que eso fue aquella contienda.

Pronto, con el Congreso de Panamá, convocado por Bolívar en 1826, surgieron los intentos por restablecer la gran unidad política en el ámbito americano. Fracasó el proyecto, al igual que se frustraron los diversos congresos reunidos con similar fin en Lima y Santiago de Chile.

En la segunda mitad del siglo XIX se dieron una serie de movimientos supranacionales tendentes a englobar pueblos con parecidos rasgos raciales, lingüísticos y culturales. Fue el momento del *paneslavismo*, *pangermanismo*, *panbritanismo* y *panlatinismo*, origen del concepto Latinoamérica. A la manera de Europa, en Estados Unidos se hablará de *panamericanismo*, aunque en Bolívar y en San Martín se rastrea ya el ideal panamericano, que ahora viene del brazo de la Doctrina Monroe. Y ya sabemos lo que eso significa: intervencionismo. Los sucesos en Cuba, los intereses de los Estados Unidos en el Caribe, el creciente desarrollo económico de este país que reclama nuevos mercados, el interés por un canal centroamericano y los ejemplos de los movimientos europeos citados, justifican el interés de Washington por convocar una reunión encaminada a unificar la opinión continental. El encuentro tuvo lugar en 1898, y en ella se expuso por vez primera la idea de América y se programó la creación de la Unión Panamericana, origen de la OEA (Organización de los Estados Americanos). El vocablo *panamericanismo* lo puso en circulación el *New York Post*. Ni qué decir que, al igual que los congresos organizados por Hispanoamérica, las sucesivas reuniones panamericanas fracasaron. Y es que siempre los vecinos del Sur se empeñaron que Washington aprobase el principio de *No intervención*, sin conseguirlo. La crisis del 29 y la *Doctrina de la Buena Vecindad* enunciada por el presidente Franklin D. Roosevelt aportarían un cambio en las relaciones de las Américas y el nacimiento del concepto y doctrina denominada *interamericanismo* para ahuyentar los celos de los vecinos sureños. Pero la unidad política continuó siendo un fantástico sueño. Incluso en unidades políticas regionales, como fue el caso de América Central.

Y antes, en el XIX, lo había sido la Gran Colombia. Hoy ya no se habla de unidad política, sino de integración económica.

¿Cuál puede ser el papel de España en este Mundo Hispánico? Lo que Julián Marías ha dicho para Castilla en relación con las demás comunidades, puede aplicarse a España refiriéndose a la Comunidad Hispánica. España tiene una función propia. España ha de preocuparse por las demás partes de la Comunidad. España no puede ser particularista, nacionalista. No puede ser españolista porque dejaría de ser española. Su manera fecunda y efectiva de ser española es no sentirse sólo española, ni imaginar una España única. El modo de inserción de Hispanoamérica en Europa es España y España es la mejor vía para implantar lo hispanoamericano en el Viejo Mundo. Hispanoamérica sólo puede entender y vincularse a la realidad europea a través de España.

Sobre la unidad política fracasado y hoy remoto ideal; sobre el dudoso y difícil integracionismo económico, perdura la comunidad cultural, que no es un ideal, ni un proyecto, sino una realidad, un hecho. Una Comunidad o Mundo preciso de fortalecer, para lo cual se impone un mayor conocimiento mutuo, un estrechamiento de los lazos espirituales y un abandono de anacrónicas actitudes.

PARALELISMOS HISTÓRICOS

Una vez que se produjo el desgaje político de las tierras americanas que hasta el XIX estuvieron bajo la soberanía española, se produce un divorcio momentáneo, luego superado. No se comparte la historia en su totalidad, pero los avatares son muchas veces coincidentes y las interinfluencias culturales, debilitadas al principio, se continúan. Se da una “historia confluyente” como escribió Muñoz Pérez. Una historia en la que entran fenómenos parecidos dados en una y otra orilla, como el caudillismo, el antropomorfismo político, el golpismo, la religiosidad, los pronunciamientos, etc. No hay que olvidar en esta centuria decimonónica las influencias francesa e italiana en lo cultural, y la anglosajona en lo económico. Pero lo hispano es el ingrediente básico.

Los hechos, repetimos, en una y otra parte acusan una clara relación; basta con repasar el acontecer del siglo XIX para comprenderlo. El fenómeno ha merecido que Julián Marías sugiera que “valdría la pena emprender un estudio del influjo involuntario e indeliberado de España en la historia reciente de la América española”.

Para ilustrar la existencia de una historia confluyente comencemos por citar la presencia de la Constitución de 1812 en varias cartas americanas. Los lazos,

insistimos, naturalmente que se enfrían tras la Emancipación americana, aunque la emigración no se corta del todo en la primera parte del siglo. Hemos de aguardar a la muerte de Fernando VII y a la subida de Isabel II para encontrar la ley de 1836 estableciendo las bases que permiten a España reconocer *de iure* a las nuevas repúblicas. México será la primera nación reconocida. Hasta 1853 oficialmente los españoles únicamente pueden viajar a las Antillas, en esa fecha se les permite emigrar al continente. Un año más tarde la *Vicalvarada* coincide con la mexicana Revolución de Ayutla y el alzamiento de Domingo Elías contra el presidente peruano Echenique.

América acusará el impacto de la Revolución española de 1868. El proceso de europeización de España a partir de esta revolución y de la Restauración de 1874 con el krausismo y la Institución Libre de Enseñanza se reflejarán en Hispanoamérica. El cambio político que significó la Restauración en España coincide con la evolución del Romanticismo al Realismo. En la novela y en la poesía son notables las mutuas influencias estudiadas por Max Henríquez Ureña en *El retorno de los galeones*, un estudio sobre el intercambio de influencias literarias entre España y América durante los últimos cincuenta años, que ese es el título de la monografía publicada en 1930.

Del lado español dejaron sentir su influjo Valera, Pereda y Galdós. A la inversa aconteció con la poesía donde el verso de Rubén y de Amado Nervo acusaron su huella en la lírica de Salvador Rueda, Manuel Machado, Emilio Carrère, Juan Ramón, Martínez Sierra y Tomás Morales. Muchos de estos vates del Novecientos influyeron a su vez en poetas peruanos, chilenos, colombianos y uruguayos. Presente en América estuvo también la actitud crítica de la Generación del 98, cuyos escritos restablecieron por así decirlo la influencia cultural española.

La aparición y expansión del socialismo y del anarquismo español desde el Sexenio revolucionario, y el arribo de esas ideas con emigrantes y exiliados españoles fue notable. Un ejemplo humano de esta actividad peninsular la tenemos en Adolfo Posada, que anduvo por Buenos Aires y apareció en Córdoba implicado en la revuelta estudiantil de 1818. Pensemos en la conexión dada entre anarquistas barceloneses y el movimiento libertario argentino y el de Emiliano Zapata.

Otros fenómenos políticos que brindan paralelismo o coincidencias y trascienden más allá del océano fueron la Semana Trágica, el fusilamiento de Ferrer, la Guerra de Marruecos, los movimientos fascistas a raíz de la crisis del 28, el entusiasmo por el advenimiento de la II República Española, la Guerra Civil de España, el uso del término *Falange*, el mismo advenimiento sin trauma de la monarquía y las frecuentes visitas de máximas autoridades de ambos

mundos a uno y otro. Desde la restauración monárquica en España se da una mayor presencia humana, económica y cultural de lo hispanoamericano en España y de lo español en América. Y más que lo político y lo económico está lo cultural: los autores americanos son editados profusamente en España; los autores españoles en América son mas conocidos; y nombres de uno y otro lado han merecido prestigiosos premios. En estas relaciones, y volvemos a citar a Julián Marías, “es donde puede encontrarse, más que en los discursos, ceremonias o tratados, lo que merece llamarse Mundo Hispánico”.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	5
EXPLICACIÓN Y AGRADECIMIENTO	13
I.- MIS PRIMERAS IMPRESIONES DE AMÉRICA	17
II.- AMÉRICA COMO TEMA VIAJERO	35
III.- LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS: EL DESCUBRIMIENTO COLOMBINO	49
IV.- LAS DOS LLEGADAS A LAS INDIAS	59
V.- LAS IDEAS DESCUBRIDORAS DEL PORTUGUÉS FERNÁNDEZ DE QUIRÓS	67
VI.- EL LIBRO EN EL DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA Y COLONIZA- CIÓN	79
VII.- LA IMAGEN DE AMÉRICA EN LA ESPAÑA DE LOS SIGLOS XIX Y XX	101
VIII.- GRANDEZA Y MISERIA DE LA MARINA ESPAÑOLA DURANTE LA INDEPENDENCIA AMERICANA	139
IX.- EL IV CENTENARIO EN LAS PALMAS DE GRAN CANARIA	153
X.- ¿EXISTE LA COMUNIDAD HISPÁNICA?	165

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Composición de la Junta Directiva en 1997

Director:	Excmo. Sr. D. Nicolás Díaz-Saavedra de Morales.
Vice-Director:	Sr. D. Antonio Marrero Bosch.
Censor:	Ilmo. y Hon. Sr. D. Juan Andrés Melián García.
Secretario:	Sr. D. Gabriel Cardona Wood.
Vice- Secretario:	Ilmo. D. Juan José Laforet Hernández.
Tesorero:	Ilmo. Sr. D. Francisco Marín Lloris. (Marqués de la Frontera)
Vocal:	Sr. D. Juan Manuel Delgado de Béthencourt.
Vocal:	Hon. Sr. D. Juan Esteva Arocena.
Vocal:	Sr. D. Antonio M. ^a González Padrón.
Vocal:	Sr. D. Pedro Massieu Cambreleng.
Vocal:	Sr. D. Gonzalo Melián García.
Vocal:	Ilmo. Sr. D. Tomás Van de Walle de Sotomayor. (Marqués de Guisla Ghiselin).

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Publicaciones

1. JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO: *Extracto de las Actas de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de las Palmas (1777-1790)*.
2. JOSÉ RAFAEL: *Y yo escogí la palabra* (poesía).
3. JOSÉ JUAN OJEDA QUINTANA: *La Hacienda en Canarias desde 1800 a 1927*.
4. ANDRÉS HERNÁNDEZ NAVARRO: *Proceso a las ideas* (ensayos).
5. SANTIAGO CAZORLA LEÓN: AGUÍMES, *Real Señorío de los Obispos de Canarias (1486-1837)*.
6. NICOLAS DÍAZ-SAAVEDRA DE MORALES: *Saint Saëns en Gran Canaria*.
7. TOMÁS ARIAS MARÍN DE CUBAS: *Historia de las siete islas de Canaria*.
8. ARMANDO CURBELO FUENTES: *Fundación de San Antonio de Texas (Canarias, la gran deuda americana)*.
9. JOSÉ MIGUEL ALZOLA: *La Iglesia de San Francisco de Asís de Las Palmas*.
10. PEDRO ALMEIDA CABRERA: *Néstor (1887-1938) Un Canario Cosmopolita*.
11. ANTONIO M.^a GONZÁLEZ PADRÓN: *Antología poética de Ignacia de Lara*.
12. ANTONIO M.^a GONZÁLEZ PADRÓN: *Carlos III y las Islas Canarias (1759-1789)*.
13. JOSÉ MARÍA MILLARES SALL: *En las manos del aire (Vegueta y otros sueños)*.
14. JOSÉ MIGUEL PÉREZ GARCÍA: *La situación política y social en Las Canarias Orientales durante la etapa Isabelina*.

15. SANTIAGO CAZORLA LEÓN: *Historia de la Catedral de Canarias.*
16. JOSÉ MIGUEL ALZOLA: *La Real Cofradía del Santísimo Cristo del Buen Fin y la Ermita del Espíritu Santo.*
17. VERÓNICA P. DEAN-THACKER: *Galdós Político.*
18. DONINA ROMERO: *Un vértigo en la sangre. Cráter de vidrio.*
19. REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS DE LAS PALMAS: *Diego Cambreleng Mesa. Una vida dedicada a Gran Canaria.*
20. JUAN JOSÉ LAFORET: *Los primeros años de «Diario de Las Palmas».*
21. VICENTE HERNÁNDEZ JIMÉNEZ: *El Centro de Iniciativas y Turismo de Gran Canaria.*
22. CAYETANO AROCENA GRONDONA: *Nacientes de las Heredades denominadas «El Dragonal», «Fuente Morales», «Vegueta» y «Triana».*
23. REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS DE LAS PALMAS: *Aportación de Gran Canaria al Descubrimiento de América y Conmemoración del V Centenario.*
24. MARÍA DE LOS REYES HERNÁNDEZ SOCORRO: *Manuel Ponce de León y Falcón. Pintor Grancanario del siglo XIX.*
25. FRANCISCO CABALLERO MUJICA: *Documentos Episcopales Canarios. Tomo I. De Juan Frías a Fray Juan de Toledo OSH (1483-1665).*
26. REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS DE LAS PALMAS: *Jornadas de Historia Contemporánea de Canarias.*
27. FRANCISCO CABALLERO MUJICA: *Documentos Episcopales Canarios. Tomo II. Bartolomé García-Jiménez y Rabadán (1665-1690).*
28. FRANCISCO MORALES PADRÓN: *América como Tema.*

COMPOSICIÓN DE LA PRIMERA JUNTA DIRECTIVA
DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE
AMIGOS DEL PAÍS DE LAS PALMAS

- Director: M. I. Sr. D. Marcos Verdugo y Albiturría.
Arcediano titular de la S. I. Catedral de Canarias.
- Censor: Sr. D. Gerónimo de Roo.
Dean de la S. I. Catedral de Canarias.
- Secretario: Sr. D. Pedro Russell.
Comerciante.
- Contador: Sr. D. Cristóbal del Castillo y Ruiz de Vergara.
Capitán.
- Tesorero: Sr. D. Pedro Westerling.
Teniente Coronel.

Este libro se terminó de imprimir el 11
de Diciembre de 1997, día del CCXX
aniversario de la aprobación, por
Real Cédula de Carlos III, de los
Estatutos de la Real Sociedad
Económica de Amigos del
País de Las Palmas,
Decana de las de
Canarias.

